
HUGO SANZ
TÚ NO ERES
PARTE DEL GUION

TÚ NO ERES PARTE DEL GUION

HUGO SANZ

Primera edición.
Tú no eres parte del guion
©Hugo Sanz
©junio, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Capítulo 1



Olivia

Nunca había sabido explicar qué tenía Nueva York.

Un día te hacía sentir especial y al siguiente te demostraba que eras una más entre millones.

Quizá por eso me gustaba tanto. O quizá porque era la única ciudad donde podía sentirme normal de vez en cuando.

Bueno, lo de normal era relativo.

Cuando tu cara aparecía en marquesinas de medio planeta, había gente capaz de discutir durante horas sobre el color de tu esmalte de uñas en una entrega de premios. Además, los fotógrafos parecían materializarse de la nada cada vez que salías a comprar un café. La normalidad se convertía en un concepto bastante abstracto.

Aun así, mientras el coche avanzaba por Manhattan aquella luminosa mañana de junio, conseguí sentir algo parecido.

Apoyé la cabeza contra la ventanilla mientras contemplaba la ciudad. Los edificios, los taxis, la gente apresurada, los vendedores ambulantes y las terrazas llenas componían esa escena de ruido, caos y vida que solo Nueva York sabía ofrecer. Y, por alguna razón, todo aquello consiguió arrancarme una sonrisa.

—¿Estás sonriendo sola? —preguntó Lucas desde el asiento del conductor.

Aparté la vista de la ventana.

—¿Y tú sigues vigilándome como un padre sobreprotector?

—Alguien tiene que hacerlo.

—Tengo veintisiete años.

—Y sigues tomando decisiones cuestionables.

—¿Como cuáles?

—La última vez que te dejé sola acabaste adoptando un bulldog francés porque te dio pena su mirada.

—Walter me quería.

—Walter intentaba comerse mis zapatos cada vez que iba a tu casa.

—Porque tenía buen gusto.

Lucas resopló, y yo me reí.

Mi representante llevaba trabajando conmigo casi diez años. Oficialmente, era mi agente, extraoficialmente, era el hermano mayor que nunca había tenido.

Aunque jamás lo admitiría, su ego ya era suficientemente grande.

—Te recuerdo que estoy aquí para trabajar —dije.

—Y yo te recuerdo que acabas de rechazar una película de cuarenta millones de dólares.

—Era horrible.

—Era rentable.

—Era horrible.

—Seguía siendo rentable.

—Había una explosión cada siete minutos.

—A la gente le gustan las explosiones.

—El protagonista decía literalmente: «Vamos a salvar el mundo porque somos los buenos».

Lucas hizo una mueca.

—Vale, sí. Era una basura.

—Gracias.

—Pero una basura millonaria.

—Por eso te pago.

—Por eso conduzco un coche más caro que el tuyo.

Le lancé una botella de agua y la esquivó, lamentablemente.

—La violencia nunca es la solución —declaró.

—Depende de lo fuerte que lance la botella.

—Madre mía.

Volví a mirar por la ventanilla y la sonrisa seguía allí. Estaba en Nueva York otra vez, pero esta vez era diferente.

No había vuelto para una entrevista, una gala o una sesión de fotos. Había regresado para rodar una película importante. Una película escrita por Daniel Blake, uno de los guionistas más respetados de Hollywood, un hombre que había acumulado premios suficientes como para llenar una habitación entera y que, según la mayoría, era incapaz de escribir una mala historia.

La verdad era que me moría de ganas por empezar. Necesitaba aquel proyecto más de lo que estaba dispuesta a admitir. Necesitaba volver a enamorarme de mi trabajo, recordar por qué había decidido dedicar mi vida a aquello antes de que todo se convirtiera en una maquinaria imposible de detener.

Los últimos años habían sido una locura. Estrenos, premios, entrevistas, portadas, campañas publicitarias y viajes constantes. Después venían más estrenos, más premios, más cámaras y más caos en mi vida.

A veces me despertaba sin recordar en qué ciudad estaba. Otras veces miraba fotografías mías en revistas o anuncios y tenía la extraña sensación de estar observando a otra persona. Una versión cuidadosamente fabricada, perfecta, intocable e irreal.

La Olivia que aparecía en las revistas. No la de verdad, ni la que lloraba viendo películas románticas, ni la que hablaba sola cuando estaba nerviosa, ni la que seguía preguntándose cómo habría sido conocer a su padre.

Aquello apareció en mi cabeza de forma inesperada, como siempre.

Era curioso, nunca había conocido a aquel hombre, nunca había escuchado su voz, ni siquiera sabía cómo era y, aun así, pensaba en él.

Mi madre me había repetido durante años la misma historia. Había muerto antes de saber que ella estaba embarazada. Fin. Sin detalles, sin explicaciones y sin preguntas.

Cada vez que intentaba averiguar algo más, terminábamos discutiendo, y discutir con mi madre era una experiencia comparable a pelearse con una avispa.

Una avispa manipuladora y muy pesada.

—¿Qué cara es esa? —preguntó Lucas.

—¿Qué cara?

—La de estoy pensando demasiado.

—No tengo esa cara.

—Claro que la tienes.

—No.

—Olivia.

—No.

—Llevas diez años poniendo esa cara.

Suspiré.

—Estaba pensando en mi padre.

Lucas suavizó la expresión.

—Ah.

—Sí.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

Me encogí de hombros, no tenía ganas de hablar de aquello. Por suerte, mi móvil vibró, y el nombre que apareció en la pantalla consiguió mejorar mi humor al instante.

Al ver que era Harper, sonreí.

—Ha llegado el huracán.

—¿Ya está aquí?

—Dice que lleva veinte minutos esperándome.

—Eso es imposible.

—También dice que si no aparezco en cinco minutos, venderá mi dirección a los paparazzis.

—Eso sí me lo creo —respondió, y solté una carcajada.

Harper Bennett era la mejor persona que había conocido jamás, y también la más peligrosa.

Nos habíamos conocido en la universidad, antes de que mi carrera explotara, antes de las alfombras rojas, antes de los premios y de toda aquella locura.

Habíamos sobrevivido juntas a exámenes imposibles, camareros insufribles, novios idiotas y resacas históricas. Y seguíamos igual.

Bueno, no exactamente igual. Ahora ella era una periodista brillante y yo aparecía en carteles gigantes.

Pero nuestra amistad nunca había cambiado. Jamás. Y aquello era más valioso de lo que la gente imaginaba. Porque cuando la fama llegaba, muchas personas desaparecían y otras aparecían por motivos equivocados.

Harper nunca había hecho ninguna de las dos cosas, ella simplemente se había quedado como siempre. Como en cada etapa de mi vida. Como si fuera familia.

Quizá porque lo era. La familia que yo había elegido. Y eso valía mucho más que compartir sangre. Muchísimo más.

Cuando el coche se detuvo frente al edificio donde ella vivía temporalmente, apenas tuve tiempo de abrir la puerta, porque una mujer de pelo negro salió disparada hacia mí como un misil.

—¡Olivia Hart!

—¡Harper Bennet!

Nos abrazamos con tanta fuerza que casi perdí el equilibrio.

—Madre mía, estás irreconocible.

—¿Yo? Pero si tú pareces una *influencer* que vende velas aromáticas.

—Eso ha sido cruel.

—Y cierto.

—Te odio.

—Mentira.

—Un poco sí.

—Mentira.

Nos echamos a reír mientras Lucas observaba la escena desde el coche.

—¿Siempre sois así?

—Sí —contestamos las dos al mismo tiempo, y volvimos a reírnos.

Porque algunas cosas nunca cambiaban. Por suerte.

Había una razón por la que no permitía que nadie me acompañara al ático cuando llegaba a Nueva York.

Bueno, dos razones.

La primera era que aquel lugar era mi refugio. La segunda era que Harper convertía cualquier espacio en un espectáculo en menos de treinta segundos.

Y no quería privarme de eso, ni a mí ni al edificio.

—No me puedo creer que sigas viviendo aquí.

Harper acababa de entrar en el salón y giraba sobre sí misma observándolo todo.

—No vivo aquí.

—Ya me entiendes.

—Paso varios meses al año aquí.

—Eso es vivir aquí.

—No.

—Sí.

—No.

—Olivia, cariño, tienes más metros cuadrados en este salón que yo en tres apartamentos juntos.

—Qué exagerada eres, por Dios.

—Tienes un piano que nadie toca.

—Lo toco.

—Tres veces al año.

—Cinco.

—¿Cinco? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Cuando estoy triste.

—Ah.

—Y en Navidad.

—Eso explica muchas cosas.

Me reí mientras dejaba el bolso sobre la isla de mármol de la cocina.

Las enormes cristaleras inundaban todo de luz, y Central Park se extendía delante de nosotras como una postal. Verde, vivo e inmenso. Aquel era uno de mis lugares favoritos del mundo.

Y probablemente el único lujo del que jamás me había arrepentido de comprar.

—Vale —dijo Harper acercándose a los ventanales—. Voy a decir algo muy serio.

—Tengo miedo.

—Si algún día te casas y decides abandonar este ático, me encadenaré a la puerta.

—Eso no es serio.

—Lo es.

—No.

—Es muy serio.

—Harper…

—Mira esas vistas.

—Las veo todos los días.

—Y sigues siendo una persona funcional.

—Más o menos.

—Yo pasaría el día entero pegada al cristal.

—Eso explicaría muchas cosas.

—¿Me estás llamando paloma?

—Sí.

—Qué feo.

—Pero acertado.

—Qué mala eres.

—Y tú, exagerada.

Nos quedamos observando el parque durante unos segundos.

Era extraño. Cada vez que nos reencontrábamos después de semanas o meses separadas, era como si el tiempo no hubiera pasado.

Seguíamos teniendo las mismas conversaciones, hacíamos los mismos chistes, las mismas bromas, y teníamos la misma confianza. Y eso era algo cada vez más difícil de encontrar.

Sobre todo, en mi mundo. Y es que la fama tenía una habilidad especial para complicar las relaciones.

Algunas personas desaparecían. Otras se acercaban demasiado. Y muchas acababan confundiendo quién eras con lo que representabas.

Harper nunca lo había hecho. Jamás. Ella seguía tratándome exactamente igual que cuando compartíamos piso universitario.

Probablemente incluso peor.

—Por cierto —dijo de repente.

—¿Qué?

—He visto tu cara en el aeropuerto.

—Eso suele pasar.

—No.

—¿No?

—En una revista.

—Ah.

—Te han votado como una de las diez mujeres más atractivas del planeta.

Suspiré.

—Fantástico.

—¿No te hace ilusión?

—No especialmente.

—Pues debería.

—Harper.

—¿Qué?

—Tengo una nominación al Óscar.

—Ya lo sé.

—He ganado premios.

—Ya lo sé.

—He protagonizado películas importantes.

—Ya lo sé.

—Y la noticia sigue siendo que tengo piernas.

—Tienes unas piernas impresionantes.

—Gracias.

—De nada.

—Ese no era el punto.

—Lo sé.

Nos echamos a reír otra vez. Porque era imposible mantener una conversación seria durante mucho tiempo con ella. Y, sinceramente, me encantaba.

—¿Qué tal va el trabajo? —pregunté.

Harper dejó caer el bolso sobre una silla.

—Bien.

—Eso ha sonado sospechoso.

—Porque lo es.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

—Harper.

—Nada grave.

—Harper —insistí.

—Solo he enfadado a un senador.

—¿Cómo que has enfadado a un senador?

—Profesionalmente.

—¿Existe una forma no profesional de enfadar a un senador?

—Seguramente.

—Dios mío.

Ella sonrió, y esa sonrisa era la misma que precedía todas las catástrofes de su vida.

—Publicaste algo.

—Quizá.

—Harper.

—Quizá descubrí ciertas irregularidades.

—Madre mía.

—No ha sido para tanto.

—¿Cuántos abogados te persiguen esta semana?

—Solo dos.

—¿Solo dos?

—Estoy mejorando.

Me llevé una mano a la frente.

—Voy a necesitar vino.

—Yo también.

—Son las once de la mañana.

—Y aquí estamos.

—No puedo discutir eso.

Harper sonrió satisfecha, después se acercó a la cocina, abrió el frigorífico y se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa?

—Olivia.

—¿Qué?

—No tienes comida.

—Claro que tengo comida.

—Tienes agua.

—Hay yogures.

—Caducados.

—Ah.

—Y una botella de champán.

—Eso cuenta.

—No cuenta.

—Para mí sí.

—No me extraña que Lucas tenga tantas canas.

—Lucas tenía canas cuando nació.

—Eso también es verdad.

Me apoyé en la encimera observándola. Hacía meses que no nos veíamos, meses, y, sin embargo, la sensación era exactamente la misma de siempre. Que estaba en casa.

Eso era Harper. Una especie de hogar ambulante. El lugar donde podía bajar la guardia, donde no tenía que fingir, donde podía ser simplemente Olivia.

No la actriz, ni la celebridad, ni la mujer de las portadas. Solo Olivia.

—Te he echado de menos.

Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas. Ella levantó la cabeza y sonrió, esta vez de verdad, sin ironía.

—Yo también te he echado de menos.

Durante unos segundos el salón quedó en silencio. Uno de esos silencios cómodos que solo existían entre personas que se conocían demasiado bien.

Y entonces su móvil sonó, lo miró, abrió mucho los ojos y empezó a reírse.

—No.

—¿Qué?

—No puede ser.

—¿Qué ocurre?

—¿Te acuerdas de Melissa?

—¿La fotógrafa?

—Sí.

—¿Esa con la que tuviste tres citas?

—Cuatro.

—Perdón, cuatro. ¿Qué pasa con ella?

Harper levantó el teléfono.

—Acaba de escribirme.

—¿Después de cuánto?

—Dos años.

—¿Y qué quiere?

—Pone: «Hola, desconocida. ¿Sigues siendo tan guapa o ya se te ha pasado?».

Solté una carcajada.

—Eso es muy bueno.

—Lo sé.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Vas a responder?

—Por supuesto.

—Dios nos ayude.

—Siempre.

Mientras la observaba escribir, una sensación cálida se instaló en mi pecho. Aquello, ese momento, las risas, las bromas, la tranquilidad era exactamente lo que necesitaba.

Lo que no sabía todavía era que mi vida estaba a punto de volverse completamente del revés. Y que el verano más importante de mi vida acababa de empezar.

Capítulo 2



Olivia

Dos horas después seguíamos hablando o, más concretamente, Harper seguía hablando. Yo simplemente iba sobreviviendo a la avalancha de información.

Porque Harper no contaba las cosas, las interpretaba, las dramatizaba, las convertía en espectáculos y era imposible aburrirse.

—Entonces le dije que si quería una entrevista exclusiva, tenía que dejar de comportarse como un imbécil.

—Harper…

—¿Qué?

—No puedes decirle eso a un actor famoso.

—Claro que puedo.

—No.

—Sí.

—No.

—¿Y quién va a impedírmelo?

—Su departamento de prensa.

—Que lo intenten —contestó, y me eché a reír.

Estábamos sentadas en el enorme sofá del salón, con los zapatos tirados por cualquier parte, una pizza recién entregada sobre la mesa y varias latas de refresco abiertas.

Exactamente igual que cuando teníamos veinte años. Solo que ahora la pizza costaba más. Y el sofá también. Muchísimo más.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó Harper.

—Tengo miedo de preguntar.

—Que luego todos creen que soy intimidante.

—Porque lo eres.

—No lo soy.

—Harper, eres intimidante.

—No lo soy.

—Hace quince minutos me contaste que un productor se escondió en el baño para evitar una conversación contigo.

—Era culpable.

—Eso no mejora tu defensa.

Ella soltó una carcajada. Después cogió una aceituna de mi pizza.

—Oye.

—¿Qué?

—Eso era mío.

—Todo esto es tuyo.

—Exacto.

—Entonces también es mío.

—No funciona así.

—Claro que funciona así.

Volvió a robar otra aceituna.

—¿Y tú qué? —preguntó de repente—. ¿Alguna novedad amorosa?

Ah, la pregunta. La maldita pregunta.

Suspiré.

—No.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Ni siquiera un camarero atractivo?

—No.

—¿Un actor?

—No.

—¿Un director?

—No.

—¿Un guardaespaldas?

—Harper, por Dios.

—Estoy explorando posibilidades.

—No hay posibilidades.

—Eso es deprimente.

—Lo sé.

Ella me observó durante unos segundos con esa mirada suya, la mirada que siempre veía más de lo que yo quería mostrar.

—Sigues asustada.

—No estoy asustada.

—Olivia.

—No estoy asustada.

—Vale.

—Eso está mejor.

—Estás aterrorizada.

—Por Dios —resoplé y puse los ojos en blanco, porque era verdad y las dos lo sabíamos.

No era fácil confiar. No cuando la mitad de los hombres que se acercaban a ti sabían perfectamente quién eras, antes incluso de presentarse.

No cuando una simple cita podía acabar fotografiada y comentada por millones de personas.

No, cuando siempre existía la duda. ¿Le gustaba yo o le gustaba la idea de mí? Aquella pregunta llevaba años acompañándome.

Y todavía no había encontrado una respuesta.

—Algún día aparecerá alguien.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Y yo.

—¿Y entonces por qué has puesto esa cara?

—Porque suenas igual que las señoras que me paran por la calle.

—Las señoras suelen tener razón.

—Eso es exactamente lo que diría una señora.

Harper cogió un cojín y me lo lanzó. Lo esquivé, por desgracia, porque fue directamente contra una lámpara.

La lámpara se tambaleó, las dos nos quedamos congeladas y la lámpara siguió tambaleándose.

Más… Más… Más… Hasta que finalmente recuperó el equilibrio.

—Eso ha estado cerca —dije.

—Mucho.

—Lucas te mataría.

—Primero te mataría a ti.

—¿A mí?

—Es tu casa.

—Tú has lanzado el cojín.

—Detalles.

—No son detalles.

—Lo son.

Sonó mi teléfono y automáticamente sonreí. Hasta que vi el nombre, entonces dejé de sonreír.

Harper también lo vio y la expresión divertida desapareció de su rostro.

—¿Otra vez?

Asentí. Era Vanessa, mi madre.

La llamada siguió sonando. Una vez. Dos veces. Tres. Pero no contesté, y la pantalla terminó apagándose.

—No tienes que cogerlo.

—Ya lo sé.

—Entonces no lo hagas.

Miré el móvil. Sabía perfectamente qué quería. Dinero. Siempre era dinero. Siempre.

No importaba cuánto tiempo hubiera pasado, ni cuántos meses lleváramos sin hablar. No importaba nada. Tarde o temprano aparecía.

Y la conversación era exactamente la misma. Problemas, lágrimas, excusas y dinero. Otra vez. Y otra. Y otra.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Hace tres meses.

Harper suspiró.

—Olivia…

—Lo sé.

—No puedes seguir haciéndolo.

—Lo sé.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Pero la realidad era más complicada. Porque por mucho que nuestra relación fuera un desastre… Seguía siendo mi madre.

Y una parte de mí nunca terminaba de renunciar a la esperanza de que algún día cambiara. Quizá era estúpido pensarlo, probablemente lo era, pero era la verdad.

El móvil volvió a sonar y otra vez era Vanessa.

Miré la pantalla durante varios segundos y finalmente rechacé la llamada. Harper no dijo nada, simplemente estiró el brazo y apretó mi mano.

Aquello bastó. Como casi siempre.

—Cambiemos de tema.

—Me parece bien.

—Háblame de la película —me pidió, y por primera vez desde que había llegado a Nueva York aquella mañana, sonreí de verdad.

Porque eso sí me apetecía.

—Empiezo las reuniones mañana.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Porque Daniel Blake es Daniel Blake.

—Buen argumento.

—Gracias.

—¿Ya has hablado con él?

—Por teléfono.

—¿Y?

Me acomodé en el sofá recordando aquella conversación.

La voz grave, la facilidad para hacerme reír, la sensación extraña de comodidad, como si llevara años conociéndolo. Era absurdo, y aun así...

—Me cayó bien.

—Eso es raro.

—¿Por qué?

—Porque normalmente odias a casi todo el mundo.

—No odio a casi todo el mundo.

—Olivia.

—No.

—La semana pasada describiste a un actor como una tostadora con dientes.

—Porque era una tostadora con dientes.

Harper se echó a reír.

—Vale, eso fue increíble.

—Lo sé.

—Entonces te cayó bien.

—Sí.

—Interesante.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Y, por primera vez en toda la conversación, algo extraño atravesó mi pecho.

Una sensación difícil de explicar, como una intuición, como una certeza imposible, como si aquel hombre fuera a cambiar algo importante en mi vida.

No tenía ningún sentido, ni el más mínimo, y, sin embargo, la sensación permaneció allí. En silencio y esperando, sin que yo pudiera imaginar que, por una vez, mi intuición estaba completamente en lo cierto.

Media hora después seguíamos acomodadas en el sofá. La pizza había desaparecido, las latas vacías se acumulaban sobre la mesa y Harper estaba utilizando una manta como si fuera una capa real.

—Te prohíbo terminantemente juzgarme.

—Eso nunca me ha detenido antes.

—Soy una reina.

—Eres una periodista.

—Una periodista reina.

—Eso no existe.

—Claro que existe.

—No.

—Sí.

—Harper...

—Vale, quizá no existe.

—Gracias.

—Pero debería.

Me eché a reír, y en ese momento sonó el timbre. Harper y yo nos miramos.

—¿Esperas a alguien?

—No.

—¿Un admirador secreto?

—No.

—¿Un asesino?

—Menos probable.

—Nunca se sabe.

—Eso es inquietante.

—Trabajo en periodismo.

—Buen punto.

Me levanté, crucé el salón y cuando abrí la puerta, Lucas apareció al otro lado con una expresión de absoluta resignación.

—¿Por qué siento que habéis provocado algún tipo de desastre?

—Hola a ti también.

—Hola. Y ahora dime, ¿algo que tenga que saber? —arqueó la ceja.

—La lámpara casi muere.

Harper gritó desde el salón.

—¡Fue un accidente!

Lucas cerró los ojos.

—Lo sabía.

—No se rompió.

—Todavía.

—Qué poca fe tienes.

—Os conozco demasiado bien —suspiró, y tenía razón, porque nos conocía pero que muy bien.

Entró en el ático, miró el salón y vio las cajas y latas vacías, los restos de comida, los cojines tirados, y negó lentamente con la cabeza.

—Sois dos mujeres adultas —dijo.

—Técnicamente, sí —contesté.

—No lo parece.

—Qué ofensivo.

—Qué cierto.

Harper apareció envuelta todavía en la manta, Lucas la observó y ella le observó a él.

—Pareces un divorciado atractivo.

—Y tú pareces alguien que acaba de escapar de un psiquiátrico.

—Empate.

Yo suspiré. Los dos eran imposibles, y cuando estaban juntos, era incluso peor.

—Traigo la agenda de mañana.

—Por favor, qué aburrido.

—Es necesario.

—Sigue siendo aburrido.

Lucas sacó una carpeta, y yo ya estaba cansada solo de verla.

—A las nueve tienes prueba de vestuario.

—Bien.

—A las once, reunión con producción.

—Bien.

—A las dos, comida con Daniel Blake.

Levanté la cabeza.

—¿Comida?

—Sí.

—Pensaba que sería una reunión.

—Ha sido idea suya.

Harper arqueó una ceja.

—Interesante.

—¿Por qué todo el mundo dice eso?

—Porque eres tú.

—Eso no explica nada.

—Y él es Daniel Blake.

—Sigo sin entenderlo.

—Porque eres muy inocente.

—No soy inocente.

Harper y Lucas soltaron una carcajada simultánea.

—Eso ha sonado fatal —dijo Lucas.

—Muchísimo —añadió Harper.

—Terrible.

—De verdad, sois insoportables —protesté.

—Lo sabemos.

Lucas me entregó la carpeta.

—Por cierto.

—¿Qué?

—Todo el mundo habla maravillas de él.

—Eso he oído.

—Dicen que es una de las mejores personas de esta industria.

—Eso es aún más raro que ganar un Óscar.

—También es verdad.

Me acomodé nuevamente en el sofá, intentando imaginar cómo sería aquel encuentro.

Habíamos hablado varias veces por teléfono y siempre terminábamos riéndonos. Siempre resultaba fácil charlar con él, y eso era extraño.

Normalmente necesitaba bastante tiempo para confiar en la gente, pero con Daniel había sentido algo diferente desde el principio.

Una familiaridad difícil de explicar, como si ya lo conociera. Una tontería, seguramente.

—¿En qué piensas?

La voz de Harper me sacó de mis pensamientos.

—En nada.

—Mentira.

—No.

—Sí.

—No.

—Olivia.

—Vale.

—Gracias.

—Solo estaba pensando en la reunión.

—Ajá.

—¿Qué significa ese ajá?

—Que estás nerviosa.

—Puede que un poco.

—Eso es bueno.

—¿Por qué?

—Porque significa que te importa.

No respondí, porque tenía razón. Me importaba mucho. Quizá más de lo que quería admitir.

Después de varios proyectos que había aceptado casi por inercia, aquella película volvía a ilusionarme, volvía a hacerme sentir algo. Y eso era importante. Muchísimo.

La conversación continuó durante otra hora. Bromas, anécdotas e historias absurdas, hasta que Lucas se marchó y Harper decidió quedarse a dormir. Como en los viejos tiempos.

Cuando finalmente me quedé sola en mi habitación, ya era de noche.

Nueva York brillaba al otro lado de las cristaleras. Miles de luces, miles de historias, miles de personas.

Me acerqué a la ventana y sonreí mientras observaba Central Park. Siempre me había gustado aquella vista, me hacía sentir pequeña y extrañamente libre.

Entonces sonó el teléfono y, otra vez, era Vanessa. Cerré los ojos, conté hasta tres y respondí.

—Hola.

Silencio.

—¿Hola?

—Olivia.

Su voz sonó extraña, más cansada de lo habitual, más tensa.

—¿Qué quieres?

—Qué bonito recibimiento.

—¿Qué quieres? —repetí.

—Necesito hablar contigo.

—¿Es por dinero?

—Necesito ayuda —contestó después unos segundos callada.

—Eso significa dinero.

—No seas cruel.

Una risa amarga escapó de mis labios, porque aquella conversación la habíamos tenido demasiadas veces. Demasiadas.

—¿Cuánto?

—Olivia...

—¿Cuánto?

Ella tardó unos segundos en responder y, cuando lo hizo, parecía molesta. Como si la víctima fuera ella.

—No todo gira alrededor del dinero.

—En tu caso suele ser así.

Y volvió a quedarse callada, hasta que finalmente habló, y algo en su tono hizo que se me erizara la piel.

—Hay cosas que no sabes.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Nada.

—Mamá.

—Nada.

—Entonces no lo digas.

Otro silencio. Uno largo y de lo más incómodo. Y después llegó la frase. Una frase aparentemente sencilla, pero que consiguió que algo se removiera dentro de mí.

—Tu padre no era exactamente quien crees que era.

Me quedé inmóvil y el corazón dio un ligero vuelco.

—¿Qué?

—Olvídalo.

—No.

—No importa.

—Mamá.

—Buenas noches, Olivia.

—¡Mamá!

La llamada se cortó.

Me aparté el móvil de la oreja y me quedé mirando la pantalla sin comprender qué había pasado, sin entender nada. Porque durante toda mi vida la historia había sido siempre la misma.

Mi padre había muerto. Punto. Fin. Sin preguntas ni respuestas. Y sin embargo... Aquella frase seguía resonando en mi cabeza.

«Tu padre no era exactamente quien crees que era».

Permanecí junto a la ventana durante varios minutos, observando las luces de la ciudad, intentando convencerme de que no significaba nada.

Que era otra manipulación, otra de las suyas, otra forma de llamar mi atención. Pero una sensación incómoda ya había echado raíces dentro de mí, y no desapareció.

Ni siquiera cuando me acosté, ni cuando cerré los ojos, ni cuando finalmente me quedé dormida.

Porque por primera vez en muchos años había empezado a preguntarme si toda mi vida me habían contado una mentira.

Y todavía no sabía que la verdad estaba mucho más cerca de lo que jamás habría imaginado.

Capítulo 3



Ethan

Había tres cosas que odiaba profundamente en esta vida.

La primera era la gente que caminaba despacio por mitad de la acera. La segunda era el café malo. Y la tercera era perder.

Aquella mañana había conseguido las tres. Y todavía no eran ni las diez.

—No me lo puedo creer.

Volví a mirar el correo electrónico por cuarta vez. Quizá quinta, o puede que la décima.

Había perdido la licitación, otra vez.

Bueno, no exactamente otra vez. La empresa no solía perder muchos proyectos. Precisamente por eso aquello me estaba molestando tanto.

Llevábamos casi tres meses trabajando en aquella propuesta. Tres meses de reuniones, planos, presupuestos, presentaciones y horas sin dormir.

Y al final, el proyecto había terminado en manos de una empresa mucho más grande.

Una de esas compañías gigantes que parecían tener dinero infinito y un ejército de abogados escondido en algún sótano secreto.

Fantástico. Simplemente fantástico.

Me dejé caer en la silla de mi despacho mirando el techo, intentando convencerme de que era un adulto racional.

Pero no estaba funcionando.

—¿Vas a llorar?

Levanté la cabeza y encontré a Chloe apoyada en la puerta, sonriendo.

Por supuesto, porque mi sufrimiento siempre le parecía divertido.

—Fuera.

—Eso es un sí.

—Fuera.

—¿Quieres que te traiga un pañuelo?

—Chloe.

—¿Dos pañuelos?

—Te despido.

—No puedes despedirme.

—Puedo intentarlo.

—Soy copropietaria.

—Maldita sea.

—Exactamente.

Entró en el despacho sin pedir permiso, como llevaba haciendo desde hacía más de diez años, y se dejó caer en la silla frente a mi mesa.

—¿Tan malo es?

Le lancé una mirada y le pasé el portátil. Ella abrió el correo, lo leyó y suspiró.

—Vale.

—¿Ves?

—Sí.

—¿Ves? —insistí.

—Sí.

—Era nuestro.

—Lo sé.

—Lo teníamos.

—Lo sé.

—Y esos idiotas han ofrecido un precio imposible.

—También lo sé.

Apoyé los codos sobre la mesa. Aquello dolía más de lo que quería admitir.

No por el dinero, porque la empresa iba bien, muy bien, de hecho.

No nos faltaba trabajo, no corríamos ningún peligro, pero aquel proyecto era especial. Era exactamente el tipo de trabajo por el que había creado la empresa años atrás.

Restaurar edificios históricos, devolverles la vida, conservar su esencia, crear algo hermoso, y había desaparecido.

Así de simple.

—Estás poniendo esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara de héroe trágico.

—No tengo una cara de héroe trágico.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

—Chloe.

—Pareces un protagonista de drama histórico.

—Voy a tirarte por la ventana.

—Estamos en una planta baja.

—Encontraré la forma.

Ella soltó una carcajada y, muy a mi pesar, yo también terminé sonriendo. Porque aquello era lo que hacía Chloe.

Llevaba años haciéndolo, desde la universidad, desde que dos estudiantes sin dinero habían decidido que crear una empresa parecía una idea razonable.

La realidad había sido bastante menos romántica.

Mucho trabajo, muchos errores y muchos sustos, pero habíamos salido adelante juntos. Siempre juntos. Y eso nos había convertido en algo parecido a una familia.

La familia que eliges. La mejor clase de familia.

—¿Sabes qué pienso?

—Miedo me da.

—Que necesitas una cerveza.

—Son las nueve y media de la mañana.

—Y sigues necesitando una cerveza.

—Buen argumento.

—Lo sé.

—¿Tienes alguno mejor?

—No.

—Al menos eres sincera.

Chloe sonrió satisfecha. Era imposible no quererla, y también era imposible convivir con ella durante más de tres días seguidos sin plantearte cometer un delito.

Pelirroja, pecosa, escandalosamente extrovertida, capaz de hacer amigos en una cola de supermercado y probablemente la persona más optimista que había conocido jamás.

A veces sospechaba que tenía algún problema neurológico.

—¿En qué piensas?

—En que das miedo.

—Qué romántico.

—No pretendía serlo.

—Lo sé.

—Bien.

—Aunque sigo siendo tu mejor amiga.

—Desgraciadamente.

—Y tú la mía.

Aquello me hizo sonreír, porque era verdad, siempre lo había sido.

Durante años, todo el mundo había dado por hecho que acabaríamos juntos, casados, con hijos, un perro y una casa en algún barrio tranquilo.

El problema era que jamás había existido ni el más mínimo interés romántico entre nosotros. Ni una sola vez. Era como intentar enamorarte de tu hermana.

Una hermana muy molesta y extremadamente habladora, pero una hermana, al fin y al cabo.

—¿Sabes cuántas veces han preguntado si salimos juntos esta semana?

—¿Cuántas?

—Siete.

—Pocas.

—¿Pocas?

—La semana pasada fueron once.

—Dios mío.

—La gente tiene mucha imaginación.

—La gente está loca.

—También.

Me levanté. Necesitaba moverme, pensar, respirar, dejar de mirar aquel maldito correo.

Las enormes ventanas de la oficina daban a una calle tranquila de Tribeca, una de mis zonas favoritas de Manhattan. Siempre había querido trabajar allí.

Mucho antes de poder permitírmelo, mucho antes de que la empresa funcionara y mucho antes de que las cosas fueran fáciles. Si es que alguna vez habían sido fáciles.

Porque la verdad era que nada me había resultado sencillo.

Mis padres murieron cuando yo tenía doce años en un accidente de coche. Un día estaban, y al siguiente ya no. Así de rápido, así de brutal, así de injusto.

Y después apareció Rachel, mi tía.

Tenía veintidós años, una carrera a medias, un futuro completamente distinto por delante y, aun así, renunció a todo para criarme.

Nunca se lo agradecería lo suficiente. Jamás.

—Estás pensando demasiado otra vez.

La voz de Chloe me devolvió al presente.

—¿Tan evidente es?

—Muchísimo.

—Genial.

—Para eso me tienes.

—Qué suerte la mía.

—Exactamente.

Cogió su bolso, se puso en pie y sonrió. Esa sonrisa peligrosa, la que siempre anunciaba problemas.

—Vamos.

—¿Dónde?

—A desayunar.

—No.

—Sí.

—Tengo trabajo.

—Estás deprimido.

—No estoy deprimido.

—Has mirado ese correo veinte veces.

—Doce.

—Peor aún.

—Sigo teniendo trabajo.

—Y yo sigo teniendo hambre.

—Eso sí me lo creo.

—Entonces mueve el culo.

—Qué elegancia.

—Es un don.

Suspiré, porque sabía perfectamente que iba a ganar. Siempre ganaba. Y, sinceramente, una parte de mí estaba agradecida.

Porque quizá tenía razón. Quizá necesitaba salir de allí. Quizá necesitaba recordar que perder una batalla no significaba perder la guerra.

Y quizá, solo quizá, aquel día estaba a punto de cambiar mucho más de lo que imaginaba.

Aunque todavía no tenía ni idea de ello.

Quince minutos después seguía preguntándome por qué había aceptado salir de la oficina.

Bueno, la respuesta era sencilla. Porque Chloe era incapaz de aceptar un no por respuesta.

Y porque llevaba diez años perfeccionando el arte del chantaje emocional.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La de hombre secuestrado.

—Me has secuestrado.

—Te he invitado a desayunar.

—Contra mi voluntad.

—Detalles.

—No son detalles.

—Lo son.

Suspiré otra vez, mientras caminábamos por una de las calles de Tribeca.

El barrio ya estaba completamente despierto. Las terrazas comenzaban a llenarse, los repartidores iban de un lado para otro, y los taxis tocaban el claxon por motivos que probablemente ni ellos mismos entendían. Nueva York en estado puro.

Caótica, ruidosa y perfecta.

Siempre me había gustado aquella ciudad. No era fácil ni amable, pero tampoco fingía serlo. Y eso era algo que respetaba.

—¿Sabes qué necesitas?

—Miedo me da.

—Vacaciones.

—No.

—Sí.

—No.

—Ethan.

—Chloe.

—Pareces un hombre de cincuenta años atrapado en un cuerpo de treinta y cinco.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Ya me había dado cuenta.

Ella sonrió, y yo tuve que contener una sonrisa. Porque era imposible discutir con alguien que disfrutaba tanto haciéndote perder los nervios.

Entramos en una cafetería que frecuentábamos desde hacía años. Nada especialmente elegante, ni moderno, ni diseñado para *influencers*. Simplemente buen café y comida decente.

Lo cual, en Manhattan, era prácticamente un milagro.

—¡Ethan!

Levanté la cabeza y Maya, una de las camareras habituales, sonrió desde detrás de la barra.

—Hola.

—¿Lo de siempre?

—Por favor.

—¿Y para tu novia?

Chloe soltó una carcajada y yo cerré los ojos. No. Otra vez no.

—No soy su novia.

—Lo sé.

—Pero es que parecéis una de esas parejas de lo más compenetradas. Hasta cuando discutís se os ve monísimos.

—Eso tampoco ayuda.

Maya sonrió todavía más.

—Algún día os casaréis.

—No.

—Sí.

—Maya —dije.

—Vale, vale.

Se alejó riéndose y vi que Chloe estaba disfrutando demasiado de aquello.

—Voy a matarte.

—¿Qué he hecho yo?

—Existir.

—Qué dramático.

—Te odio.

—Mentira.

—Un poco sí.

—Mentira.

Y ambos nos echamos a reír. Porque aquella conversación se repetía aproximadamente dos veces por semana desde hacía años. Y ya se había convertido en una especie de tradición.

Nos sentamos junto a una de las ventanas observando la calle y durante unos segundos ninguno habló. Algo poco habitual. Hasta que Chloe apoyó los codos sobre la mesa y me observó.

Mala señal. Muy mala señal.

—¿Qué?

—Nada.

—Te conozco.

—Yo también.

—Precisamente por eso.

—Qué desconfiado eres.

—¿Qué quieres?

—Solo estoy pensando.

—Eso me preocupa aún más.

Ella ignoró el comentario.

—¿Hace cuánto que no tienes una cita?

Suspiré. Ahí estaba la pregunta. Sabía que llegaría, como siempre.

—No lo sé.

—Mientes.

—Quizá.

—¿Tres meses?

—Más.

—¿Seis?

—Más.

Abrió mucho los ojos.

—¿Ocho?

—Probablemente.

—Madre de Dios.

—¿Qué?

—Eso no es normal.

—Claro que lo es.

—No.

—Sí.

—Ethan.

—Chloe.

—Estás convirtiéndote en un ermitaño.

—No es cierto.

—Hablas más con edificios que con personas.

—Trabajo restaurando edificios.

—Precisamente por eso.

—Eso no demuestra nada.

Ella negó con la cabeza como si estuviera observando un caso perdido. Lo cual, sinceramente, resultaba ofensivo.

—Estoy bien.

—No he dicho que estés mal.

—Lo estás pensando.

—Puede que un poco, sí.

—Gracias por darme la razón.

—De nada.

Maya apareció con los cafés, lo cual probablemente evitó que aquella conversación se volviera todavía más incómoda.

—Aquí tenéis.

—Gracias.

—Y Ethan.

—¿Sí?

—Deberías hacer caso a Chloe.

—Traidora.

—Tiene razón.

—¿Por qué todo el mundo está obsesionado con mi vida sentimental?

—Porque no existe.

—Fantástico.

Maya se alejó riéndose y yo bebí café. Porque era preferible a responder.

La verdad era que no tenía ninguna explicación interesante, simplemente no había ocurrido.

Había salido con mujeres, sí, había tenido relaciones y había estado enamorado. Pero en los últimos años el trabajo había ocupado demasiado espacio.

Y quizá... Solo quizá... No había conocido a nadie que realmente me hiciera querer cambiar eso.

No era algo que me preocupara demasiado, al menos normalmente. Aquella mañana, sin embargo, la pregunta permaneció unos segundos más en mi cabeza.

Lo suficiente para resultarme incómoda.

—Mira eso.

La voz de Chloe me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué?

Ella señaló discretamente hacia una mesa cercana donde dos mujeres discutían sobre algo.

Bueno, una discutía y la otra parecía querer desaparecer.

—¿Y?

—Estoy intentando averiguar si son pareja o si van a matarse.

Observé la escena.

—Las dos cosas son posibles.

—Eso mismo he pensado yo.

—Qué observación tan profesional.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo sé.

Sonreí, y por primera vez desde que había llegado el correo de la licitación perdida, sentí que la frustración comenzaba a desaparecer.

Aquello era lo que Chloe siempre conseguía, sacarme de mi cabeza, recordarme que existía algo más aparte del trabajo. Y, sinceramente, necesitaba que alguien lo hiciera.

Porque cuando me obsesionaba con algo, podía pasar días enteros atrapado en ello.

Rachel solía decir que había heredado la terquedad de mi padre. Y probablemente tenía razón. Pensar en ella me hizo sonreír.

—¿Qué?

—Nada.

—Estás sonriendo sin venir a cuento.

—Estaba pensando en Rachel.

La expresión de Chloe se suavizó inmediatamente.

—¿Has hablado con ella?

—Ayer.

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿No te ocultó nada?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque eres su niño.

—Tengo treinta y cinco años.

—Y ella sigue viéndote como si tuvieras doce.

No pude evitar reírme porque aquello era absolutamente cierto.

Rachel seguía llamándome para recordarme que comiera verduras. Y seguía convencida de que necesitaba una chaqueta incluso en verano.

Era ridículo. Y también una de las cosas que más quería de ella. Porque después de todo lo que había sacrificado por mí, tenía derecho a preocuparse cuanto quisiera.

—Voy a verla este fin de semana.

—Bien.

—Hace tiempo que no paso por allí.

—Te hará llevarte comida para tres meses.

—Probablemente.

—Y te preguntará cuándo piensas encontrar una novia.

—Definitivamente.

—Pobre hombre.

—Gracias por la compasión.

—Siempre estoy para ayudarte.

La miré, ella me miró, y los dos terminamos riéndonos otra vez.

Porque, aunque aquella mañana hubiera empezado fatal, algunas cosas seguían funcionando exactamente como siempre.

Y eso, a veces, era suficiente.

Capítulo 4



Ethan

Cuando regresamos a la oficina, Manhattan parecía haberse vuelto todavía más caótica.

O quizá simplemente era Manhattan siendo Manhattan. Nunca estaba seguro.

—Me niego a trabajar.

Miré a Chloe mientras cruzábamos la puerta.

—Qué sorpresa.

—Estoy agotada.

—Has desayunado.

—Ha sido un desayuno emocional.

—No sé qué significa eso.

—Yo tampoco.

—Perfecto.

Ella sonrió, como si aquello tuviera algún sentido. Lo cual era bastante habitual.

Nuestra oficina ocupaba la planta baja de un antiguo edificio industrial restaurado años atrás.

Uno de nuestros primeros proyectos importantes. Y probablemente el único edificio de Nueva York que conocía mejor que mi propio piso.

Las paredes de ladrillo visto. Las vigas originales. Los enormes ventanales. Todo aquello me seguía gustando tanto como el primer día.

Quizá porque representaba algo más. La prueba de que todo el esfuerzo había valido la pena. Porque hubo una época en la que la empresa no era más que dos personas, un ordenador viejo y una cantidad alarmante de optimismo.

Y ahora teníamos empleados, clientes importantes, proyectos relevantes y un futuro sólido.

No estaba mal para aquellos dos veinteañeros que apenas sabían lo que estaban haciendo cuando empezaron.

—Voy a revisar los presupuestos.

—Qué aburrido.

—Es mi trabajo.

—Precisamente. ¿Y tú?

—Voy a fingir que trabajo.

—Al menos eres sincera.

—Siempre.

Chloe desapareció por el pasillo y yo regresé a mi despacho.

Durante unos segundos observé el espacio. Las estanterías llenas de libros, los planos, las fotografías de edificios restaurados, y una imagen enmarcada sobre una de las baldas. Rachel y yo.

Yo tendría unos trece años, ella apenas veintitrés. Los dos estábamos sonriendo, fingiendo que sabíamos cómo seguir adelante.

A veces me preguntaba cómo lo había conseguido, porque yo había sido un adolescente complicado. Muy complicado.

Enfadado con el mundo, con la vida, con todo, y ella apenas era una cría intentando criar a otro.

Pero lo había hecho, y lo había hecho bien. Mucho mejor de lo que cualquiera podría haber esperado.

Sonó mi teléfono, miré la pantalla y sonreí automáticamente. Porque, como si supiera que estaba pensando en ella, ahí estaba su llamada.

—Hola.

—¿Por qué tardas tanto en responder?

—Han pasado dos segundos.

—Una eternidad.

—Hola a ti también.

—¿Has comido?

Cerré los ojos. Por supuesto que esa sería su primera pregunta.

—Son las once y media.

—Eso no responde a mi pregunta.

—He desayunado.

—¿Algo saludable?

—Café.

—Ethan.

—Y tostadas.

—Eso está mejor.

—Gracias por tu aprobación.

—Alguien tiene que vigilarte.

Sonreí, porque aquello era exactamente lo que esperaba escuchar. Como siempre.

—¿Qué tal estás?

—Bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y la licitación?

Maldita sea. Chloe hablaba demasiado.

—La hemos perdido.

Hubo un breve silencio.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—Claro que pasa.

—No es el fin del mundo.

—Lo sé.

Y lo sabía de verdad. Porque Rachel siempre había tenido una habilidad especial para distinguir los problemas reales de los problemas temporales.

Y aquello era temporal. Molesto y frustrante, sí, pero temporal.

—Vendrás este fin de semana.

No era una pregunta, nunca era una pregunta.

—Sí.

—Bien.

—¿Me estás ordenando que visite a mi propia familia?

—Sí. Porque soy tu única familia. Además de Chloe.

—Qué autoritaria.

—Lo aprendí criando a un adolescente imposible.

—Yo era encantador.

Rachel soltó una carcajada.

—Claro, claro.

—Lo era.

—Ethan.

—Vale, quizá no.

—Mucho mejor.

Sonreí, porque aquellas conversaciones siempre conseguían mejorarme el día.

No importaba lo complicado que fuera todo, ni siquiera importaba lo cansado que estuviera. Rachel tenía la capacidad de recordarme quién era. Y de dónde venía.

Y eso importaba mucho.

Después de colgar, conseguí trabajar durante aproximadamente cuarenta minutos. Lo cual era un récord considerando el estado de mi concentración.

Entonces decidí rendirme. Porque había días en los que forzar las cosas simplemente no servía de nada. Aquella tarde era uno de ellos.

A las seis salí de la oficina, por primera vez en semanas, y Chloe estuvo tan sorprendida que sospeché que iba a llamar a la policía.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

—¿No tienes fiebre?

—No.

—¿No te ha sustituido un extraterrestre?

—Que yo sepa, no.

—Entonces esto es rarísimo.

—Solo quiero llegar pronto a casa.

—Voy a apuntar la fecha.

—Haz lo que quieras.

—Lo haré, porque esto es histórico.

Me despedí de ella y caminé hacia mi *loft*.

Una de las ventajas de vivir en Tribeca era precisamente esa, podía ir andando a casi cualquier sitio.

Siempre me había gustado caminar, me ayudaba a pensar, a ordenar ideas, a desconectar.

El sol comenzaba a descender entre los edificios, las calles seguían llenas, los restaurantes empezaban a recibir clientes, la ciudad cambiaba de ritmo y yo disfrutaba observándolo.

Cuando llegué a mi edificio, saludé al portero, subí en el ascensor y unos minutos después entré en casa.

El silencio me recibió inmediatamente, como siempre. No era un silencio triste ni incómodo, simplemente era habitual.

Dejé las llaves sobre el recibidor, me aflojé la corbata y observé el *loft*.

Los techos altos, las vigas metálicas, la cocina abierta, las enormes ventanas. Todo exactamente como me gustaba. Sencillo, cómodo y sin artificios.

Sin embargo, mientras avanzaba hacia la cocina, una idea cruzó fugazmente mi cabeza.

Una idea absurda. La sensación de que aquel espacio llevaba demasiado tiempo siendo únicamente mío.

Sacudí la cabeza inmediatamente, porque sonaba peligrosamente parecido a las tonterías que Chloe intentaba meterme en la cabeza. Y no pensaba darle esa satisfacción.

Abrí el frigorífico y encontré una cerveza. Y justo entonces sonó mi teléfono.

Era un mensaje de Chloe, por supuesto.

Chloe: *Acabo de ver un cartel gigante de una modelo en Times Square.*

Fruncí el ceño.

Ethan: *¿Y?*

La respuesta llegó inmediatamente.

Chloe: *Solo quería decir que es injusto que algunas personas tengan esa genética.*

Solté una carcajada. Aquella mujer necesitaba ayuda profesional.

Chloe: *Y he descubierto algo increíble.*

Yo: *Eso da miedo, Chloe.*

Chloe: *Hay una actriz famosísima viviendo temporalmente cerca de tu edificio.*

Yo: *Y eso me afecta porque...*

Chloe: *Porque toda la calle va a estar llena de fotógrafos.*

Yo: *Fantástico.*

Chloe: *Podrías llevar un cartel en la espalda haciendo publicidad de nuestra empresa.*

Ethan: *Lo que me faltaba, ser Publicidadman.*

Chloe: *Una estrategia de marketing perfecta, no lo niegues.*

Ethan: *Que Dios me dé paciencia contigo.*

Chloe: *La modelo es guapísima.*

Yo: *Qué información tan relevante.*

Chloe: *Estoy siendo una buena amiga.*

Yo: *No.*

Chloe: *Sí.*

Yo: *Buenas noches, Chloe.*

Chloe: *Buenas noches, abuelo.*

Suspiré sonriendo, porque era imposible no hacerlo.

Guardé el teléfono y me levanté para cerrar una de las cortinas. Entonces vi algo.

Al otro lado de la calle había un pequeño grupo de fotógrafos esperando, observando la entrada de uno de los edificios cercanos.

Fruncí el ceño. Aquello explicaba el mensaje de Chloe. Probablemente alguna celebridad. Otra más, puesto que Nueva York estaba llena de ellas.

No le di demasiada importancia. Volví al sofá, encendí la televisión y continué con mi noche.

Sin saber que, a apenas unos cientos de metros de distancia, una mujer estaba observando las mismas luces de Manhattan.

Sin saber que nuestros caminos estaban acercándose poco a poco.

Sin saber que una simple casualidad estaba a punto de poner mi mundo patas arriba.

Y, desde luego, sin imaginar que aquella actriz desconocida para mí terminaría convirtiéndose en alguien importante en mi vida.

Capítulo 5



Olivia

Siempre había pensado que la gente exageraba cuando decía que los libros cambiaban vidas.

Yo había leído cientos de ellos y seguía teniendo los mismos problemas de siempre. Así que, al menos en mi caso, los milagros parecían tener ciertos límites.

—Te estás poniendo unos pantalones para ir a comprar libros.

Levanté la vista del espejo y vi que Harper estaba apoyada en el marco de la puerta de mi vestidor, comiendo cereales directamente de la caja, como un niño travieso.

—Voy a salir a la calle.

—Vas a una librería.

—Sigue siendo la calle.

—Olivia.

—Harper.

—Es una librería.

—Gracias por repetirlo.

—Solo intento entender por qué llevas veinte minutos eligiendo ropa.

—Porque tengo dignidad.

—Porque eres actriz.

—También.

—Y porque eres incapaz de salir de casa sin parecer una portada.

—Eso es mentira.

Harper me señaló.

—Llevas unas gafas de sol que cuestan más que mi alquiler.

—Eso ha sonado muy acusador.

—Porque lo era.

Me eché a reír porque tenía razón. Más o menos.

La verdad era que llevaba años desarrollando estrategias para moverme por Nueva York sin atraer demasiada atención.

Algunas funcionaban, otras no, y algunas acababan apareciendo en revistas de cotilleo bajo titulares completamente absurdos.

Como aquella vez que un periódico había asegurado que estaba embarazada porque llevaba un jersey ancho.

No estaba embarazada, simplemente tenía frío, pero la prensa rara vez dejaba que la realidad estropeara una buena historia.

—¿Cuánto tardarás?

—Una hora.

Harper soltó una carcajada.

—Mentira.

—¿Por qué?

—Porque tú no entras en una librería.

—Claro que entro.

—No. Tú te mudas allí durante varias horas.

—Eso también es cierto.

—Lo sabía.

Cogí el bolso, las llaves y el móvil y me dirigí hacia la puerta.

—No hagas nada ilegal mientras no estoy.

—No prometo nada.

—Harper.

—¿Qué?

—Hablo en serio.

—Yo también.

—Dios mío.

—Tranquila.

—Eso nunca tranquiliza a nadie.

Ella me dedicó una sonrisa angelical, lo cual resultó aún más preocupante, y decidí marcharme antes de descubrir qué estaba planeando.

La mañana era preciosa, uno de esos días de sábado de junio en los que Nueva York parecía más amable de lo habitual.

La temperatura era perfecta, el cielo estaba despejado y el aire olía a verano.

Caminé varias calles disfrutando de algo que cada vez valoraba más, el anonimato, o algo parecido al anonimato.

Las gafas de sol ayudaban, la gorra también, y el hecho de que la mayoría de la gente estuviera demasiado ocupada con sus propias vidas. Aquello era algo que siempre me había gustado de Nueva York.

La ciudad podía reconocer a una estrella de cine y seguir caminando sin detenerse, sin impresionarse, sin convertirlo en un acontecimiento nacional. Era perfecto.

La librería apareció al final de la calle, una de mis favoritas. Grande, acogedora y llena de rincones donde esconderse durante horas.

Entré, y automáticamente sonreí.

El olor, ese olor a papel, tinta y madera. Eso era lo que más me gustaba de aquel lugar.

Por no haber de los cientos de libros nuevos mezclados con libros antiguos. Era imposible no sentirse bien allí dentro.

Me quité las gafas y comencé a caminar entre las estanterías, sin prisa, sin rumbo concreto, como hacía siempre.

Aquello era casi una tradición. Perderme, buscar historias, descubrir autores nuevos, olvidarme durante un rato de quién era y convertirme simplemente en una lectora más.

Llevaba unos veinte minutos explorando cuando encontré una edición antigua de una novela que llevaba años buscando.

—*No me lo puedo creer* —murmuré.

Sonreí al verla, era preciosa. La portada, la encuadernación. Todo.

Justo cuando iba a cogerla, otra mano apareció al mismo tiempo sujetando exactamente el mismo libro.

Parpadeé, levanté la vista y me encontré con un hombre alto, muy alto, de cabello oscuro, ojos grises y una expresión de sorpresa idéntica a la mía.

Durante un segundo nos quedamos inmóviles, los dos sujetando el mismo ejemplar, como dos niños peleando por el último trozo de tarta.

—Bueno.

Su voz fue grave, cálida y divertida.

—Esto es incómodo.

No pude evitar reírme.

—Un poco.

—Creo que lo vi primero.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque estaba a punto de cogerlo yo.

—Ese es un argumento sorprendentemente sólido.

—Lo sé.

Una sonrisa apareció en sus labios y, de forma completamente absurda, sentí una especie de cosquilleo inesperado.

Algo leve e insignificante, pero extraño. Porque no me ocurría a menudo. Al menos no últimamente.

—¿Qué hacemos entonces?

—¿Con qué?

—Con esto.

Miró el libro, yo también, y seguíamos sujetándolo los dos.

—Podemos pelear.

—No pareces muy violenta.

—No me conoces.

—Buen punto.

—Además, tengo ventaja.

—¿Sí?

—Llevo zapatos más peligrosos.

El hombre bajó la vista hacia mis botas y soltó una carcajada. Una carcajada sincera, natural y bonita.

—Vale.

Eso no era exactamente lo que esperaba. Y precisamente por eso me hizo sonreír.

—¿Sabes qué? —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Quédatelo.

Fruncí el ceño.

—¿Así de fácil?

—Sí.

—¿No vas a luchar por él?

—Es un libro.

—Precisamente por eso.

—Además, parece importante para ti.

Aquella respuesta me sorprendió. Porque no era la típica respuesta y porque la dijo como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Gracias.

—De nada.

—Aunque sigo pensando que yo lo vi primero.

—Eso jamás lo sabremos.

—Yo sí.

—Claro.

Volví a reírme y entonces ocurrió algo curioso. Ninguno de los dos se marchó. Seguíamos allí, uno frente al otro, como si la conversación aún no hubiera terminado. Como si ninguno tuviera demasiada prisa por irse.

Y por primera vez en mucho tiempo me descubrí preguntándome quién era aquel desconocido.

Sin saber que aquella simple pregunta estaba a punto de complicarme la vida muchísimo más de lo que imaginaba.

Seguíamos mirando el libro como si fuera un objeto altamente peligroso. O como si en cualquier momento pudiera explotar.

Lo cual, siendo sinceros, habría sido menos incómodo que seguir allí de pie sin saber muy bien qué hacer.

—Vale —dijo él finalmente—. Esto es oficialmente lo más raro que me ha pasado hoy.

—¿En serio?

—En serio —respondió.

—Entonces debo decir que tu día ha sido peor que el mío.

—No lo des por hecho.

—He venido a una librería y he entrado en una discusión casi legal por un libro.

—Eso suena bastante serio.

—Lo es.

Asintió como si lo estuviera evaluando.

—Entonces sí, probablemente gano yo.

Sonreí sin querer, otra vez. Era extraño, eso no me pasaba a menudo con desconocidos. Ni con conocidos, ni con prácticamente nadie.

—¿Eres de aquí? —preguntó él.

—¿De la librería?

—De Nueva York.

—Sí.

—Eso explica lo tranquila que estás.

—No estoy tranquila.

—Pareces tranquila.

—Soy buena fingiendo.

—Eso también lo pareces.

Lo miré, él me miró, y durante medio segundo hubo algo raro. Como si habláramos un idioma común sin haberlo decidido.

—Vale —dijo—. Tengo una propuesta.

—¿Qué propuesta?

—Te quedas con el libro.

—Ya lo has dicho.

—Pero me invitas a un café.

Parpadeé.

—¿Eso es un intercambio comercial?

—Lo estoy intentando hacer parecer lo menos sospechoso.

—No está funcionando.

—Lo sé.

Me reí de verdad, sin controlarlo, y eso fue lo más extraño de todo. Porque no solía reírme así con desconocidos. No de una manera tan fácil y natural.

—¿Siempre haces tratos con extraños en librerías?

—Solo los martes.

—Hoy es jueves.

—Entonces estoy rompiendo mi propia norma.

—Qué rebelde.

—A veces sorprendo incluso a mi tía.

—¿Tu tía sabe que haces esto?

—No.

—Deberías preocuparla menos.

—Demasiado tarde.

—Eso suena preocupante.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

—No creo que tengas tanto tiempo.

—¿Me estás subestimando?

—Te estoy siendo honesto.

Aquello me gustó más de lo que debería.

—¿Y si no quiero café?

—Entonces te dejo el libro y me voy.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—No suena muy convincente.

—No intento convencerte.

—Eso es nuevo.

—No suelo insistir.

—¿Nunca?

—Casi nunca.

—Eso es raro.

—¿Por qué?

—La gente siempre insiste.

—Yo no.

Me observó con calma, sin prisa, como si realmente no tuviera intención de irse, pero tampoco de presionarme. Y eso era… raro. Demasiado raro.

—Vale —dije finalmente.

—¿Vale qué?

—El café.

Su sonrisa apareció antes de que respondiera, y fue una sonrisa peligrosa. De esas que te hacían sospechar que acababas de cometer un error sin saberlo todavía.

—Bien.

—Pero uno.

—Solo uno.

—Uno.

—Perfecto.

—Y después cada uno por su lado.

—Eso suele decir la gente antes de volver a verse.

—No vas a volver a verme.

—Eso suena desafiante.

—Es realista.

—Ya lo veremos.

Puse los ojos en blanco y me di cuenta de que seguía sosteniendo el libro, como si ninguno quisiera soltarlo del todo. Finalmente lo hice y él también.

El intercambio fue casi ceremonioso, como si estuviéramos cerrando un pacto invisible.

—No sé tu nombre —dijo.

Me quedé quieta un segundo. Podía decir cualquier cosa, cualquier nombre, cualquier mentira y desaparecer. Pero por alguna razón no lo hice.

—Olivia —dije.

—Ethan.

Asentí. Como si aquello significara algo. Aunque no lo significaba. O eso creí.

—Bien, Ethan —dije—. ¿Un café?

—Un café.

Salimos de la librería juntos y el aire de Nueva York nos golpeó de lleno.

Era cálido, demasiado cálido para junio. Las calles estaban llenas de gente, turistas y locales, y música lejana, el ruido habitual de la ciudad. Pero, de algún modo, mientras caminábamos, todo parecía un poco más lento.

Un poco más… enfocado.

—¿Vives por aquí? —preguntó.

—Más o menos.

—Eso es sospechoso.

—¿Por qué?

—Porque nadie dice «más o menos» sin esconder algo.

—Tal vez soy una mujer misteriosa.

—O puede que solo seas evasiva.

—Y puede que tú seas demasiado analítico.

—Puede.

Nos miramos otra vez y sentí otra vez ese cosquilleo. Sutil e inexplicable, molesto, incluso, porque no tenía sentido. No lo tenía en absoluto.

—Hay una cafetería aquí cerca —dijo.

—No me digas.

—La frecuento.

—Eso tampoco me sorprende.

—¿Por qué?

—Pareces de los que tienen sitios «habituales».

—¿Eso es un insulto?

—No.

—¿Seguro?

—Casi.

Se rio otra vez, y me descubrí pensando que tenía una risa bastante agradable. Demasiado agradable para ser un desconocido.

Entramos en la cafetería y durante unos segundos olvidé quién era yo. O lo intenté. Porque algo en aquel encuentro no encajaba con lo habitual.

Y, sin embargo, se sentía peligrosamente fácil. Como si el universo hubiera decidido improvisar sin avisarme.

La cafetería estaba más llena de lo que parecía desde fuera, o quizás era solo que, de repente, yo era más consciente de todo.

De las mesas, del ruido, del café recién hecho, de Ethan sentado frente a mí como si aquello fuera perfectamente normal.

Que no lo era. Para nada.

—Sigues mirando el libro —dijo.

Bajé la vista. Lo había dejado sobre la mesa entre los dos, como si fuera un tercero en discordia.

—Es bonito —respondí.

—No has abierto ni una página.

—Aún no.

—Eso es raro.

—¿Por qué?

—La gente que ama los libros no puede esperar.

—Solo estoy… saboreando el momento.

—Eso suena a excusa.

Le lancé una mirada de las que Lucas describía como letal, y él levantó las manos en señal de paz.

—Vale. No es asunto mío.

—Gracias.

—Pero sigue siendo raro.

Suspiré.

—Eres muy insistente para alguien que «casi nunca insiste».

—No estoy insistiendo.

—Estás analizando.

—Eso es distinto.

—No mucho.

Sonrió. Y otra vez esa sonrisa. De esas que no deberían tener tanto efecto. Pero lo tenían. Y eso era un problema completamente nuevo.

—¿Siempre eres así? —pregunté.

—¿Así cómo?

—Demasiado… directo.

—No lo sé.

—Eso no es una respuesta.

—Lo es la mayoría de las veces.

—Ethan…

—Olivia.

Nos quedamos en silencio. Un segundo. Dos. El tipo de silencio que no incomodaba, simplemente estaba ahí.

—Trabajo con edificios —dijo de repente.

—Interesante.

—No sabes cómo suena eso cuando lo digo en voz alta.

—¿Cómo suena?

—Aburrido.

Me reí.

—No suena aburrido.

—Sí suena aburrido.

—Suena… estable.

—Eso es una forma educada de decir aburrido.

—No necesariamente.

—¿Qué haces tú? —preguntó, y me quedé quieta.

Un segundo. Demasiado rápido para mentir. Demasiado extraño para decir la verdad completa.

—Trabajo en cine.

—¿Producción?

—Algo así.

—Eso explica lo de las gafas de sol.

—No las llevo por eso.

—Claro.

—Las llevo porque me gusta.

—Claro.

Lo dijo con una sonrisa que no era burlona. Era divertida. Y eso era peor. Porque hacía que no me importara.

El camarero dejó nuestros cafés sobre la mesa.

—¿Azúcar? —preguntó Ethan.

—No.

—Perfecto.

—¿Por qué perfecto?

—Porque si dices que sí, te juzgo un poco.

—Qué amable.

—Intento ser coherente.

—¿Y si me gusta el azúcar?

—Entonces eres menos interesante de lo que pareces.

Le lancé una servilleta y él la esquivó demasiado rápido.

—Tienes buenos reflejos —dije.

—Restaurar edificios exige coordinación.

—Eso es una excusa fantástica.

—Gracias.

Bebió un sorbo de café y por primera vez lo vi más relajado. Menos analítico y contenido. Y no supe por qué, pero me gustó verlo así.

—No sueles hacer esto, ¿verdad? —pregunté.

—¿Tomar café?

—Tomar café con desconocidas que has encontrado en una librería.

—No.

—¿Entonces por qué conmigo?

Esa pregunta se quedó suspendida en el aire. Un segundo. Dos.

Él apoyó la taza y pensó.

—No lo sé —dijo al final.

Honesto, directo y sin adornos. Eso también me descolocó.

—Eso es preocupante —dije.

—¿Por qué?

—Porque normalmente la gente tiene una razón.

—Yo no.

—Eso es mentira.

—No siempre.

—Siempre hay una razón.

Me observó más serio ahora. Solo un poco.

—Vale —dijo—. Entonces, quizá porque no parecías tener prisa.

—Eso no es una razón.

—Es la única que tengo.

Y nos quedamos en silencio otra vez, pero fue un silencio diferente. Como si algo invisible se hubiera instalado entre los dos.

—Tú tampoco pareces tener prisa —dije.

—No, hoy al menos no.

—¿Por qué hoy?

—Porque ayer perdí algo importante.

Fruncí el ceño.

—¿Trabajo?

—Sí.

—Lo siento.

—No lo hagas.

—Eso suena a que te has resignado.

—Sí.

Me miró de nuevo y por un segundo sentí algo raro en el pecho. Como si aquel hombre estuviera acostumbrado a perder cosas, pero no a hablar de ello.

—Entonces —dije—. Somos dos personas sin prisa.

—Eso parece.

—En Nueva York eso es casi ilegal.

—Probablemente.

Sonreí, él también, y entonces ocurrió.

Un par de personas en la cafetería miraron hacia la puerta. Cámaras. Flash. Ruido leve. Demasiado reconocible para mí.

Me tensé instintivamente y Ethan lo notó.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí rápido.

—No lo parece.

—Estoy bien.

Los fotógrafos no habían entrado, solo estaban fuera buscando algo. A alguien, más bien. Lo habitual. Pero el pulso me cambió ligeramente.

No lo suficiente para que él lo notara, o eso creí.

—Tienes que irte —dije de repente.

—¿Perdón?

—Yo… tengo que irme —corregí.

—¿Ahora?

—Sí.

Me levanté demasiado rápido, cogí el libro, el bolso, todo demasiado deprisa.

—Olivia —dijo Ethan.

Me detuve un segundo y su voz sonó diferente ahora. Más baja.

—Ha sido… agradable —añadió.

Me quedé quieta solo un segundo.

—Sí —respondí—. Lo ha sido.

Y sin saber por qué, me dolió un poco decirlo.

—Nos vemos —dijo, y le miré.

Quise decir que no, que no iba a pasar. Que aquello era casual, que era absurdo, que no significaba nada. Pero no lo dije.

—Nos vemos —repetí, y salí de la cafetería.

El aire de Nueva York me golpeó de nuevo.

Los fotógrafos seguían fuera, pero no era por mí. Al menos no todavía.

Pero mientras caminaba calle abajo, con el libro en la mano, una sensación extraña me acompañó.

No era miedo ni nervios, era algo peor. Curiosidad.

Porque no entendía por qué aquel desconocido había conseguido que, durante unos minutos, el mundo dejara de sonar tan fuerte.

Y eso era peligroso. Mucho más peligroso de lo que parecía.

Capítulo 6



Ethan

No era el tipo de persona que se obsesionaba con desconocidas en cafeterías. De verdad que no. Tenía cosas más importantes que hacer.

Trabajo, proyectos, una empresa que, contra todo pronóstico, seguía funcionando. Y aun así… llevaba toda la mañana pensando en ella. En Olivia.

Solo el nombre, nada más. Ni apellido, ni una historia. Nada, solo Olivia.

Lo cual era ridículo, porque habíamos hablado menos de una hora. Menos de una hora en una cafetería. Y ya estaba ocupando demasiado espacio en mi cabeza.

—Estás raro.

Levanté la vista y vi que Chloe estaba de pie frente a mi mesa con dos cafés en la mano y esa expresión suya de «sé exactamente lo que pasa, aunque no tengas intención de contármelo».

—No estoy raro.

—Sí lo estás.

—No.

—Sí.

—No.

—Ethan.

—Chloe.

—Has revisado el mismo plano tres veces sin mover una sola línea.

Miré el plano. Tenía razón. Otra vez.

Lo cual empezaba a ser una tendencia preocupante.

—Estoy concentrado —dije.

—Estás ausente.

—Es lo mismo.

—No lo es.

—En mi caso sí.

Chloe dejó los cafés sobre la mesa y se sentó sin pedir permiso, como siempre.

—Vale —dijo—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Mientes fatal.

—No miento.

—Mientes peor.

Suspiré, y me pasé una mano por la cara.

No sabía por qué me molestaba tanto admitirlo. No era importante. O al menos no debía serlo. Pero lo era.

—Conocí a alguien ayer —dije finalmente.

Chloe elevó ambas cejas.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—No empieces.

—¿Dónde?

—En una librería.

—Eso es muy de película romántica.

—No digas eso.

—¿Es guapa?

Me quedé en silencio durante demasiado tiempo.

—Ajá —dijo Chloe inmediatamente.

—No empieces.

—Has tardado medio segundo de más en responder.

—Eso no significa nada.

—Significa mucho.

—No.

—Sí.

—Chloe.

—Ethan.

—No la conoces.

—Pero tú sí.

Eso me hizo callar porque era verdad. Y eso era lo que me incomodaba.

No entendía por qué seguía dándole vueltas. No entendía por qué recordaba su risa. Ni su forma de mirar los libros como si fueran algo más que papel. Ni esa manera extraña que tenía de observar antes de hablar. Como si el mundo le importara más de lo que debería.

—No es nada —dije al final.

Chloe bebió un sorbo de café y me observó más de lo normal.

—No has salido con nadie en meses —dijo—. Así que tienes un severo caso de abstinencia, querido.

—Eso no es cierto.

—Ethan, que nos conocemos.

—Vale.

—¿Vas a volver a verla? —preguntó tras unos segundos de silencio.

—No.

—Eso ha sonado a mentira.

—No la voy a volver a ver.

—Eso también ha sonado a mentira.

Me levanté. Necesitaba moverme, respirar, hacer algo. Cualquier cosa menos seguir hablando de esto.

—Tengo trabajo —dije.

—Siempre tienes trabajo.

—Es cierto.

—Y, aun así, estás aquí pensando en una desconocida.

—No estoy pensando en ella.

Chloe sonrió. Esa sonrisa peligrosa, la que significaba que ya había ganado la conversación.

—Claro —dijo—. Por supuesto.

No respondí, porque cualquier cosa que dijera solo lo empeoraría. Y porque, en el fondo, una parte de mí sabía que no era capaz de sacarla de mi cabeza. Todavía no.

Y eso era lo más absurdo de todo.

—¿Puedo preguntar cómo es? ¿O en qué librería la conociste?

—No, no puedes, pero lo vas a hacer igualmente —contesté, y tras un suspiro, comencé a contarle lo que recordaba de aquella mujer.

—Para no pensar en ella, la has descrito con todo lujo de detalles. Y por mucho que me digas, eso significa algo.

Y con una sonrisa de «di lo que quieras, que no te voy a creer», Chloe salió de mi despacho con el café en la mano, dejándome a solas de nuevo.

Suspiré, volví a mi mesa y durante las dos siguientes horas me concentré en el trabajo.

El problema de Nueva York es que nunca te daba espacio para pensar en paz. Siempre había demasiado ruido, gente, algo pasando en un callejón o una tienda.

Y, aun así, yo seguía pensando en ella. Lo cual era absurdo, porque no sabía prácticamente nada.

Solo una conversación en una librería, un café, una sonrisa y una forma de hablar como si el mundo no la estuviera persiguiendo constantemente.

—Estás callado —dijo Chloe mientras caminábamos por Tribeca.

—Estoy trabajando.

—Estás caminando.

—También puedo trabajar mentalmente.

—Eso suena a excusa peligrosa.

—Es una habilidad.

—Es ansiedad disfrazada.

La ignoré, pero tenía razón, otra vez.

Habíamos salido a revisar una obra cerca del río, un edificio antiguo que necesitaba restauración parcial.

Estaba en mi zona de confort, en mi mundo, con todo bajo control. Hierro, madera e historia, cosido a base de paciencia.

Eso sí lo entendía. Eso no cambiaba. Eso no me confundía. O al menos no solía hacerlo.

—¿Quieres dejar de mirar el móvil cada dos minutos? —preguntó Chloe.

—No lo estoy mirando cada dos minutos.

—Lo has mirado tres veces en el último.

—Por costumbre.

—Por obsesión.

—Por trabajo.

—Ya, claro.

—Chloe.

—Ethan.

Suspiré y guardé el móvil en el bolsillo.

No tenía cómo llamarla o escribirla, y no iba a buscarla en internet porque estaba seguro de que existirían miles de Olivias en el mundo. No iba a hacer nada. Porque no había nada que hacer.

Era una desconocida, una coincidencia, una conversación en una librería. Eso era todo. O eso intentaba convencerme.

El edificio que íbamos a inspeccionar estaba acordonado. Era viejo, pero bonito, y lo más importante, tenía carácter.

Era uno de esos lugares que tenían historia incluso antes de que nadie se molestara en documentarla.

Entré con el casco y Chloe lo hizo detrás.

El arquitecto del proyecto nos explicó los daños, mientras yo asentía, tomaba notas, y observaba estructuras.

Pero una parte de mi cabeza seguía en otro sitio. Y eso empezaba a molestarme.

—Ethan —dijo Chloe en voz baja mientras el arquitecto hablaba.

—¿Qué?

—Estás a punto de firmar sin escuchar.

—Sí, estoy escuchando.

—Has asentido cuando ha dicho «problemas estructurales graves».

—Eso es porque lo he entendido.

—¿Has entendido también cuando ha dicho «probablemente no es seguro entrar»?

—Eso también lo he entendido.

Chloe me miró con la ceja arqueada.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Otra vez esa palabra.

—Estoy cansado.

—Mentira.

No respondí, porque no podía. Porque no era cansancio, era otra cosa. Y no quería ponerle nombre.

Al salir del edificio, el aire era más fresco, ya que el sol empezaba a bajar. En ese momento la ciudad cambiaba de tono.

Más dorada, más lenta y más peligrosa en su belleza.

Caminamos hacia la calle principal y entonces la vi. O casi.

Una mujer cruzando la acera con gafas de sol y el cabello recogido, a un paso rápido que me resultó demasiado familiar.

Me detuve y Chloe chocó conmigo.

—¿Qué haces?

—Nada.

Miré mejor, pero ya no estaba. Se había perdido entre la gente.

—Ethan —dijo Chloe—, ¿qué pasa?

No respondí inmediatamente porque no estaba seguro. Podía haber sido cualquiera.

Cualquier mujer con gafas de sol o con prisa. Cualquiera de las miles de mujeres que vivían en Nueva York.

Pero la sensación, esa sensación extraña, seguía ahí.

—Nada —dije finalmente y Chloe me observó, pero no estaba convencida, lo sabía.

—Vale —dijo—. Pero estás más raro que esta mañana.

—Estoy normal.

—No, no lo estás.

Volvimos a caminar, pero yo ya no estaba escuchando del todo, porque algo en aquella silueta fugaz había encendido una alarma que no sabía explicar.

Y lo peor era que no sabía si quería ignorarla, o seguirla.

El resto del día lo pasé concentrado en el trabajo, al menos tanto como me fue posible, mientras no dejaba de preguntarme por qué pensaba tanto en Olivia.

Llegué al *loft* cuando ya había anochecido.

Nueva York tenía esa costumbre de cambiar de personalidad según la hora. De día todo era ruido. De noche era un poco más calmada.

Dejé las llaves sobre la encimera junto con el casco de trabajo, y por primera vez en todo el día el silencio del apartamento me resultó incómodo.

No por falta de costumbre, sino porque mi cabeza no estaba en silencio. Estaba ocupada, demasiado ocupada, a decir verdad.

Me serví un vaso de agua. Ni café ni alcohol, aunque podría, solo agua.

Acababa de dar el primer sorbo cuando el móvil vibró. Cuando vi el nombre de mi tía Rachel, sonreí antes de contestar.

—Hola.

—No estás trabajando, ¿verdad?

Suspiré.

—Hola a ti también.

—Ethan.

—Estoy en casa.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Sí, estoy trabajando.

Silencio al otro lado. Ese silencio peligroso de Rachel cuando sabía que estaba diciendo tonterías.

—¿Has comido? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué?

—Algo.

—Ethan.

—En serio.

—No te creo.

Me senté en el sofá mirando la ciudad a través del ventanal.

—He comido —repetí.

—Vale.

No le gustó mi respuesta, lo sabía, pero no insistió. Eso era lo que hacía Rachel.

No empujaba, solo dejaba caer las cosas como quien dejaba una piedra en el agua. Y luego esperaba a ver las ondas.

—Voy a ir este fin de semana —dije.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo intuyo.

Sonreí.

—Eres imposible.

—Y tú eres un terco.

—Eso es hereditario.

—No me hagas reír.

Hablamos unos minutos más de cosas sin importancia. Del jardín, del vecino, de una tubería rota que llevaba meses sin arreglarse.

De la vida real, la vida sencilla, la vida que yo a veces olvidaba que existía.

Cuando colgué, el silencio volvió, pero esta vez era diferente. Menos pesado, más manejable.

Me levanté, fui hacia la ventana y entonces me entró una llamada de Chloe al móvil.

—¿Qué pasa?

—Tengo una pregunta.

—Eso nunca es bueno.

—La chica de la librería.

Me quedé quieto.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada.

—Chloe, que nos conocemos.

—He estado investigando.

—No deberías investigar.

—Sí debería.

—No.

—Sí.

—No.

—Ethan.

—Chloe.

Ella suspiró, y la imaginé en su apartamento, con ese gesto suyo de «esto es importante, aunque tú no lo sepas todavía».

—No es una desconocida cualquiera —dijo.

—Sí lo es.

—No.

—Sí.

—Ethan.

—¿Qué?

—Es famosa.

Me quedé callado, porque eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué?

—Que es famosa. Muy famosa.

—¿Cómo de famosa?

—Del tipo que no entra en una librería sin que nadie la reconozca.

Fruncí el ceño.

—No había nadie alrededor.

—Porque lleva gafas, gorra y probablemente seguridad discreta.

No respondí, porque mi mente intentó encajar eso con la imagen que tenía de ella.

La risa fácil, la forma de hablar, la naturalidad. No encajaba. No podía encajar.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Sí.

—¿Quién es?

Chloe tardó un segundo en contestar, solo uno, pero fue suficiente.

—Por cómo me la describiste, y como buena periodista que soy, he hecho un trabajo de investigación de lo más exhaustivo. En redes hay una coincidencia, un post subido con una foto de ese libro del que me has hablado.

—Ajá, vale. ¿Y quién es ella?

—Olivia Hart.

El nombre cayó en la habitación como si cambiara la temperatura.

No lo procesé de inmediato, pero mi cerebro lo intentó. Y luego lo consiguió.

Olivia Hart. Sí, la había visto, la había visto en algún sitio. Revistas, televisión, estrenos, entrega de premios de alguna cadena de televisión. Pero no había prestado atención. Nunca prestaba atención a eso.

Hasta ahora.

—Eso es imposible —dije.

—No lo es.

—No parecía…

Me detuve, porque no sabía cómo terminar esa frase.

No parecía una estrella de cine. No parecía inalcanzable. No parecía nada de lo que esperaba. Solo parecía Olivia, sin más.

Y eso era lo más inquietante de todo.

—Ethan —dijo Chloe—, no te obsesiones.

—No me estoy obsesionando.

—Claro.

—Solo la conocí.

—Y estás pensando demasiado en ella para alguien que «solo la conoció».

No respondí, porque no tenía una respuesta buena o, mejor dicho, porque no quería tenerla.

—Solo te aviso —añadió Chloe—. Ese tipo de personas no desaparece, así como así.

—No estoy buscando que desaparezca.

—Eso es peor.

—No.

—Sí.

—Chloe.

—Ethan.

Suspiré y miré por la ventana.

Las luces de Nueva York seguían encendidas, miles de historias, miles de vidas.

Y una de ellas, sin que yo lo supiera del todo todavía, ya estaba empezando a mezclarse con la mía.

—Vale —dije finalmente.

—Vale, ¿qué?

—No es nada.

Silencio.

—Ethan…

—No es nada —repetí.

Pero incluso mientras lo decía, no estaba del todo seguro de creerme.

Capítulo 7



Olivia

No era mi intención cenar con nadie. De hecho, esa noche mi plan era exactamente el contrario.

Cero personas. Cero conversaciones. Cero imprevistos.

Solo yo, mi sofá y una película mala que ver mientras me comía un sándwich y una tarrina de helado.

Pero el destino tenía otros planes.

—Te estás escondiendo otra vez —dijo Harper desde la cocina.

—No me estoy escondiendo.

—Estás en chándal a las ocho de la tarde.

—Eso no es esconderse.

—Eso es rendirse.

—Es comodidad.

—Es derrota emocional.

Le lancé una mirada desde el sofá. Ella estaba apoyada en la encimera, comiendo algo directamente de un táper.

—He tenido un día largo —dije.

—Todos los días tienes días largos.

—Porque trabajo.

—Porque evitas cosas.

—No evito cosas.

—Evitas hombres.

No contesté, y el silencio que siguió a sus palabras fue demasiado largo.

Harper sonrió.

—Ajá.

—No empieces.

—No he empezado.

—Sí lo has hecho.

—Solo estoy observando patrones.

—Qué peligroso.

—Es mi trabajo.

Suspiré y me acomodé en el sofá.

Central Park se veía desde las ventanas como una mancha verde perfecta, demasiado tranquila para ser real.

—No quiero salir —dije.

—No tienes que salir.

—Gracias.

—Pero vas a salir.

—No.

—Sí.

—Harper…

—Tienes una cena.

Me quedé quieta.

—¿Qué cena?

Ella levantó su móvil.

—Lucas.

Genial. Lucas. El único ser humano capaz de convertir cualquier plan sencillo en una agenda militar.

—Dijo que no podía cancelar —añadió Harper—. Algo de una reunión con el equipo de producción.

—Eso suena a mentira.

—Probablemente lo sea.

—Fantástico.

Me incorporé lentamente.

—¿Y qué quiere?

—Que cenes con el equipo.

—No.

—Olivia.

—Harper.

—¿Te suena la palabra, contrato? —preguntó arqueando la ceja.

Suspiré. Porque ahí estaba el problema. Siempre el mismo.

Obligaciones, compromisos, eventos, fingir sonrisas y responder preguntas. Ser «Olivia Hart», en definitiva. La versión pública. La versión que nunca podía quedarse en casa.

—¿Dónde? —pregunté.

—Un restaurante en Tribeca.

—¿Algo más concreto?

—Eso es lo que sé.

—Dios —suspiré.

Harper sonrió.

—Yo te llevo.

—No necesito niñera.

—Necesitas control de daños.

—No.

—Sí.

Me levanté del sofá resignada.

—Esto es culpa de Lucas.

—Siempre es culpa de Lucas.

—Voy a matarlo.

—Hazlo después de cenar.

Me reí sin ganas y empecé a cambiarme, sin saber todavía que aquella cena iba a ser todo menos profesional.

Ni predecible, ni aburrida, ni normal. Nada de eso.

Porque esa noche el destino, la vida, Dios o a saber quién, tenía preparado algo mucho más complicado de lo que yo podía imaginar.

El restaurante en Tribeca era exactamente el tipo de sitio que Lucas adoraba.

Cristales enormes, iluminación cálida, madera cara y gente que sonreía demasiado, como si eso formara parte del contrato.

—Estás tardando demasiado en bajar del coche —dijo Harper.

—Estoy respirando —respondí.

—Eso lo haces todos los días.

—Hoy lo hago con más esfuerzo.

Harper se inclinó hacia delante.

—¿Quieres que entre contigo?

—No.

—¿Quieres que cause una distracción?

—Definitivamente, no.

—¿Seguro?

—Harper —protesté.

—Vale, vale.

Suspiré, abrí la puerta, y en cuanto mis pies tocaron la acera, el mundo cambió de ritmo.

No había cámaras, al menos todavía no veía ningún periodista o fotógrafo por la zona, pero sí había miradas, como siempre. Aunque intentaran disimular.

Entré en el restaurante y Lucas me vio inmediatamente.

—¡Olivia!

Ese entusiasmo suyo siempre parecía exagerado. Incluso cuando era sincero.

—No me habías dicho nada sobre que hoy tuviéramos una cena de trabajo —dije al llegar a la mesa.

—Creí que te lo había dicho, o que lo había agendado y compartido todo —respondió.

—Pues no, y pensaba quedarme en casa, en chándal, viendo alguna película deprimente mientras comía helado.

—Nena, tendrían que hacer una nueva versión de Bridget Jones solo para que tú hicieras esa escena comiendo helado.

—Por Dios —volteé los ojos.

Me senté, respiré y miré alrededor.

Había varias personas del equipo de producción, un par de ejecutivos y conversaciones cruzadas sobre contratos, guiones y fechas de rodaje.

Perfecto. El tipo de noche que te hacía desear estar en cualquier otro sitio del universo.

—Estás preciosa —dijo Lucas.

—Estoy cansada.

—No se te nota.

—Porque siempre he sabido camuflar muy bien cómo estoy.

Harper me había prometido que vendría después. Lo cual significaba que probablemente no lo haría.

Tomé agua, intenté desconectar y entonces lo vi.

Al otro lado del restaurante. Primero fue como una sensación. Luego una presencia. Y después la confirmación.

Ethan. El de la librería. El del café. El de la conversación. Ese hombre que no debería haber recordado tanto como lo hacía.

Estaba sentado con otra persona, una mujer pelirroja muy habladora por su expresión. Ambos estaban riendo despreocupados, sin el asedio de las cámaras, como era a veces en mi caso.

Y para mi sorpresa, como si también hubiera sentido mi mirada, Ethan levantó la vista y me vio.

El mundo no se detuvo a mi alrededor, pero casi. Su expresión cambió solo un segundo. Había sorpresa, reconocimiento, confusión y curiosidad.

Me quedé quieta. No estaba segura de qué hacer. No era el tipo de situación que tuviera protocolo.

Lucas seguía hablando con alguien. Nadie más parecía haberlo notado, pero Ethan sí. Y eso era suficiente para que el momento se volviera extraño.

Él se inclinó hacia su acompañante y dijo algo. Ella miró hacia donde estaba yo y sonrió como si aquello fuera divertido.

Genial. La vida entera parecía estar riéndose de mí últimamente.

Aparté la mirada demasiado tarde porque ya había ocurrido. Ya me había visto. Ya lo había visto. Y ahora fingir que no existía iba a ser imposible.

—Olivia —dijo Lucas de repente—. ¿Me estás escuchando?

—Sí —mentí.

—No lo parece. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Pero no lo estaba del todo, porque la coincidencia era demasiado precisa, y demasiado incómoda.

Como si alguien estuviera escribiendo esto.

—Te presento al equipo —siguió Lucas.

Asentí, sonreí e hice lo que se suponía que debía hacer. Pero mi cabeza estaba en otra cosa. En otra mesa y en otra persona.

En otro par de ojos grises que no dejaban de aparecer donde no deberían. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que la noche no iba a ser tan controlable como había esperado.

Intenté convencerme de que no iba a pensar más en ello, pero no funcionó. Intenté centrarme en la conversación de la mesa, y tampoco funcionó.

Intenté incluso sonreír en los momentos adecuados. Eso sí funcionó, superficialmente. Por dentro, no.

Por dentro seguía viéndolo a él. A Ethan. Como si su presencia hubiera dejado una marca invisible en el restaurante.

—Voy un momento al baño —dije finalmente.

Lucas asintió sin prestarme demasiada atención. Perfecto, un breve momento de libertad temporal para mí.

Me levanté y caminé entre las mesas, intentando no sentir que estaba siendo observada por absolutamente todo el mundo. No lo estaba, pero lo parecía.

El pasillo hacia los baños era más tranquilo. Había menos luz, menos ruido y más aire.

Me apoyé un segundo en la pared y respiré. No tenía sentido. Era solo una coincidencia.

Pero las condiciones y las casualidades pocas veces eran tal cosa.

Le había conocido en una librería y nos habíamos tomado un café. Nada más.

Demasiado poco para que mi cabeza estuviera haciendo esto. Y aun así…

—¿Siempre te escapas así cuando te aburren las cenas?

La voz me pilló antes de que pudiera girarme del todo.

Ethan estaba allí, apoyado en la pared del final del pasillo, como si hubiera estado esperándome.

Lo miré. Él me miró. Y durante un segundo ninguno dijo nada.

Ese silencio no era incómodo, pero sí que se sentía como si el aire entre los dos pesara más de lo normal.

—No estaba aburrida —respondí finalmente.

—Eso ha sonado a mentira.

—A veces no miento bien.

—Eso es nuevo.

—No te conozco lo suficiente como para mentirte mejor.

Una sonrisa apareció en su cara, esa sonrisa otra vez. La misma que en la librería. La misma que en el café.

La misma que no encajaba con lo fácil que debería ser ignorarlo.

—Entonces supongo que estamos empatados —dijo.

—¿En qué?

—En no conocernos lo suficiente.

Me crucé de brazos.

—Esto es raro.

—Sí.

—Muy raro.

—Estoy de acuerdo.

Y otra vez ese silencio, pero esta vez era diferente, como si ambos hubiéramos pensado al mismo tiempo en quedarnos callados, solo observándonos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Trabajo —respondió.

—¿Una reunión de negocios que quizás acabe en algo más?

No sabía por qué había hecho la pregunta, pero era la que me rondaba por la cabeza desde que había visto a Ethan acompañado de aquella preciosa pelirroja.

—¿Celosa? —arqueó la ceja y después se le dibujó una leve sonrisa en los labios.

—No, ni por asomo. Solo tenía curiosidad.

—Ya sabes lo que dicen, la curiosidad mató al gato.

—De ser así, hace años que debería haber muerto, te lo aseguro. —Volteé los ojos y Ethan se rio.

Y yo, como una boba, me quedé mirándole a esos ojos grises más tiempo del que debería.

—No esperaba verte —dije.

—Yo tampoco.

—Eso es lo único normal de todo esto.

—No estoy seguro de que «normal» sea la palabra correcta.

Asentí, porque tenía razón.

—Así que eres actriz —dijo él, y me tensé un segundo.

—¿Eso te lo han dicho?

—Sí.

—¿Y qué más te han dicho?

—No mucho.

—Mejor.

—No me interesa lo que dicen.

Eso me hizo mirarlo más directamente.

—Eso es poco común.

—¿Por qué?

—La mayoría de la gente sí está interesada.

—La mayoría de la gente no estaba en una librería discutiendo por un libro contigo.

Vale. Eso me descolocó un poco.

—Eso no es una respuesta válida —dije.

—Es la única que tengo.

Nos quedamos en silencio y entonces ocurrió.

Escuché ruido en la sala principal. Un flash. Luego otro. Varios más sonaban demasiado rápido y, lo que era peor, demasiado cerca.

Me tensé de inmediato, y Ethan lo notó.

—¿Esto es habitual? —preguntó.

—No es nada —mentí.

Pero ya no era solo la sensación. Había movimiento, cámaras, periodistas, y todos buscaban su oportunidad de conseguir la mejor imagen.

—Olivia —dijo Ethan más serio ahora—, no parece «nada».

—No es tu problema.

—No he dicho que lo sea.

—Entonces…

—Pero estás incómoda —me cortó, y me quedé callada.

Porque no sabía cómo responder a eso sin mentir otra vez. Y no quería mentirle a él. Lo cual era un pensamiento peligroso en sí mismo.

Se acercó un poco, solo un paso, pero suficiente.

—Si quieres irte —dijo—, puedes. Es más, yo te llevo.

Lo miré.

—No puedo.

—Siempre puedes.

Esa frase me golpeó más de lo que debería. Porque no era algo que la gente me dijera. No así.

No sin condiciones, o sin un interés oculto.

—Esto es complicado —dije.

—Lo parece.

—No debería estar aquí contigo.

—Probablemente no.

—Pero estás.

—Sí.

Silencio otra vez. Pero esta vez era diferente, porque ya no era casual. Ya no era accidente. Ya no era una coincidencia divertida en una librería.

Era otra cosa. Algo que todavía no sabía nombrar.

—Tengo que volver —dije finalmente.

—Yo también.

Asentí, pero ninguno se movió inmediatamente. Como si ambos supiéramos que al hacerlo algo se rompía. O cambiaba. O empezaba.

—Olivia —dijo Ethan antes de que me diera la vuelta, y me detuve.

—¿Sí?

—La próxima vez intenta no desaparecer tan rápido.

Lo miré, y por primera vez no supe si aquello era una broma o una petición.

—No prometo nada —respondí.

Y esta vez sí me fui.

Pero mientras volvía a la mesa, algo dentro de mí ya no estaba igual que antes de entrar en aquel pasillo.

Y eso era exactamente lo que más me preocupaba.

Capítulo 8



Olivia

Dos días después de encontrarme con Ethan y que me dijera que sabía que era actriz, el mundo había intentado volver a su sitio.

Lo había hecho con bastante esfuerzo y con poco éxito. Yo seguía funcionando.

Eso era lo importante. Seguía llegando a las reuniones, contestando mensajes y sonriendo en el momento adecuado.

Seguía siendo «Olivia Hart». Pero había algo distinto. Como una nota musical que no terminaba de encajar en la melodía.

—Estás más callada de lo normal —dijo Harper mientras me observaba desde el sofá.

—Estoy cansada.

—Eso no es una respuesta nueva.

—No tengo respuestas nuevas.

—Eso sí es nuevo.

Le lancé una almohada y ella la esquivó sin esfuerzo. Demasiado acostumbrada a mí.

—Tienes que salir de casa —añadió.

—Salgo de casa.

—El trabajo no cuenta.

—Claro que cuenta.

—No.

—Harper…

—Olivia.

Suspiré y me giré hacia la ventana.

Central Park estaba ahí. Inmutable, como si nada de lo que pasara dentro de mí tuviera importancia para el resto del mundo.

Y probablemente era cierto.

—Tengo reunión con Lucas —dije al final.

—Eso no suena a diversión.

—No lo es.

—Eso suena a «control de daños».

—Eso suena a tu interpretación dramática de mi vida.

Harper sonrió.

—Soy periodista.

—Y eres una exagerada.

—También.

Me levanté del sofá, no tenía elección.

Lucas había insistido en vernos en persona para hablar de la siguiente fase del proyecto. Algo sobre el guion de Daniel Blake.

—Voy a necesitar café —dije.

—Vas a necesitar algo más fuerte —respondió Harper.

—No empieces.

—Solo digo la verdad.

Resoplé y durante la siguiente media hora tomamos café mientras me hablaba del nuevo artículo en el que estaba trabajando.

Cuando salí del apartamento me recibió la ciudad de siempre, ruidosa y rápida, demasiado viva para mí en los últimos días.

El trayecto hasta el estudio de producción fue corto, demasiado corto para prepararme mentalmente.

Cuando llegué, Lucas ya estaba allí, demasiado sonriente y demasiado satisfecho consigo mismo.

—Olivia —dijo abriendo los brazos—. Tenemos un equipo perfecto. Y todo va sobre ruedas.

—No sé si eso es buena señal.

—Hoy sí.

—No me lo creo.

—Deberías.

Entré en la sala de reuniones y entonces lo vi.

Daniel Blake no era el tipo de hombre que pasaba desapercibido, aunque intentara hacerlo.

No era joven, pero tampoco era viejo. Era algo intermedio, definido y presente, con una seguridad tranquila que no necesitaba demostrar nada.

Levantó la vista cuando entré y me miró directamente. Sin prisa, sin evaluarme de manera evidente. Solo me observaba.

—Olivia Hart —dijo finalmente.

Su voz era tranquila, controlada y demasiado segura.

—Daniel Blake —añadió Lucas rápidamente—. Nuestro guionista.

Asentí de manera profesional, correcta y perfecta, como siempre.

—Encantado —dijo Daniel.

—Igualmente.

Nos dimos la mano, un gesto simple, algo normal como saludo. Pero algo en su forma de sujetarla un segundo más de lo necesario me incomodó ligeramente.

No de forma negativa, pero sí consciente.

—He seguido tu trabajo —añadió.

—Eso espero.

Una ligera sonrisa apareció en su rostro.

—No en plan inquietante.

—Mejor.

Lucas carraspeó, demasiado entusiasmado.

—Daniel está desarrollando una nueva adaptación para nosotros —dijo—. Y creemos que tu perfil encaja perfectamente.

—Mi perfil —repetí.

—Artístico —aclaró Lucas.

—Eso no ayuda.

Daniel soltó una breve risa. No exagerada ni forzada, simplemente era natural.

—Será interesante trabajar contigo —me dijo.

No sonaba como una frase vacía, sonaba como una decisión. Eso me hizo mirarlo un poco más.

—Veremos —respondí.

Lucas aplaudió mentalmente su propia gestión del momento. Y yo sentí, sin saber por qué, que algo nuevo acababa de entrar en mi vida.

Algo que no tenía nada que ver con Ethan, pero que tampoco lo expulsaba de mi cabeza. Y eso era lo peor de todo.

Porque ahora ya no era una sola cosa ocupando espacio. Eran dos. Y ninguno de los dos parecía dispuesto a irse.

La reunión se alargó más de lo previsto. Siempre ocurría lo mismo.

Las palabras «nuevo proyecto» parecían venir acompañadas de una extraña incapacidad para respetar relojes humanos.

Lucas hablaba. Daniel escuchaba. Yo alternaba entre ambos, intentando no desconectar del todo. Y, aun así, una parte de mí seguía en otro sitio.

No con ellos. Sino en ese espacio intermedio donde los pensamientos no tienen forma concreta.

—La estructura del personaje principal necesita más profundidad —decía Daniel mientras revisaba unas notas—. No puede ser solo una figura simbólica.

—Totalmente de acuerdo —respondió Lucas—. Por eso queremos que Olivia esté implicada desde el inicio.

Asentí, profesional y correcta, como siempre. Pero mi mente se distraía con facilidad.

Daniel Blake no era invasivo y no era intenso. Era peor. Era constante.

Hablaba como si cada palabra tuviera peso. Como si nada fuera improvisado.

—He leído entrevistas tuyas —dijo de repente, mirándome directamente.

—Espero que no todas.

—Las suficientes.

—Eso no me tranquiliza.

Daniel sonrió otra vez, y no pude evitar pensar que esa sonrisa sería la perdición de más de una mujer.

—No era la intención.

Nos quedamos en silencio y Lucas miraba entre nosotros como si estuviera viendo el nacimiento de algo que aún no sabía nombrar.

O quizás sí. Y por eso estaba tan satisfecho.

—Tienes una forma interesante de describir el proceso emocional en tus trabajos —añadió Daniel.

—Eso suena a análisis clínico.

—Lo es un poco.

—Genial.

Él soltó una breve risa.

—No intento diseccionarte —dijo.

—Eso también suena a disección.

—Probablemente porque lo es.

Le sostuve la mirada y ahí estaba otra vez. Esa sensación. Como si tuviera que elegir cada respuesta con más cuidado del habitual.

Lucas intervino antes de que el momento se alargara demasiado.

—Daniel quiere que participes en el desarrollo desde el principio —dijo—. No solo como actriz.

Eso sí me sorprendió. Un poco.

—¿Como guionista? —pregunté.

—Como voz creativa —aclaró Daniel.

—Eso suena mejor que «guionista».

—Es menos intimidante.

—Eso depende de la intención.

Asintió lentamente, como si registrara todo lo que decía. Sin prisa, sin juzgarme, solo prestándome atención. Y eso, de algún modo, era lo más inquietante.

La reunión terminó una hora después. Con promesas, cientos de ideas, fechas provisionales y con la sensación de que algo nuevo se había colocado sobre la mesa sin que nadie lo dijera en voz alta.

Cuando salimos, Lucas estaba visiblemente satisfecho.

—Esto va a ser grande —dijo.

—Eso dices siempre —respondí.

—Porque siempre lo es.

No discutí, porque no tenía energía para ello.

Daniel se despidió con educación, sonriendo mientras me miraba, pero no lo hacía como podría hacer cualquier hombre con intenciones de querer algo más.

—Nos veremos pronto, Olivia —dijo, y no era una pregunta, era una afirmación.

—Eso parece —respondí.

Se alejó por el pasillo y yo lo seguí con la mirada un segundo más de lo necesario.

—No me mires así —dijo Lucas.

—¿Cómo?

—Como si estuvieras evaluando algo.

—Estoy cansada.

—Eso también lo dices siempre.

No respondí, porque ya estaba mentalmente fuera del edificio.

Cuando salí a la calle, el aire de Nueva York me golpeó con fuerza.

Era tarde, el cielo empezaba a cambiar de color y yo debería haberme sentido aliviada. Pero no lo estaba.

Porque había demasiadas cosas nuevas instalándose demasiado rápido. Y ninguna de ellas pedía permiso.

El móvil vibró en mi bolso, lo saqué sin pensar y vi que tenía un mensaje de Harper.

Harper: *Dime que no has dicho que sí a otra locura de Lucas*.

Sonreí un poco, pero antes de responder, otro mensaje entró. Desconocido. Solo una línea.

Número desconocido: *Creo que nos debemos una conversación menos accidental.*

Me quedé quieta. El corazón no se aceleró. No del todo. Pero algo en el estómago sí cambió.

Leí el mensaje otra vez. Y otra. No hacía falta preguntar quién era. No hacía falta porque ya lo sabía. Ethan.

Y eso era exactamente lo que no esperaba sentir en medio de todo lo demás.

Ni en ese momento. Ni con Daniel Blake recién entrando en escena. Ni con mi vida intentando reorganizarse sin pedir permiso.

Guardé el móvil lentamente y seguí caminando. Pero la ciudad, de repente, ya no se sentía igual.

Me quedé mirando el mensaje durante demasiado tiempo. Lo suficiente como para que el mundo siguiera moviéndose a mi alrededor sin mí.

Nueva York hacía eso muy bien. Te dejaba quieta mientras todo lo demás seguía avanzando.

«Creo que nos debemos una conversación menos accidental».

Ethan. Claro. Como si el universo no hubiera decidido complicarse lo suficiente todavía.

Guardé el móvil sin responder, demasiado consciente de que lo estaba haciendo.

—*No voy a contestar ahora* —murmuré para mí misma.

Lo cual, por supuesto, no significaba nada. Porque el simple hecho de decirlo ya implicaba que estaba pensando en ello.

Seguí caminando hacia el coche de Harper. El tráfico era el habitual, coches tocando el claxon sin motivo claro. Luces reflejándose en el asfalto. Gente que parecía tener sitios a los que llegar con más urgencia que yo.

Harper me esperaba apoyada en la puerta del coche.

—Tienes cara de problema —dijo en cuanto me vio.

—No tengo cara de nada.

—Eso es mentira.

—Es cansancio.

—Eso también.

Me miró con atención.

—¿Qué ha pasado?

Abrí la puerta del coche.

—Nada.

—Olivia.

Suspiré.

—Trabajo.

—Eso tampoco es nuevo.

Me senté y Harper cerró su puerta lentamente tras acomodarse.

—Dímelo.

La miré un segundo. Y luego cedí.

—Daniel Blake.

—El guionista.

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Quiere que participe más en el proyecto.

Harper asintió como si eso fuera interesante, pero no suficiente.

—¿Y eso te preocupa?

—No.

Pausa.

—Vale… ¿Y entonces?

No respondí inmediatamente, porque el problema no era Daniel. O no solo él.

El problema era que mi vida estaba empezando a llenarse de cosas que no había pedido. Y cada una de ellas parecía tener una energía distinta.

Daniel era estabilidad, control, estructura.

Ethan era lo contrario. Caos, imprevisible, molesto en el peor sentido posible… y en el mejor.

—He recibido un mensaje —dije al final.

Harper giró la cabeza de golpe.

—Eso ya suena más interesante.

Le enseñé la pantalla. Ella leyó y sonrió demasiado rápido.

—Ajá.

—No digas «ajá».

—Es perfectamente un «ajá».

—No lo es.

—Sí lo es.

—Harper.

—Vale.

Guardó silencio un segundo.

—Te gusta.

—No.

—Te intriga.

—Eso no es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo al principio.

—No.

—Sí.

—Harper…

—Olivia.

Respiré hondo y miré por la ventana. La ciudad seguía ahí, imponente, inmune a mis dilemas internos.

—Es complicado —dije finalmente.

—Todo lo interesante lo es.

Eso me molestó un poco, porque era verdad. Y porque no quería que lo fuera.

Harper puso el coche en marcha.

—¿Vas a responderle?

—No lo sé.

—Mentira.

No contesté, porque ya sabía que sí. No ahora. No en ese instante. Pero sí en algún momento. Y eso era lo que me incomodaba más. Porque no estaba segura de querer abrir esa puerta.

No ahora. No con Daniel Blake entrando en escena como si supiera exactamente dónde colocarse en mi vida. No con todo lo demás, intentando encajar sin instrucciones.

Esa noche, cuando llegué al ático, Central Park estaba oscuro, demasiado tranquilo.

Me quité los zapatos, dejé el bolso en la mesa y me senté frente a las ventanas.

El móvil vibró otra vez. Esta vez no tardé tanto en mirarlo.

Ethan: *No era una petición. Era una afirmación.*

Me quedé quieta. Y por primera vez desde que había empezado todo esto, no supe si estaba huyendo de algo o acercándome demasiado rápido a ello.

Tecleé una respuesta. La borré. La volví a escribir. La borré otra vez.

Y al final, simplemente dejé el móvil sobre la mesa. Sin enviarla. Porque algunas cosas, aunque ya estén empezadas, dan más miedo cuando se hacen reales.

Y esa noche, sin saber muy bien por qué, sentí que estaba en el borde de algo que todavía no podía nombrar.

Capítulo 9



Ethan

No contestó. Eso era lo único real.

Una frase enviada. Cero respuestas.

El problema era lo que mi cabeza estaba haciendo con ese hecho. Que era exactamente lo contrario de simple, porque una parte de mí sabía que no significaba nada.

La gente trabajaba. La gente tenía vida. La gente no estaba pendiente del teléfono cada segundo del día.

Yo mismo había ignorado mensajes durante horas. Incluso días.

Entonces, ¿por qué demonios seguía mirando la pantalla como si una respuesta fuera a cambiar algo importante?

No debería hacerlo. No debería importarme. Y, sin embargo, ahí estaba. Mirando el móvil otra vez.

—Estás mirando el móvil otra vez.

Levanté la vista y vi que Chloe estaba en la puerta de mi despacho con una carpeta bajo el brazo y esa expresión de alguien que ya había llegado a una conclusión sin necesidad de pruebas.

—No estoy mirando el móvil —mentí.

—Lo estás mirando con la intensidad de alguien esperando una señal divina.

—Estoy esperando un correo.

—No.

—Sí.

—Ethan.

—Chloe.

Entró sin pedir permiso, otra vez. Y es que nunca pedía permiso.

Después de tantos años trabajando juntos, estaba bastante seguro de que consideraba mi despacho una extensión de su oficina.

Dejó la carpeta sobre la mesa y se sentó frente a mí.

—¿Es ella?

No respondí. Lo cual, en mi caso, era una respuesta bastante clara.

Chloe suspiró.

—Vale.

Y durante unos segundos mi despacho se quedó en silencio, hasta que volvió a hablar.

—No te ha contestado —dijo.

—No.

—Eso no es raro.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás así?

Me recosté en la silla y miré el techo. Como si allí hubiera una explicación lógica.

—No lo sé.

—Mentira.

La miré.

—No es mentira.

—Lo es.

—No sé por qué importa tanto.

Eso sí era verdad. Y eso era lo que más me molestaba, porque no tenía sentido.

No después de tan poco tiempo. No después de tan pocos encuentros. No después de apenas unas conversaciones.

Pero la realidad era que Olivia seguía apareciendo en mi cabeza cuando menos lo esperaba.

Durante reuniones, mientras conducía, cuando intentaba trabajar, incluso cuando me despertaba por la mañana.

Y eso era nuevo. Pero también muy peligroso.

Chloe me observó durante un segundo más de lo normal.

—Te estás enganchando.

—No me estoy enganchando.

—Ethan.

—Solo la he visto dos veces.

—Tres.

—Dos.

—Tres, si cuentas el pasillo.

—Eso no cuenta.

—Cuenta emocionalmente.

Suspiré. Porque discutir con Chloe sobre lógica emocional era como intentar apagar un incendio con gasolina.

—No es eso —dije.

—Entonces dime qué es.

No supe responder, porque no tenía nombre. Solo sensaciones.

Mi mirada volvió involuntariamente al móvil. Vacío. Nada. Seguía igual. Y odié que me afectara.

—No es importante —dije al final.

Chloe se inclinó hacia delante.

—Eso es lo que dices cuando algo te importa demasiado.

No respondí, porque otra vez tenía razón. Y empezaba a ser irritante.

—¿Sabes qué creo? —preguntó ella.

—No.

—Creo que te asusta.

Solté una risa seca.

—¿El qué?

—Que alguien haya conseguido llamar tu atención.

—Mucha gente llama mi atención.

—No de esta forma.

Y ahí estaba el problema. Porque sabía exactamente a qué se refería.

Olivia no era simplemente atractiva. Si fuera solo eso, no estaría teniendo esta conversación.

Nueva York estaba llena de mujeres atractivas. Modelos, actrices, empresarias, *influencers*, mujeres espectaculares. Y nunca me había importado. Nunca.

Pero Olivia era diferente. No porque fuera una de las mujeres más hermosas que había visto en mi vida.

Aunque lo era. Dios, lo era.

Cabello castaño miel. Ojos verdes imposibles. Una sonrisa capaz de cambiar completamente una habitación. Esa clase de belleza que hacía que la gente girara la cabeza sin darse cuenta.

Pero no era eso. O al menos no solo eso.

Era la forma en que me miraba. La forma en que hablaba. La facilidad con la que parecía ignorar el efecto que provocaba. Como si no tuviera idea del terremoto que causaba a su alrededor.

O quizá sí lo sabía y simplemente no le daba importancia. Lo cual era aún peor.

—Te has quedado pensando en ella otra vez —dijo Chloe, y parpadeé.

—¿Qué?

—Llevas veinte segundos mirando la nada.

—No estaba pensando en ella.

—Claro.

—No estaba pensando en ella —insistí.

—Y yo soy astronauta.

—No seas dramática.

—Tú eres el dramático.

—Yo nunca soy el dramático.

Chloe soltó una carcajada.

—Estás desesperado porque una mujer lleva a saber cuántas horas sin responder y habiéndote dejado en visto.

—No estoy obsesionado con ella.

—Estás discutiendo conmigo sobre la definición de obsesión.

—Porque estás exagerando.

—Porque tengo razón.

Volví a mirar la ventana.

Nueva York seguía extendiéndose al otro lado del cristal, inmensa, ruidosa e imparable. Miles de personas caminando de un lado a otro. Miles de historias ocurriendo al mismo tiempo. Y, aun así, mi cerebro había decidido centrarse en una sola persona.

Era absurdo. Completamente absurdo.

—¿Qué le escribiste exactamente? —preguntó Chloe.

—Nada raro.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Le pregunté cómo estaba.

—¿Solo eso?

—Sí.

—¿Y?

—Y nada.

—¿Literalmente nada?

—Literalmente nada.

Chloe se cruzó de brazos.

—Entonces estás perdiendo la cabeza por un mensaje completamente normal.

—Gracias por el análisis.

—De nada.

Silencio. Luego ella sonrió. Esa sonrisa, la que significaba problemas.

—¿Quieres saber lo que yo creo?

—No especialmente.

—Voy a decírtelo igual.

—Qué sorpresa.

—Creo que no te molesta que no haya respondido.

—Claro que me molesta.

—No. Lo que te molesta es que no puedes predecirla.

Eso me hizo fruncir el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Que estás acostumbrado a entender las reglas.

—Las entiendo.

—No. Entiendes de negocios, de personas no.

—Las personas no son tan complicadas.

—Eso demuestra exactamente mi punto.

Suspiré, porque aquello empezaba a parecer una intervención.

—Olivia no encaja en las categorías que usas normalmente —continuó Chloe—. No sabes qué esperar de ella y eso te vuelve loco.

Odiaba admitirlo, porque había algo de verdad ahí. Demasiada.

Con el trabajo todo tenía una lógica, una estructura o una estrategia. Incluso los problemas podían analizarse, resolverse y controlarse.

Pero Olivia... Olivia era impredecible. Y yo no estaba acostumbrado a sentirme así.

No estaba acostumbrado a preguntarme qué estaba pensando otra persona. No estaba acostumbrado a esperar una respuesta. No estaba acostumbrado a revisar el móvil. No estaba acostumbrado a perder la concentración.

Y definitivamente no estaba acostumbrado a que una sonrisa apareciera en mi cabeza durante una reunión financiera.

Eso era ridículo, completamente ridículo.

El móvil vibró y mi corazón reaccionó antes que mi cerebro.

Lo agarré inmediatamente y Chloe soltó una carcajada.

—Increíble.

Miré la pantalla. Un correo, nada más. Ni siquiera relacionado con ella. Solo trabajo.

La decepción fue instantánea y visible, porque Chloe volvió a reír.

—Madre mía.

—Cállate.

—Estás acabado.

—No lo estoy.

—Estás a dos días de escribir poesía.

—Si eso ocurre, te autorizo a dispararme.

—Lo tendré en cuenta.

Volví a dejar el teléfono sobre la mesa, intentando ignorar la sensación absurda de vacío. Porque era exactamente eso, absurda.

No tenía derecho a sentir. No después de tan poco. No después de nada. Pero ahí estaba. Persistente, molesta y real.

—Te voy a dar un consejo —dijo Chloe levantándose.

—No necesito consejos.

—Sí los necesitas.

—No.

—Sí.

Cogió la carpeta, se acercó a la puerta y, antes de salir, se giró una última vez.

—Si te importa, deja de fingir que no.

—Eso no ayuda.

—Claro que ayuda.

—¿Cómo?

—Porque llevas años escondiéndote detrás del trabajo.

La miré, ella me sostuvo la mirada, y por primera vez ya no estaba sonriendo.

—No todo puede controlarse, Ethan.

No respondí, porque no quería escuchar eso. Porque precisamente ese era el problema.

Olivia no podía controlarse. Ni analizarse. Ni predecirse. Y quizá por eso ocupaba tanto espacio en mi cabeza.

Chloe salió, la puerta se cerró y el despacho volvió a quedarse en silencio. Un silencio demasiado grande.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Las luces de Manhattan comenzaban a encenderse poco a poco. Miles de pequeños destellos sobre la ciudad. La clase de vista por la que la mayoría de la gente mataría.

Normalmente me ayudaba a pensar, pero hoy no. Porque cada vez que intentaba concentrarme, aparecía ella. Olivia.

Su sonrisa, sus ojos verdes, la forma en que inclinaba ligeramente la cabeza cuando escuchaba.

La forma en que parecía decir exactamente lo que pensaba, sin preocuparse demasiado por las consecuencias. Y la forma en que me hacía sentir, algo que llevaba años evitando. Expectativa.

Volví a mirar el teléfono. Nada. Seguía vacío y en silencio. Y lo peor era que sabía perfectamente que estaba siendo irracional.

Sabía que probablemente estaba ocupada. Sabía que no significaba nada. Sabía que estaba exagerando. Pero saber algo no siempre impedía sentirlo.

Apoyé una mano contra el cristal observando la ciudad. Por primera vez en mucho tiempo, el trabajo no era lo que más ruido hacía dentro de mí.

Era una persona. Una conversación. Una sonrisa. Un silencio. Y eso no me gustó nada.

Porque no tenía control sobre ello. Y yo siempre había tenido control sobre algo. Siempre.

Hasta ahora.

Capítulo 10



Olivia

Dos días. Eso era lo que había tardado en responderle.

Dos días enteros mirando un mensaje como si pudiera cambiar de significado solo por observarlo el tiempo suficiente.

No lo cambió. Ethan había sido claro. Demasiado claro.

«Era una afirmación». Y eso, contra todo pronóstico, me había hecho gracia.

Lo suficiente como para responder. Lo suficiente como para decir que sí. Lo suficiente como para que ahora estuviera de camino a cenar con él en un restaurante tranquilo de Nueva York donde, oficialmente, nadie debería molestar.

Y aun así…

—Estás respirando muy fuerte —dijo Harper desde el asiento del copiloto.

—Estoy respirando normal.

—Estás ensayando conversaciones.

—No estoy ensayando nada.

—Estás ensayando.

—Harper.

—Olivia.

Suspiré y miré por la ventanilla. La ciudad estaba en su versión nocturna. Luces suaves, tráfico lento y esa sensación de que todo el mundo tiene una vida paralela ocurriendo detrás de los cristales.

—No sé por qué he dicho que sí —murmuré.

—Sí lo sabes.

—No.

—Sí.

—No.

—Porque te gusta.

—No me gusta.

—Te intriga.

—¿Eso no es lo mismo?

—Es exactamente lo mismo en fase uno.

La miré.

—¿Fase uno?

—Sí.

—¿De qué?

—De «esto va a complicarte la vida».

—Qué optimista.

Harper sonrió.

—Soy periodista, no optimista.

El coche se detuvo. Habíamos llegado.

El restaurante era pequeño, con una iluminación cálida y una entrada discreta. Nada llamativo. Demasiado perfecto para ser casualidad.

—Te recojo luego —dijo Harper.

—No hace falta.

—Sí hace.

—Harper…

—Olivia.

Bajé del coche y, en cuanto cerré la puerta, sentí ese cambio. El tipo de cambio que no tiene que ver con el lugar. Sino con la expectativa.

Entré y lo vi.

Ethan estaba sentado cerca de la ventana, solo, sin teléfono sobre la mesa, sin prisa aparente. Solo él.

Cuando me vio, no se levantó de inmediato, solo sonrió. Y esa sonrisa me golpeó con una familiaridad que no tenía sentido.

—Llegas puntual —dijo cuando me acerqué.

—Eso es raro en mí.

—Me gusta la versión puntual.

—No te acostumbres.

Se rio. Y eso fue suficiente para cambiar el ambiente entero.

Nos sentamos y durante unos minutos, que me parecieron horas, los dos nos quedamos en silencio.

—¿Dos días para contestar? —preguntó Ethan.

—No estaba segura de si debía.

—¿Y ahora?

—Tampoco.

—Pero has venido.

—Eso es un hecho, no una conclusión.

—Me gustan los hechos.

—Eso suena peligroso.

—Solo cuando se interpretan mal.

Sonreí sin querer otra vez, algo que con él me pasaba más a menudo de lo que pensaba.

—¿Has elegido tú el sitio? —pregunté.

—Sí.

—Eso explica lo tranquilo que es.

—No me gustan los sitios ruidosos.

—Nueva York no es precisamente silenciosa.

—Por eso elegí este.

Asentí, pedimos, y durante unos minutos, todo fue sorprendentemente normal.

Conversación ligera, pequeñas bromas y risas que salían sin esfuerzo.

—No te imaginaba así —dije en un momento.

—¿Así cómo?

—Tan… fácil de hablar.

—Eso es un cumplido extraño.

—Es un hecho.

—Tú tampoco eres como esperaba.

—Eso suena peor.

—No es malo.

—Suena a que esperabas algo horrible.

—Esperaba algo diferente.

—Eso es peor.

—No necesariamente.

Nos miramos, y otra vez esa sensación. Esa incomodidad agradable. Esa especie de equilibrio inestable. Como si cualquier movimiento pudiera romper algo… o encajar algo.

El vino llegó, brindamos sin motivo concreto y entonces pasó.

El ruido de fuera. Un flash. Después, otro. Y otro más.

Ethan giró la cabeza primero. Yo después.

—No puede ser —murmuré.

—Sí puede —dijo él, demasiado tranquilo.

Las puertas del restaurante se abrieron y se desató un pequeño caos.
Cámaras, periodistas y preguntas. Todo demasiado rápido.

—¡Olivia! ¿Estás saliendo con él?

—¿Es una cita?

—¿Quién es él?

Me tensé de inmediato por instinto. Ethan se levantó antes que yo pudiera procesarlo.

Se colocó ligeramente delante, no de forma teatral, sino automática.

—No vais a entrar aquí —dijo él.

Uno de los fotógrafos se rio.

—¿Y tú eres…?

—Nadie relevante para vosotros.

Eso me hizo girarme hacia él. Porque la forma en la que lo dijo no era defensiva. Era real.

—Olivia —insistió otro—, ¿puedes confirmar algo?

Abrí la boca, pero no respondí. Porque Ethan habló primero.

—Está cenando —dijo.

—Eso ya lo vemos —respondió alguien.

—Entonces, dejadla en paz.

Su tono no subió, no cambió, pero cortó el aire. Literalmente. Y entonces el fotógrafo insistió.

—¿Es tu pareja?

Silencio. Miré a Ethan. Y él respondió sin mirarme.

—No.

Una palabra. Simple, directa y demasiado definitiva. Pero lo que añadió después hizo que todo se detuviera un segundo.

—Todavía no.

Me quedé mirándole de verdad. Con los ojos abiertos y confundida. Porque eso no era una respuesta normal. No era prudente. No era estratégica. Era… algo más.

Y él ni siquiera parecía darse cuenta del efecto que había causado. Solo siguió mirando a los fotógrafos. Como si aquello no fuera importante.

Pero para mí, de repente, lo era.

Los fotógrafos no tardaron en retirarse. No porque quisieran, sino porque el personal del restaurante apareció con una rapidez casi militar.

Puertas cerrándose. Voces firmes. Cortesía profesional convertida en barrera.

Nueva York sabía proteger sus secretos cuando quería. O cuando le convenía.

El silencio que quedó dentro del restaurante fue extraño. No completo, pero sí distinto. Más denso.

Ethan volvió a sentarse primero, como si nada hubiera pasado. Como si no hubiera dicho exactamente lo que había dicho. Yo tardé un segundo más. Demasiado, quizá.

—Eso ha sido… —Empecé.

No terminé la frase, porque no sabía cómo terminarla. Él me miró con calma.

—¿Incómodo? —sugirió.

—No era la palabra que tenía en mente.

—¿Cuál, entonces?

—No lo sé.

El camarero volvió con una sonrisa demasiado entrenada.

—Todo está bajo control —dijo.

Nadie le creyó del todo.

Cuando se fue, el aire volvió a cambiar. Ethan bebió un sorbo de vino. Estaba tranquilo, demasiado tranquilo.

—No ha sido gran cosa —dijo.

Lo miré.

—Han dicho delante de medio restaurante: es «tu pareja».

—Eso pasa todos los días en esta ciudad.

—No a mí.

—A ti sí.

Eso me hizo fruncir el ceño.

—No tienes forma de saber eso.

—Sí la tengo.

—¿Cuál?

—Estás acostumbrada.

No respondí. Porque no era del todo falso. Pero tampoco era del todo cierto.

—Podrías haberlo gestionado de otra forma —dije.

—¿Cómo?

—No lo sé. Más diplomático.

—No quería ser diplomático.

—¿Por qué?

Me miró un segundo. Solo uno, pero suficiente.

—Porque estaban siendo molestos.

Eso me descolocó un poco. No por la respuesta, sino por la naturalidad.

—No tenías que intervenir —dije.

—Lo sé.

—Lo de «todavía no» —dije al final—… no hacía falta.

Él apoyó la copa.

—Sí hacía.

—¿Por qué?

—Porque no es su asunto.

—Pero tampoco es cierto.

Eso lo dije demasiado rápido, y me arrepentí casi al instante. Pero ya estaba fuera.

Ethan no apartó la mirada.

—No he dicho cuándo —respondió.

Esa frase me dejó quieta otra vez. Porque tenía razón.

—Eres muy seguro de ti mismo —dije.

—No siempre.

—Ahora sí.

—Ahora no tenía otra opción.

—Siempre hay otra opción.

—No siempre una buena.

Lo miré intentando entenderlo. Intentando encajarlo. Pero no encajaba en nada conocido.

—Esto no es normal —dije finalmente.

—Nada en Nueva York lo es.

—Sabes a qué me refiero.

Él sonrió ligeramente.

—Sí.

Y eso fue lo peor. Porque no parecía preocupado. Ni incómodo.

Solo… presente. Como si el momento no lo superara. Sino que simplemente estuviera ocurriendo.

El camarero volvió con la comida y para mí fue la interrupción perfecta.

Hablamos de otras cosas durante unos minutos. Trabajo, la ciudad, lugares que nos gustaban. Pequeñas cosas seguras. Pero el aire ya no era el mismo. Algo había cambiado. Algo irreversible.

En un momento, él apoyó el codo sobre la mesa.

—¿Te ha molestado? —preguntó.

—¿Qué?

—Lo de antes.

La pregunta era simple, pero no lo suficiente.

—No lo sé —respondí, honesta.

Él asintió. Como si eso fuera una respuesta válida. Y lo era. Desgraciadamente.

—No era mi intención complicarte la noche —añadió.

—Ya estaba complicada.

—No por mí.

Lo miré.

—No lo sabes.

—Lo intuyo.

—No suelo tener cenas así —dije.

—Yo tampoco.

—Eso no ayuda.

—Lo sé.

Sonrió. Y volvió esa versión suya.

La que hacía que todo pareciera más ligero de lo que era.

—Pero me estás cayendo bien —añadió.

Me reí sin querer.

—Eso suena a problema.

—Probablemente lo sea.

Y por primera vez esa noche, pensé que quizá sí. Pero no supe si era un problema que quería evitar.

O uno que ya era demasiado tarde para evitar.

Salimos por una puerta lateral. No fue idea nuestra, fue del restaurante.

Nueva York resolviendo problemas sin pedir opinión a nadie. El aire de la calle era más frío de lo que esperaba. O quizá era yo la que había cambiado de temperatura.

Las luces de los coches pasaban demasiado rápido. Y durante un segundo, todo volvió a ser ruido.

—No están aquí —dijo Ethan.

Lo dijo como si lo hubiera comprobado antes de salir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si lo estuvieran, ya lo sabrías.

Tenía razón. Otra vez. Empezaba a ser una costumbre molesta.

Caminamos unos metros sin dirección concreta. Solo alejándonos, sin hablar.

—No tenías que sacarme de ahí —dije al final.

—No te he sacado.

—Me has protegido.

Él me miró de reojo.

—No es lo mismo.

—Se parece bastante.

—No para mí.

Eso me hizo callarme un segundo. Porque la diferencia en su tono no era ligera. Era clara y real.

—No soy frágil —dije finalmente.

—No he dicho eso.

—Lo has insinuado.

—No.

—Entonces, ¿qué es? —pregunté.

Él se encogió ligeramente de hombros.

—Instinto.

Eso me desarmó un poco. No era una respuesta que esperara. No en ese contexto.

—Eso suena peligroso —dije.

—Solo si lo ignoras.

—¿Y tú lo ignoras?

Me miró fijamente.

—Hoy no.

Eso fue suficiente para que el aire entre nosotros cambiara otra vez.

Seguimos caminando y la noche se sentía más íntima. Como si la ciudad nos hubiera dado un pequeño margen de privacidad por error.

En un momento, mi teléfono vibró. No lo miré. No hacía falta. Sabía quién era.

Ethan también lo notó.

—¿Trabajo? —preguntó.

—Algo así.

—¿No lo coges?

—No.

Asintió, como si entendiera perfectamente lo que no estaba diciendo. Y eso me incomodó un poco.

Porque era demasiado bueno leyendo silencios.

—¿Siempre eres así? —pregunté.

—¿Así cómo?

—Directo.

—Depende.

—¿De qué?

—De si vale la pena perder tiempo con rodeos.

Me detuve un segundo. Él también. Nos miramos, y por primera vez desde que lo había conocido, no tuve una respuesta automática.

—¿Y yo? —pregunté al final.

Una pregunta simple, pero no lo suficiente. Él no respondió de inmediato. Y eso fue lo más peligroso.

—Todavía lo estoy decidiendo —dijo.

Eso debería haberme molestado. O incomodado. O activado cualquier tipo de mecanismo de defensa normal. Pero no lo hizo.

Solo me hizo mirarlo más. Más de lo habitual. Más de lo prudente.

El silencio volvió, pero no vacío.

Él levantó la mano ligeramente, apartando un mechón de cabello que el viento me había movido sin permiso.

No fue un gesto romántico en el sentido evidente. Fue… práctico. Casi distraído. Pero lo suficientemente cercano como para que mi cuerpo lo registrara antes que mi mente.

Me quedé quieta, demasiado quieta.

—Eso ha sido un error —murmuré.

Él sonrió un poco.

—Probablemente.

—¿Y aun así?

—Y, aun así.

No añadimos nada más durante unos segundos. Porque no hacía falta. Porque ya había demasiadas cosas ocurriendo sin palabras.

El teléfono volvió a vibrar. Esta vez lo saqué. Mensaje de Harper.

Harper: *Dime que no estás en portada mañana.*

Miré la pantalla. Luego miré a Ethan. Y supe, sin necesidad de más confirmación, que esa noche no había sido una cena cualquiera. Ni siquiera cerca.

Y que lo peor, o lo mejor, todavía no había empezado.

Capítulo 11



Ethan

La primera vez que vi la portada pensé que era una broma.

La segunda vez me di cuenta de que no lo era.

Y a la tercera ya estaba planteándome seriamente tirar el móvil por la ventana.

—Increíble —murmuré.

La fotografía ocupaba media pantalla.

Olivia y yo saliendo del restaurante. Ella mirándome. Yo inclinándome ligeramente hacia ella.

Desde cierto ángulo parecía mucho más íntimo de lo que realmente había sido. Y eso ya era decir bastante.

Leí el titular una vez. Luego otra. Y después decidí que los periodistas tenían una imaginación admirable cuando no estaban ocupados inventando tonterías.

Porque aquello no se parecía en nada a la realidad.

Bueno, quizá un poco. Y precisamente por eso era peligroso.

Lo peor era que, si alguien me hubiera enseñado aquella fotografía sin contexto, probablemente habría pensado lo mismo que el resto del mundo.

Parecíamos cómodos, cercanos. Como dos personas que compartían algo. Algo más que una cena. Algo más que una conversación.

Y el problema era que una parte de mí sabía exactamente por qué la imagen transmitía eso.

Porque durante aquella cena yo apenas había sido consciente del resto del restaurante.

Había demasiadas cosas llamando mi atención al otro lado de la mesa. Demasiadas cosas relacionadas con una mujer de ojos verdes.

Una mujer que conseguía que las conversaciones parecieran más cortas de lo que eran.

Y los silencios más interesantes.

El teléfono sonó y en la pantalla apareció el nombre de mi tía Rachel. Por supuesto. Porque el universo todavía no había terminado de divertirse conmigo.

Suspiré, cogí aire y contesté.

—Buenos días.

—¿Buenos días?

Su tono era tan teatral que cerré los ojos.

—Eso suele decirse por las mañanas.

—¡Sales en una portada!

—Hola, Ethan —dije, tratando de sonar como ella.

—¡Con Olivia Hart!

—¿Cómo estás, Ethan?

—¡Ethan!

Me reí. No pude evitarlo.

—Vale. Ya está.

—No, no está.

—Sí está.

—No está.

Me levanté de la silla y caminé hacia la cocina. Porque ya conocía esa voz. Y sabía exactamente lo que venía después.

—He visto las fotos.

—Me lo imaginaba.

—He visto todas sus películas.

—También me lo imaginaba.

—La sigo en redes sociales.

—Eso no me sorprende.

—Es muy simpática.

—Tía Rachel...

—Y además he leído que está preparando una película nueva.

Abrí la nevera y cogí una botella de agua, demasiado consciente de hacia dónde iba aquella conversación.

—¿Lo sabías?

—¿El qué?

—Que va a rodar una película basada en un guion de Daniel Blake.

Ahí sí arqueé la ceja. Porque ese nombre sí lo conocía. Incluso yo. Y el cine no era precisamente mi especialidad.

—Algo he oído.

—¿Algo has oído?

—Tía Rachel...

—Daniel Blake.

—Sí.

—Daniel Blake.

—Lo has dicho dos veces.

—Porque es Daniel Blake.

—Empiezo a sospechar que te gusta Daniel Blake.

—Es uno de los mejores guionistas de los últimos veinticinco años.

—¿Y eso lo sabes porque...?

—Porque leo.

—Claro.

Mi tía resopló.

—No puedo creerme que estés saliendo con Olivia Hart.

Me atraganté con el agua. Literalmente.

—No estamos saliendo.

—Claro.

—Rachel.

—¿Qué?

—No estamos saliendo.

—Las fotos parecen opinar otra cosa.

—Las fotos mienten.

—Tus ojos no.

Me quedé callado. Mal movimiento. Porque Rachel detectaba cualquier silencio sospechoso igual que un tiburón detectaba sangre.

—Ajá.

—No hagas eso.

—Lo estás haciendo tú solo.

—No estamos juntos.

—Todavía.

Cerré los ojos. Porque aquella palabra me recordó inmediatamente otra conversación.

Otra noche. Otra persona. Y unos ojos verdes mirándome como si acabara de perder completamente la cabeza.

—Rachel.

—¿Qué?

—De verdad.

—Vale. Pero hacéis muy buena pareja.

Suspiré. Ahí estaba la parte inevitable.

—No la conoces.

—He visto entrevistas.

—Eso no es conocer a alguien.

—Vale.

—Además...

Me callé demasiado tarde.

—Además, ¿qué?

—Nada.

—Ethan.

—Somos de mundos diferentes.

—¿Y eso qué significa?

—Significa exactamente lo que significa.

—Explícamelo.

Apoyé una mano en la encimera y me quedé mirando las vistas de Manhattan por la ventana.

—Olivia no saldría con alguien como yo.

Rachel tardó exactamente medio segundo en responder.

—¿Alguien cómo?

—Ya sabes.

—No. No lo sé.

—Rachel.

—Ethan.

—Alguien normal.

—¿Normal?

—Sí.

—¿Te refieres a ese hombre alto, atractivo, inteligente y dueño de una empresa?

—Eso no es lo que quería decir.

—Pues es lo que he oído.

—Me refiero a alguien sin fama, tía Rachel.

Silencio, y después, una carcajada.

—Dios mío.

—¿Qué?

—Eso es lo más absurdo que te he oído decir en años.

—No lo es.

—Sí lo es.

—No.

—La fama no lo es todo en la vida.

—No he dicho que lo sea.

—Lo estás insinuando.

—Estoy siendo realista.

—Estás siendo cobarde.

Aquella palabra golpeó más de lo que esperaba. Porque Rachel rara vez la utilizaba, y porque cuando lo hacía, normalmente tenía motivos.

—No soy un cobarde.

—Entonces deja de actuar como uno.

—Tengo una reunión dentro de diez minutos.

Mentira. Una descarada y evidente. Rachel lo sabía. Yo lo sabía. Los dos lo sabíamos.

—Claro que sí.

—Sí.

—Ethan.

—¿Qué?

—Quiero verte este fin de semana.

Sonreí. Porque aquello sí era real.

—Iré.

—Y trae a Olivia.

Casi me atraganto otra vez.

—Rachel.

—Quiero una foto con ella.

—No.

—Sí.

—No.

—Quiero presumir delante de mis amigas.

—Eres peor que una fan adolescente.

—No lo sabes tú bien.

Aquello me hizo reír, y a ella también.

Durante unos segundos fuimos simplemente nosotros, como siempre. Sin complicaciones. Sin titulares. Sin fotografías. Sin Olivia. O al menos sin hablar de ella.

—Te quiero, Ethan.

La sonrisa desapareció un poco. Solo un poco.

—Yo también te quiero.

—Nos vemos pronto.

—Nos vemos.

Colgué, y el apartamento quedó en silencio. Un silencio distinto al de otros días.

Porque Rachel había puesto voz a algo que yo llevaba intentando ignorar desde hacía días.

No era Olivia, no exactamente. Era lo que Olivia representaba.

La posibilidad. La diferencia. La distancia entre nuestras vidas.

Me apoyé contra la encimera mirando Manhattan a través de los enormes ventanales.

La ciudad seguía moviéndose, los taxis seguían circulando, las personas seguían corriendo de un lado a otro, el mundo seguía exactamente igual.

Y, sin embargo, yo sentía que algo se había desplazado ligeramente bajo mis pies.

Algo mínimo, pero suficiente para desequilibrarme.

Volví a abrir el artículo. Error. Grave error. Porque había comentarios. Miles de comentarios.

Y la humanidad jamás había demostrado autocontrol cuando tenía acceso a internet.

Leí tres, solo tres, y fueron suficientes.

Algunos aseguraban que estábamos juntos. Otros decían que aquello era una estrategia publicitaria. Algunos incluso habían decidido que nos casaríamos antes de final de año.

Fantástico. Internet acababa de organizar mi boda con una mujer que apenas conocía.

Bloqueé el teléfono, lo dejé sobre la encimera y lo volví a coger diez segundos después. Porque claramente también estaba perdiendo la cabeza.

Mi mirada regresó a la fotografía. Olivia, incluso captada desde lejos, parecía imposible de ignorar.

El cabello castaño miel cayendo sobre los hombros. La piel dorada bajo las luces de la calle. Aquella sonrisa que aparecía de repente y transformaba completamente su rostro. Y los ojos. Verdes, brillantes e insoportablemente expresivos.

Nunca había entendido cuando la gente hablaba de alguien capaz de iluminar una habitación.

Hasta ella.

Porque Olivia tenía exactamente ese efecto. No importaba cuántas personas hubiera alrededor. No importaba cuántas conversaciones estuvieran ocurriendo. Tarde o temprano acababas fijándote en ella. Y no solo por su belleza.

Había algo más. Algo difícil de definir. Una energía, una naturalidad, una forma de estar presente. Y cuanto más pensaba en ello, más me molestaba estar pensándolo.

Porque aquello empezaba a parecerse demasiado a una obsesión.

El móvil volvió a sonar. Esta vez era Chloe, por supuesto. Porque aparentemente hoy todo el mundo había decidido invadir mi paz mental.

—Dime.

—Has visto la portada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco tu expresión de crisis existencial.

—Es una llamada telefónica.

—La noto igual.

Suspiré.

—No tengo una crisis existencial.

—Claro.

—No la tengo.

—¿Cuántas veces has leído el artículo?

Silencio.

—Ajá.

—No respondas a tus propias preguntas.

—¿Cinco veces?

—No.

—¿Diez?

—Chloe.

—Diez.

—No importa.

—Diez.

—Probablemente.

—Dios mío.

Me dejé caer en una silla.

—Todo el mundo está exagerando.

—Porque parecíais una pareja.

—No somos una pareja.

—Lo sé.

—Bien.

—Pero parecíais una.

—Gracias por tu apoyo.

—Para eso estoy.

Escuché su risa al otro lado de la línea y, por alguna razón, eso relajó un poco la tensión que llevaba toda la mañana acumulando.

—¿Sabes qué creo? —preguntó.

—Me da miedo la respuesta.

—Creo que te preocupa más lo que piensa Olivia que lo que dice la prensa.

No respondí porque era verdad. La prensa podía publicar lo que quisiera, la gente podía inventar historias. Eso no importaba.

Lo que importaba era ella. Si estaba enfadada. Si estaba incómoda. Si aquello iba a hacer que se alejara. Si pensaría que yo tenía algo que ver. Si dejaría de responder mis mensajes. Si dejaría de sonreírme de aquella forma.

Y el simple hecho de plantearme esas preguntas ya era una señal bastante preocupante.

—Ethan.

—¿Qué?

—Te gusta.

Cerré los ojos.

—No.

—Te gusta.

—No.

—Te gusta muchísimo.

—Chloe.

—Muchísimo.

—No pienso tener esta conversación.

—La estamos teniendo.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Sonrió. Podía escucharlo.

—Estás imposible.

—Has empezado tú.

—No. Empezó Olivia.

Y por primera vez en varios segundos no encontré una respuesta. Porque quizá ella tenía razón.

Quizá todo había empezado el día que Olivia apareció inesperadamente en mi vida. Quizá desde entonces algo había cambiado.

Algo que todavía no terminaba de comprender. Después de colgar con Chloe, intenté trabajar. De verdad que lo intenté.

Abrí informes, contesté correos, asistí a reuniones, firmé documentos. Pero cada cierto tiempo mi mente volvía al mismo lugar. A Olivia.

Me pregunté qué estaría haciendo. Si ya había visto la portada. Si se habría reído. Si estaría enfadada. Si alguien de su equipo la estaría volviendo loca. Si estaría recibiendo llamadas de periodistas. Si estaría pensando en mí.

Aquella última idea me hizo soltar una carcajada. Porque era ridícula. Completamente ridícula. Y aun así apareció. Como aparecían todas las demás.

Sin permiso. Sin invitación. Sin ninguna intención de marcharse.

Cuando terminé la última reunión del día, ya estaba agotado. No físicamente, mentalmente. Como si hubiera pasado horas discutiendo conmigo mismo.

Me aflojé la corbata y miré la ciudad desde la ventana del despacho.

Las luces comenzaban a encenderse, Nueva York brillaba majestuosa e impresionante. Y por primera vez en años apenas le presté atención.

Porque seguía pensando en ella.

En la forma en que arrugaba la nariz cuando algo le parecía absurdo. En la manera en que hablaba de los libros. En cómo escuchaba. En cómo parecía completamente ajena al efecto que tenía sobre la gente.

Y también en lo que Rachel había dicho. Cobarde.

La palabra seguía allí. Dando vueltas. Molestándome. Porque una parte de mí sabía exactamente a qué se refería.

No era miedo al rechazo. Era miedo a querer algo que pudiera salirse de mi control.

Miedo a esperar. Miedo a ilusionarme. Miedo a descubrir que aquello importaba más de lo que debería.

Y cuanto más intentaba convencerme de que Olivia era simplemente una mujer interesante... Más difícil resultaba ignorar lo evidente.

Porque ya no era simplemente interesante. Era la primera persona en mucho tiempo capaz de colarse en mis pensamientos cuando no quería que nadie estuviera allí.

La primera capaz de distraerme. La primera capaz de hacer que una simple notificación acelerara mi pulso. Y eso era peligroso. Muy peligroso.

Porque Rachel tenía razón en algo.

Sí, yo sabía quién era. Todo el mundo sabía quién era. Y, sin embargo, cuando estaba con ella, aquello desaparecía. No veía a una actriz. No veía una portada. No veía a una celebridad.

Veía a la mujer que discutía por libros en una librería. A la mujer que se reía antes de darse cuenta de que estaba haciéndolo. A la mujer que parecía más libre cuando olvidaba que la estaban mirando. Y quizá ese era el problema. Porque cuanto más pensaba en ella... Menos capaz era de convencerme de que aquello no importaba.

Y más empezaba a preguntarme qué pasaría si, por una vez, dejara de buscar razones para alejarme.

¿Qué pasaría si dejara de analizarlo todo? ¿Qué pasaría si simplemente me permitiera sentirlo? La idea era tan atractiva como aterradora.

Y por primera vez en mucho tiempo no estaba seguro de cuál de las dos cosas pesaba más.

Aunque no estaba seguro de querer conocer la respuesta.

Capítulo 12



Olivia

La portada estaba por todas partes. No importaba cuánto intentara ignorarla.

Estaba en internet. En las redes. En los programas de televisión. En las revistas digitales.

Incluso Harper me había enviado una captura aquella mañana acompañada de un mensaje que decía:

Harper: *Felicidades por tu boda secreta.*

Había respondido con un insulto. Ella había respondido con tres emojis llorando de risa. Y ahí había terminado la conversación. O eso pensaba.

Porque media hora después sonó mi teléfono. Y el nombre que apareció en la pantalla hizo que se me revolviera el estómago. Mamá.

Me quedé mirando el móvil. Una vez. Dos veces. Tres. Como si ignorarlo pudiera hacer desaparecer el problema.

No desapareció. Seguía sonando. Y algo dentro de mí ya estaba cansado de huir.

Deslicé el dedo.

—¿Qué quieres?

Ni siquiera saludé. Al otro lado hubo un silencio breve.

Después, una voz que conocía demasiado bien.

—Qué bonito recibimiento.

Cerré los ojos. Ya empezábamos.

—¿Qué quieres, mamá?

—¿No puedo llamar a mi hija?

—No después de tres meses sin dar señales de vida.

Silencio, y luego escuché un suspiro dramático. También conocido como una de sus especialidades.

—Siempre estás a la defensiva.

—Porque siempre llamas por algo.

—Eso no es cierto.

Me reí. Una carcajada breve. Sin humor.

—Las dos sabemos que sí.

Otra pausa. Y entonces llegó la verdadera razón de la llamada.

—Estoy pasando un momento complicado.

Claro. Por supuesto. Nunca fallaba.

—No.

—Olivia...

—No he dicho nada todavía.

—Ya sé lo que vas a decir.

—Entonces ahorrémonos tiempo.

—Necesito ayuda.

Ahí estaba. Respiré despacio contando hasta tres. Luego hasta cinco. No sirvió de nada.

—No puedes seguir apareciendo únicamente cuando necesitas dinero.

—No es eso.

—Sí es eso.

—Eres injusta.

—No.

Mi voz salió más fría de lo que esperaba. Más cansada y rota.

—Encuentra un trabajo.

Silencio.

—¿Perdona?

—Un trabajo.

—Tengo problemas de salud.

—Tienes cincuenta años.

—Y problemas.

—Y una capacidad extraordinaria para evitar cualquier responsabilidad.

—Olivia...

—No.

Me levanté del sofá y empecé a caminar por el salón. Necesitaba moverme porque si me quedaba quieta, acabaría gritando.

—Haz algo con tu vida.

—¿Cómo puedes hablarme así?

—Porque estoy cansada.

—Soy tu madre.

—Y yo soy tu hija. No tu cuenta bancaria.

El silencio al otro lado se volvió más pesado. Ya conocía esa fase. Era la transición hacia el victimismo.

Tres. Dos. Uno.

—Después de todo lo que hice por ti.

Ahí estaba, como siempre.

—No empieces.

—Te saqué adelante sola.

—No empieces.

—Sin ayuda de nadie.

—Mamá...

—Sin un padre.

Apreté los dientes. Fuerte. Muy fuerte.

—Deja de hacerte la víctima.

—¿Víctima?

—Sí.

—¿Ahora soy la mala?

—Estoy diciendo que dejes de recordarme constantemente que me criaste hasta los diecisiete años.

Silencio. La escuché respirar y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí culpa. Solo agotamiento.

—Porque desde los dieciocho me he valido por mí misma.

—Eso no es verdad.

—Ah, ¿no?

—Te ayudé.

—No.
Mi voz sonó más dura. Más afilada.

—Me utilizaste.

Silencio.

—Necesito ese dinero.

—No.

—No puedes negármelo.

—Sí puedo.

—Me lo debes.

Aquellas palabras me atravesaron como una cuchilla. Porque las había escuchado demasiadas veces. Desde demasiado joven.

—¿Perdón?

—Me debes ese dinero.

—No te debo nada.

—Te traje al mundo.

Cerré los ojos, y algo dentro de mí terminó de romperse.

—No.

—Sí.

—No.

—Soy tu madre.

—Y yo era una niña.

La respiración me tembló. Solo un segundo, pero fue suficiente.

—Te tuve.

—No te pedí que lo hicieras.

Silencio. Después, otro suspiro. Y esa voz. La misma de siempre. La que utilizaba cuando quería hacerme sentir pequeña. Culpable y mala persona.

—Tu padre estaría avergonzado de ti.

Aquello fue el golpe definitivo. Abrí los ojos y algo se volvió completamente frío dentro de mí.

—No hables de él.

—Pues alguien tiene que hacerlo.

—No hables de él.

—Te parecerás mucho a él, pero…

—¡No sabes nada de él!

El silencio que siguió fue brutal. Incluso ella pareció sorprendida. Y yo también. Porque la rabia me estaba ahogando.

Y ya no podía contenerla.

—A veces pienso que ojalá hubiera muerto yo en vez de mi padre.

Las palabras salieron antes de poder detenerlas. Antes siquiera de comprenderlas.

Y entonces colgué. Sin esperar respuesta. Sin escuchar nada más. Solo colgué y me quedé allí.

En medio del salón, temblando, mirando las ventanas. Mirando Central Park sin verlo realmente.

Porque lo único que podía escuchar era el eco de mis propias palabras. Y el vacío que habían dejado detrás.

No sabía cuánto tiempo pasó. Cinco minutos. Diez. Quizá más. Hasta que el móvil vibró otra vez.

Lo miré esperando verla a ella, pero no era ella. Era Daniel Blake.

El mensaje era breve pero directo.

Daniel: *¿Te apetece cenar esta noche? Quería hablar contigo sobre algunos cambios en el guion.*

Parpadeé una vez. Dos. Era exactamente lo que necesitaba. Una distracción. Algo diferente. Algo que me sacara de mi propia cabeza.

Tecleé una respuesta.

Olivia: *Claro.*

La contestación llegó apenas unos segundos después.

Daniel: *Perfecto. Paso a recogerte dentro de una hora.*

Me quedé mirando la pantalla y, por primera vez desde la llamada con mi madre, conseguí respirar con normalidad.

Aunque no tenía ni idea de que aquella cena iba a cambiar mucho más que un simple guion.

La hora pasó demasiado deprisa. O quizá fui yo la que necesitaba desesperadamente dejar de pensar.

Después de la llamada con mi madre, había intentado distraerme. Una ducha, música, un café. Incluso responder algunos correos pendientes.

Nada funcionó. Porque cada vez que conseguía apartar el tema de mi cabeza, una frase regresaba.

Una mirada. Un recuerdo. Una herida. Y vuelta a empezar. Por eso, cuando sonó el timbre, sentí un alivio ridículo.

Como si alguien acabara de abrir una ventana en una habitación sin aire.

Cogí el bolso, me comprobé en el espejo de la entrada y bajé.

Daniel estaba esperándome junto a un coche negro. Sin chófer, sin asistentes, sin nadie más. Aquello me sorprendió.

La mayoría de las personas con su prestigio llevaban alrededor una pequeña corte de colaboradores. Daniel, no.

Daniel parecía cómodo estando solo. Cuando me vio acercarme, sonrió.

—Puntual.

—Empiezo a sospechar que es una obsesión vuestra.

—¿Nuestra?

—Los hombres que me rodean últimamente.

Una chispa divertida apareció en sus ojos.

—No estoy seguro de querer preguntar.

—Es una decisión inteligente.

La sonrisa se amplió y por algún motivo aquello me relajó. Había algo extrañamente sencillo en él.

Algo que resultaba difícil de explicar.

Subimos al coche y durante los primeros minutos hablamos de cosas sin importancia.

El tráfico, la ciudad. El calor de junio. Nada importante. Nada peligroso. Hasta que Daniel me miró un instante.

—Has tenido un mal día.

No era una pregunta. Suspiré.

—¿Tan evidente es?

—Un poco.

—Genial.

—No tienes por qué contármelo.

—Lo sé.

Y eso era precisamente lo extraño. Que no insistiera. Que no presionara. Que simplemente dejara la puerta abierta.

Como si entendiera que algunas personas necesitaban acercarse a las cosas a su propio ritmo.

—Mi madre ha llamado.

Daniel asintió despacio. Como si aquello explicara muchas cosas.

—¿Mala relación?

Solté una pequeña carcajada amarga.

—Eso sería una forma elegante de describirlo.

Durante unos segundos permaneció en silencio, atento.

—Las relaciones entre padres e hijos son complicadas.

Algo en su voz hizo que girara la cabeza. Había tristeza allí. Muy escondida pero real.

—¿Experiencia propia?

Una sombra cruzó sus ojos, tan rápida que casi pensé que la había imaginado.

—Digamos que sí.

No profundicé. Porque todos tenemos lugares donde no queremos que entren desconocidos.

Y, aunque Daniel me cayera bien, seguía siendo prácticamente un desconocido.

Llegamos al restaurante poco después. Era elegante y discreto. Uno de esos lugares donde nadie levantaba la voz.

Donde las conversaciones parecen importantes incluso cuando no lo son.

Nos acomodaron en una mesa apartada. Y por primera vez desde que había empezado la noche, sentí que podía respirar sin esfuerzo.

—Mucho mejor —murmuré.

—¿El restaurante?

—La ausencia de periodistas.

Eso le hizo reír.

—Eso tiene solución.

—¿Cuál?

—Convertirte en guionista.

—No creo que Lucas sobreviva a esa noticia.

—Ni yo.

Sonreí. Y durante los siguientes minutos hablamos realmente del proyecto.

Del personaje, del guion, de escenas, de emociones. Y me sorprendió descubrir lo fácil que era trabajar con él.

Porque escuchaba. No esperaba simplemente su turno para hablar. Ethan escuchaba, y eso era más raro de lo que debería.

—Tienes muy buen instinto —dijo en un momento.

—Eso es porque llevo años interpretando historias.

—No es lo mismo.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—Hay actores excelentes que no entienden cómo funciona una historia.

—Y yo sí.

—Mucho más de lo que crees.

Aquello me hizo sonreír porque sonaba sincero. No como un cumplido vacío. Y durante un instante tuve una sensación extraña. Familiar.

Como si aquella conversación me resultara conocida. Como si ya hubiera vivido algo parecido. No con él. Con otra persona. En otro momento.

Pero la sensación desapareció tan rápido como llegó.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel.

Parpadeé.

—Nada.

—Has puesto esa cara.

—¿Qué cara?

—La de alguien que se ha ido muy lejos durante unos segundos.

Me reí.

—Eres muy observador.

—Es parte de mi trabajo.

—Eso empieza a dar miedo.

—Lo sé.

Y volvió a sonreír. Aquella sonrisa tranquila, cálida, y extrañamente protectora.

Y sin saber por qué, me descubrí pensando que estar allí era fácil. Mucho más fácil de lo que debería haber sido.

Como si hubiese algo en Daniel Blake que me resultara familiar. Algo que mi cabeza no entendía.

Pero que mi corazón parecía reconocer.

Capítulo 13



Olivia

La cena avanzó lentamente. Sin prisas, sin interrupciones. Y eso, en mi vida, era casi un milagro.

La conversación había dejado atrás el guion hacía ya varios minutos. Ahora hablábamos de personas. De decisiones. De errores.

De esas cosas que siempre terminan apareciendo cuando dos desconocidos dejan de ser completamente desconocidos.

—¿Siempre quisiste ser actriz? —preguntó Daniel.

Jugué con la copa entre las manos.

—No.

Aquello pareció sorprenderle.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—Cuando era pequeña quería ser veterinaria.

Daniel sonrió.

—Eso es bastante específico.

—Me gustaban los animales.

—¿Y qué pasó?

—Que descubrí que la sangre me daba impresión.

Aquello le hizo reír, y por algún motivo me gustó escucharlo. Era una risa cálida. No la clase de risa educada que solía abundar en Hollywood.

—Problema importante para una veterinaria.

—Bastante.

—Así que acabaste actuando.

—Acabé sobreviviendo.

Las palabras escaparon antes de que pudiera suavizarlas. Daniel no comentó nada inmediatamente. Solo me observó. Y comprendí que había entendido más de lo que pretendía explicar.

—Tuviste que crecer rápido.

No era una pregunta. Y aquello me hizo bajar la mirada.

—Sí.

—Lo siento.

Aquella respuesta me sorprendió. Porque normalmente la gente decía otra cosa. Qué valiente. Qué admirable. Qué inspirador. Nunca lo siento. Y, sin embargo, era exactamente lo que necesitaba escuchar.

Porque crecer demasiado rápido no era una medalla. Era una herida.

—Gracias.

Daniel asintió despacio, como si comprendiera perfectamente lo que acababa de decir. Y quizá lo hacía.

—¿Y tú? —pregunté.

—¿Yo qué?

—¿Siempre quisiste escribir?

Sonrió ligeramente.

—Desde que tenía uso de razón.

—Eso suena mucho más sencillo.

—No lo fue.

—¿No?

Negó con la cabeza. Y por primera vez desde que nos conocíamos, pareció cansado. No físicamente. Algo más profundo.

—La mayoría de las cosas importantes nunca son sencillas.

Asentí. Porque entendía exactamente a qué se refería. Aunque nuestras historias fueran distintas.

—¿Tienes hijos?

La pregunta salió sin pensar, y en cuanto la pronuncié, me arrepentí. Porque vi algo cambiar en sus ojos. Muy rápido, pero lo vi. Un dolor antiguo.

—No.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Pero sí pasaba. Lo supe inmediatamente.

No hacía falta ser actriz para reconocer una emoción escondida. Durante unos segundos ninguno habló y, extrañamente, el silencio no resultó incómodo.

Solo triste. Como si los dos estuviéramos pensando en algo parecido sin saberlo.

—A veces pienso que habría sido un buen padre.

La frase me pilló completamente desprevenida. Levanté la vista.

Daniel estaba mirando la ciudad a través del ventanal. No parecía estar hablándome a mí. Parecía estar hablándose a sí mismo.

—¿Por qué no lo fuiste?

La pregunta escapó antes de que pudiera detenerla. Daniel permaneció en silencio unos segundos.

—Porque algunas decisiones no dependen únicamente de nosotros.

Aquello me dejó inmóvil. Porque había algo en su voz. Algo extraño. Una especie de arrepentimiento. Como si estuviera recordando algo que nunca consiguió reparar. Y por un instante sentí una punzada en el pecho.

Inesperada e incomprensible.

—Mi padre murió antes de que yo naciera.

Las palabras salieron casi en un susurro. Daniel giró lentamente la cabeza y la expresión de su rostro cambió por completo.

No fue sorpresa. Fue algo más profundo. Algo que desapareció tan rápido que casi pensé que lo había imaginado.

—Lo sé.

Parpadeé.

—¿Lo sabes?

—Lo leí hace años en una entrevista.

Claro, eso tenía sentido. Por supuesto que tenía sentido. Y aun así... Aquella respuesta no terminó de convencerme.

—Nunca he sabido mucho sobre él.

Daniel no dijo nada. Esperó. Como si quisiera que continuara.

—Mi madre apenas habla del tema.

—¿Y tú?

Me encogí ligeramente de hombros.

—Supongo que dejé de preguntar.

Mentira. Había preguntado durante años. Pero llega un momento en el que uno se cansa de obtener siempre el mismo silencio.

—Eso debió de ser difícil.

—Lo fue.

Por primera vez desde que había comenzado la cena, sentí un nudo en la garganta. Uno real, no provocado por mi madre. Ni tampoco por Ethan.

—Siempre tuve la sensación de que me faltaba una parte de la historia.

Daniel bajó la mirada. Y durante un segundo pareció incapaz de responder.

—A veces las historias incompletas son las que más duelen.

Aquella frase quedó suspendida entre nosotros llena de significado. Y no entendí por qué me afectó tanto. Solo sabía que lo hizo.

Porque por un instante tuve la sensación más extraña de mi vida. La sensación de estar sentada frente a alguien que comprendía exactamente aquello que llevaba años intentando explicar.

Y que quizá sentía la misma pérdida. Aunque ninguno de los dos supiera realmente por qué.

Después de la cena, ninguno de los dos pareció tener demasiada prisa por marcharse.

La conversación había encontrado un ritmo cómodo. Como si lleváramos años hablando en lugar de apenas unos días.

Fue Daniel quien propuso tomar una copa.

—Conozco un sitio cerca de aquí.

—¿Tranquilo?

—Mucho.

—Entonces me interesa.

Aquello le hizo sonreír.

Y veinte minutos después estábamos sentados en una terraza discreta sobre uno de los edificios más bonitos de Manhattan.

La noche era agradable y cálida. Las luces de Nueva York se extendían a nuestro alrededor como una alfombra infinita.

Y, por primera vez en todo el día, sentí que el peso que había estado arrastrando desde la llamada con mi madre se hacía un poco más ligero.

Pedimos algo sencillo, nada especialmente fuerte. Ninguno parecía tener ganas de una noche excesiva.

Lo que ambos queríamos era seguir hablando, y eso fue exactamente lo que hicimos.

Durante más de una hora. Sobre el guion, sobre el personaje principal, sobre las escenas que todavía necesitaban trabajarse. Sobre cine, sobre libros, sobre historias.

Sobre las personas que escribían historias porque no sabían cómo explicar su propia vida.

—Eso ha sonado sospechosamente autobiográfico —comenté.

Daniel soltó una carcajada.

—Los guionistas somos ladrones emocionales.

—¿Eso es una confesión?

—Es una advertencia.

—Demasiado tarde.

—Probablemente.

Me reí, y me sorprendió darme cuenta de que era una risa real. No educada ni profesional, ni la sonrisa pública que llevaba años perfeccionando. Una de verdad.

Daniel también pareció darse cuenta. Porque me observó durante un instante antes de decir:

—Así estás mejor.

—¿Cómo?

—Riéndote.

Aquello me pilló desprevenida.

—Eso ha sonado muy paternal.

La expresión de Daniel cambió apenas una fracción de segundo. Lo suficiente para que lo notara. Pero no para entender por qué.

—Perdona.

—No tienes que disculparte.

—A veces se me olvida que eres adulta.

Parpadeé.

—Tengo veintisiete años.

—Lo sé.

—Entonces deja de tratarme como si tuviera quince.

—Lo intentaré.

Aquello me hizo sonreír otra vez, y él también sonrió.

Pero por alguna razón aquella conversación se quedó dando vueltas en mi cabeza. No porque fuera importante. Sino porque había algo en ella.

Algo extraño. Algo que no terminaba de comprender.

Seguimos hablando y el tiempo pasó sin que ninguno se diera cuenta. Hasta que terminé mirando la hora.

—Vaya.

—Eso suele ser mala señal.

—Es muchísimo más tarde de lo que pensaba.

Daniel consultó su reloj.

—Tienes razón.

—Mañana tengo que madrugar.

—Entonces debería devolverte a casa antes de que tu representante decida que soy una mala influencia.

—Lucas ya piensa eso de todo el mundo.

—Eso me tranquiliza.

Nos levantamos entre risas y poco después estábamos de nuevo en el coche.

La ciudad parecía diferente de noche. Quizá porque las luces ocultaban las imperfecciones. O quizá porque yo estaba demasiado cansada para buscarlas.

El trayecto transcurrió entre comentarios sobre el rodaje. Sobre el calendario, sobre algunas ideas que queríamos desarrollar. Y antes de darme cuenta, estábamos frente a mi edificio.

Daniel detuvo el coche. Miré hacia la entrada. Después volví a mirarlo a él. Y durante unos segundos me quedé pensando.

Porque no recordaba la última vez que alguien había conseguido exactamente aquello.

Distraerme. Sacarme de mi propia cabeza. Hacerme olvidar, aunque fuera unas horas, todo lo demás.

—Gracias.

Daniel giró ligeramente la cabeza.

—¿Por qué?

—Por esta noche.

Sonrió.

—No hay por qué darlas.

—Sí lo hay.

Negué suavemente con la cabeza.

—Ha sido un día complicado.

—Lo sé.

—Y durante unas horas conseguí olvidarlo.

La expresión de Daniel se suavizó. Más todavía.

—Me alegro de haber ayudado.

—Lo has hecho.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. Y, una vez más, el silencio resultó cómodo.

—Estoy deseando que trabajemos juntos —dijo finalmente.

—Yo también.

Y era verdad.

Más de lo que habría imaginado al conocerlo. Porque ya no se trataba solo del proyecto. Ni siquiera del guion. Se trataba de él. De la facilidad con la que hablábamos. De lo sencillo que resultaba estar a su lado. De la confianza que inspiraba.

Algo poco habitual en mi vida.

—Buenas noches, Olivia.

—Buenas noches, Daniel.

Salí del coche, cerré la puerta y me quedé observando cómo se alejaba por la avenida.

Solo unos segundos. Después me dirigí hacia el edificio. La noche era tranquila. Las luces de Central Park brillaban al otro lado de la calle.

Y mientras caminaba hacia el portal, me descubrí pensando en algo que no esperaba.

Daniel Blake era mucho más que uno de los mejores guionistas de Hollywood. Muchísimo más.

Era un hombre inteligente. Amable. Divertido. Y extrañamente fácil de querer.

Alguien con quien se podía hablar de cualquier cosa. De trabajo, de miedos, de sueños, de heridas.

Y lo más sorprendente de todo era que, sin darme cuenta, había empezado a sentirme realmente cómoda a su lado.

Como si lo conociera desde mucho antes de haberlo conocido. Como si alguna parte de mí confiara en él de forma natural.

Instintiva. Sin explicaciones. Sin lógica. Sin saber que quizá había una razón para ello. Una razón que todavía estaba escondida. Esperando el momento adecuado para salir a la luz.

Capítulo 14



Olivia

Lo primero que escuché fue el móvil. Lo segundo también. Y lo tercero.

Porque parecía decidido a despertarme, aunque tuviera que hacerlo por agotamiento psicológico.

Abrí un ojo. Luego el otro. Y durante unos segundos me quedé mirando el techo sin entender qué estaba pasando.

El teléfono volvió a sonar. Otra vez. Y otra. Y otra.

—¿Qué demonios...?

Alargué el brazo por la mesilla. Cogí el móvil y me incorporé de golpe.

Diecisiete llamadas perdidas. Diecisiete. Parpadeé. Volví a mirar la pantalla. Seguían siendo diecisiete. La mayoría eran de Lucas. Otras de Harper. Y había además una cantidad absurda de mensajes. Demasiados.

Cuando tu representante y tu mejor amiga intentaban localizarte con semejante insistencia, normalmente significaba una de tres cosas.

Que te habían dado un premio. Que te habían cancelado. O que la prensa había decidido inventarse una vida nueva para ti.

Y por experiencia sabía cuál era la opción más probable.

Miré la hora y vi que apenas eran las ocho y media de la mañana. Demasiado pronto para cualquier crisis. Aunque las crisis nunca parecían pedir permiso.

Ignoré los mensajes. Todos. Y llamé a Harper.

Contestó antes del segundo tono.

—¡Por fin!

Separé el teléfono de la oreja.

—Buenos días para ti también.

—¿Estabas dormida?

—Sí.

—Qué envidia.

—Harper.

—¿Has visto internet?

—No.

—¿La televisión?

—No.

—¿Las revistas?

—Acabo de abrir los ojos.

Silencio. Después, un suspiro.

—Estás en todas partes.

Cerré los ojos.

—Fantástico.

—No, nada fantástico.

—¿Qué ha pasado?

Hubo una pausa. Y eso nunca era buena señal.

—Han salido las fotos.

Tardé un segundo en entender.

—¿Qué fotos?

—Las de anoche.

Fruncí el ceño.

—¿Las de Daniel?

—Las de Daniel.

Me dejé caer contra el cabecero.

—No.

—Sí.

—Olivia.

—Dime que no.

—Ojalá pudiera.

Me tapé la cara con una mano. Porque ya sabía lo que venía después. Y efectivamente.

—Todo el mundo habla de una posible relación.

Quise desaparecer. Literalmente. Evaporarme. Convertirme en una nube. Mudarme a otro continente. Cualquier opción parecía razonable.

—Me quiero morir.

—No te mueras todavía.

—Me quiero morir mucho.

—Lo sé.

—Es mi guionista.

—Lo sé.

—Vamos a trabajar juntos.

—También lo sé.

—Tiene veinte años más que yo.

—Internet considera eso un detalle sin importancia.

Gemí. Directamente. Sin dignidad alguna.

—Voy a asesinar a alguien.

—Haz cola.

—Harper...

—Lucas está igual.

—Perfecto.

—No exactamente.

—¿Por qué?

—Porque está gritando desde hace una hora.

—Eso sí me lo creo.

Harper soltó una carcajada.

—Pensé que ibas a llamarme antes.

—Estaba durmiendo.

—Qué irresponsabilidad.

—Lo siento mucho.

—No lo suficiente.

Suspiré.

—Voy a hablar con Daniel.

—Buena idea.

—Luego llamaré a Lucas.

—Mejor tú que yo.

—¿Tan mal está?

—Digamos que ha pronunciado la palabra «crisis» unas cincuenta veces.

—Eso es un martes normal para Lucas.

—También es verdad.

Sonreí por primera vez. Solo un poco.

—Gracias.

—Llámame después.

—Lo haré.

—Y no leas los comentarios.

—Nunca leo los comentarios.

—Mentira.

—Vale.

—Adiós, Olivia.

—Adiós.

Colgué, y durante exactamente tres segundos me permití contemplar la posibilidad de volver a dormirme.

Después recordé que mi vida no funcionaba así.

Busqué el contacto de Daniel y llamé. Contestó casi inmediatamente.

—Buenos días.

Su voz sonaba tranquila. Demasiado tranquila para alguien que también estaba protagonizando un escándalo inventado.

—¿Has visto las noticias?

—Sí.

—Me quiero morir.

Eso le hizo reír. Y sorprendentemente no me molestó.

—No es para tanto.

—Daniel.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Créeme. Lo sé.

Me levanté de la cama y comencé a caminar por el dormitorio.

—Esto es una locura.

—Sí.

—Cené con mi guionista.

—Sí.

—Y tomamos una copa.

—Correcto.

—Y ahora parece que estamos planeando una boda.

Daniel volvió a reír.

—Internet es creativo.

—Eso no tiene gracia.

—Un poco sí.

—Daniel.

—Perdón.

Suspiró, y cuando volvió a hablar, su tono fue mucho más suave.

—No te preocupes.

—Es difícil no hacerlo.

—Yo me encargo.

Me detuve.

—¿Cómo?

—Voy a desmentirlo.

—¿Tan sencillo?

—Más o menos.

—No quiero que esto te perjudique.

Hubo un silencio breve. Después, una respuesta tranquila.

—No me preocupa.

—A mí sí.

—Olivia.

Esperó hasta asegurarse de que estaba escuchando.

—No has hecho nada malo.

Aquello me hizo cerrar los ojos, porque precisamente ahí estaba el problema. No había hecho nada. Nada en absoluto.

Y, aun así, media ciudad parecía convencida de lo contrario.

—Gracias.

—No tienes que darlas.

—Aun así.

—Te llamaré más tarde.

—De acuerdo.

—Y deja de preocuparte.

—Eso va a ser complicado.

—Lo sé.

Sonreí sin querer y colgué.

Durante unos segundos permanecí inmóvil. Solo respirando. Intentando convencerme de que aquello no era tan grave. Pero entonces cometí el error de abrir internet.

Y todo empeoró.

Las fotografías estaban por todas partes. Daniel y yo entrando al restaurante. Daniel y yo saliendo. Daniel y yo tomando una copa. Daniel y yo hablando. Daniel y yo caminando. Daniel y yo respirando.

Probablemente, si existía una fotografía nuestra pestañeando, también la habrían publicado.

Los titulares eran incluso peores.
«¿Nuevo romance en Hollywood? Olivia Hart y Daniel Blake, mucho más que compañeros de trabajo». «Las imágenes que confirman la química entre actriz y guionista».

Cerré la aplicación, porque estaba empezando a desarrollar una migraña.

Y entonces volvió a sonar el teléfono. Miré la pantalla y sentí que toda la paciencia que me quedaba desaparecía.

Mamá.

Me quedé mirando la pantalla. Durante un segundo. Dos. Tres. Como si el nombre pudiera cambiar.

No cambió, seguía siendo ella. Mi madre.

Respiré hondo y contesté.

—¿Qué quieres?

Ni siquiera intenté sonar amable. No me quedaba energía para eso.

—Buenos días para ti también.

Su voz sonó ofendida. Como siempre. Como si fuera ella la que tuviera motivos para sentirse atacada.

—¿Qué quieres?

Repetí. Esta vez más despacio. Más fría.

Hubo una pausa, y entonces comprendí que no había llamado para disculparse. Ni para arreglar nada. Ni siquiera para intentar arreglarlo.

Había llamado porque había visto las noticias.

—He visto las fotos.

Cerré los ojos. Por supuesto que las había visto.

—Qué sorpresa.

—No sabía que tenías dos relaciones al mismo tiempo.

La sangre me hirvió instantáneamente.

—¿Perdona?

—Bueno, una actriz tan ocupada como tú...

—Mamá.

—Supongo que uno puede ser el tonto que paga y el otro el guapo con el que te acuestas.

Durante un segundo me quedé completamente inmóvil. No por la sorpresa, porque de ella ya me esperaba cualquier cosa. Sino porque, incluso para ella, aquello era bajo.

Muy bajo.

—No vuelvas a hablarme así.

Mi voz salió tan fría que apenas la reconocí.

—Solo digo lo que piensa la gente.

Abrí los ojos mirando las enormes ventanas del dormitorio. La ciudad seguía moviéndose ahí fuera. Indiferente. Ajena. Y yo estaba agotada.

Absolutamente agotada.

—Escúchame bien.

Ella permaneció en silencio. Quizá porque notó algo distinto en mi tono. Quizá porque por primera vez en mucho tiempo no estaba dispuesta a ceder ni un centímetro.

—No voy a darte dinero.

—Olivia...

—No.

—Lo necesito.

—No.

—Solo una vez más.

Solté una carcajada breve, incrédula.

—Llevo escuchando esa frase casi diez años.

Silencio.

—Tu madre necesita ayuda.

—Mi madre necesita responsabilidades.

—Eres una egoísta.

—Y tú una manipuladora.

Aquello la hizo callar. Solo un segundo. Pero bastó.

—¿Cómo te atreves?

—Muy fácilmente.

—Después de todo lo que hice por ti...

—Ahí está otra vez.

—Porque es verdad.

—No.

Mi voz tembló ligeramente. No de miedo. De rabia.

—Lo que hiciste fue criar a tu hija. Lo mínimo que se espera de un padre o una madre.

—Eres una desagradecida.

—Y tú llevas años intentando hacerme sentir culpable por existir.

El silencio al otro lado fue absoluto por primera vez. Y comprendí que había dicho algo que ella no esperaba escuchar.

—Déjame en paz.

—Olivia...

—No.

—Necesito dinero.

—No.

—Por favor.

—No.

Respiré despacio. Porque ya no quería discutir. Ya no quería pelear. Ya no quería justificarme.

Solo quería que terminara.

—O me dejas en paz.

Mi voz salió tranquila. Demasiado tranquila.

—O tomaré medidas.

Ella tardó unos segundos en responder.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy poniendo límites.

—Soy tu madre.

—Y precisamente por eso llevas demasiados años cruzándolos.

Silencio.

Después, un resoplido indignado. Y finalmente la llamada se cortó. No supe si colgó ella o colgué yo. Y sinceramente me dio igual. Dejé el móvil sobre la cama. Y me quedé quieta. Muy quieta.

Escuchando únicamente mi respiración durante mucho tiempo. Porque cuando la rabia desapareció, llegó otra cosa.

Cansancio. Un cansancio enorme y profundo. De esos que no tienen nada que ver con dormir poco.

Me acerqué a las ventanas. Observando Central Park. Los edificios, la ciudad.

Toda aquella vida moviéndose sin detenerse. Y pensé en lo absurdo que era todo.

Me gustaba mi trabajo, de verdad. Me gustaba actuar. Contar historias. Convertirme en personas diferentes durante unas horas. Me gustaban los rodajes. Los personajes. La magia que existía entre una página escrita y una escena terminada. Todo eso me encantaba. Nunca había sido el problema.

El problema era lo demás. Los titulares, las mentiras, las especulaciones, la sensación constante de que desconocidos opinaban sobre una vida que ni siquiera conocían.

Anoche había cenado con mi futuro guionista. Nada más. Una cena. Una conversación. Una copa. Y ahora parecía que medio país había decidido escribir una novela romántica que no existía.

A veces la fama se parecía mucho a vivir dentro de una historia escrita por otras personas. Una historia donde tú eras el personaje principal. Pero nunca el autor.

Apoyé la frente contra el cristal. Y por primera vez en mucho tiempo, deseé algo que nunca me permitía desear.

Anonimato. Solo un poco. No para siempre. No porque quisiera abandonar mi carrera. Ni porque me arrepintiera de nada. Simplemente porque había días como aquel.

Días en los que me habría gustado caminar por una calle sin que nadie me reconociera. Tomar un café sin que alguien sacara una foto. Cenar con un compañero de trabajo sin convertirme en noticia nacional. Ser simplemente Olivia. No Olivia Hart. Solo Olivia.

Y mientras observaba la ciudad, comprendí algo. Quizá aquello era precisamente lo que más me gustaba de Ethan. Que cuando estaba con él nunca parecía estar viendo a Olivia Hart.

Solo me veía a mí. Y por algún motivo, ese pensamiento consiguió que sonriera por primera vez en toda la mañana.

Estaba todavía junto a la ventana cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez no necesité mirar la pantalla para saber quién era. Lucas. Sin ninguna duda.

Porque Harper llamaba varias veces. Lucas llamaba hasta provocar un incidente diplomático. Cogí el móvil. Y efectivamente era Lucas.

Respiré hondo y contesté.

—Hola.

—¡Por fin!

Separé el teléfono de la oreja.

—¿Por qué todo el mundo me grita hoy?

—Porque llevo tres horas intentando localizarte.

—Eran las ocho y media de la mañana.

—Exactamente.

—Eso no ayuda a tu argumento.

—Olivia.

—Lucas.

—Tenemos un problema.

—Ya me he dado cuenta.

—No, tú no entiendes el nivel del problema.

—Estoy en todas las revistas.

—Sí.

—Y en internet.

—Sí.

—Y en televisión.
—Sí.

—Creo que lo entiendo.

—No.

Escuché papeles moviéndose al otro lado de la línea. Y probablemente también varios niveles de estrés clínicamente preocupantes.

—Tenemos cuarenta y siete solicitudes de entrevistas.

—No.

—Tres programas quieren declaraciones.

—No.

—Dos revistas ofrecen una exclusiva.

—No.

—Un podcast…

—Lucas.

—¿Qué?

—La respuesta es no.

Silencio.

—Sabía que ibas a decir eso.

—Porque me conoces.

—Demasiado bien.

Sonreí.

—¿Daniel está bien?

Aquello hizo que Lucas suspirara.

—Sorprendentemente, sí.

—Eso es buena señal.

—Ha sido mucho más razonable que tú.

—Eso me ofende.

—Debería.

Me reí, y escuché cómo él también terminaba riéndose.

Aquel era uno de los motivos por los que llevábamos tantos años trabajando juntos.

Porque incluso en mitad de una crisis seguíamos siendo capaces de bromear.

Aunque fuera durante treinta segundos.

—Ya ha hablado con su equipo —dijo finalmente.

—¿Y?

—Van a emitir un comunicado.

—Bien.

—Muy bien.

Me apoyé contra el cristal.

—Entonces se acabará.

Lucas guardó silencio. Y automáticamente supe la respuesta.

—Lucas.

—¿Sí?

—No pongas esa voz.

—¿Qué voz?

—La voz que utilizas cuando vas a decir algo que no quiero escuchar.

—No sé de qué hablas.

—Lucas.

Suspiró.

—No se acabará inmediatamente.

—Claro que no.

—Habrá titulares durante unos días.

—Lo sé.

—Comentarios.

—Lo sé.

—Especulaciones.

—Lo sé.

—Y probablemente alguna teoría conspirativa absurda.

—Eso también lo sé.

—Bien.

—Lucas.

—¿Sí?

—Llevo años haciendo esto.

—Ya lo sé.

—Entonces deja de hablarme como si acabara de llegar a Hollywood.

—No puedo evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que aparece un escándalo te enfadas exactamente igual que la primera vez.

Aquello me hizo sonreír. Porque desgraciadamente tenía razón.

—Sigo pensando que la gente debería ocuparse de sus propios asuntos.

—Eso no genera audiencia.

—Qué decepción.

—El mundo del entretenimiento entero se sostiene sobre la decepción.

Solté una carcajada. Y durante unos segundos el ambiente se relajó. Solo un poco.

—Escúchame —dijo entonces.

Su voz se volvió más seria. Más profesional.

—No hagas declaraciones.

—No pensaba hacerlo.

—No publiques nada.

—Tampoco.

—No respondas a nadie.

—Lucas.

—Ni siquiera si te enfadas.

—Lucas.

—Especialmente si te enfadas.

—Lucas.

—¿Qué?

—No tengo doce años.

—A veces no estoy seguro.

—Voy a despedirte.

—Llevas amenazando con eso desde hace siete años.

—Algún día lo haré.

—No.

—No.

Los dos sonreímos. Lo noté incluso sin verlo. Y entonces llegó el silencio cómodo que siempre aparecía cuando dejábamos de actuar como representante y actriz.

Cuando simplemente éramos Lucas y yo. Un par de amigos.

—¿Cómo estás? —preguntó de repente.

La pregunta me pilló desprevenida. Porque no era una pregunta profesional.

Era personal. Y por primera vez aquella mañana no respondí inmediatamente.

—He tenido días mejores.

Lucas suspiró suavemente.

—Harper me ha contado lo de tu madre.

Cerré los ojos. Por supuesto. Harper y Lucas eran incapaces de guardar secretos entre ellos cuando se preocupaban por mí.

—No pasa nada.

—Eso es mentira.

—Quizá un poco.

—Olivia.

Su voz se suavizó.

—No tienes que cargar con todo sola.

Aquello me hizo mirar la ciudad otra vez. Las calles, la gente, la distancia.

—Lo sé.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bien. Porque tienes gente que te quiere.

Tragué saliva despacio.

—Lo sé.

—Y porque si necesito pegarle a alguien con una silla, estoy preparado.

Eso me hizo reír de verdad. Una risa fuerte e inesperada. La primera del día.

—Eso es tremendamente poco profesional.

—Soy representante, no santo.

—Menos mal.

—Exacto.

Sonreí. Y durante unos segundos me sentí un poco mejor. Solo un poco. Pero suficiente.

—Gracias.

—No me des las gracias.

—Te las doy igual.

—Qué pesada eres.

—Lo aprendí de ti.

—Eso es justo.

—Lo sé.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré.

—Y deja de leer titulares.

—Lo intentaré.

—No lo harás.

—Probablemente no.

—Lo sabía.

Sonreí. Y colgué.

El apartamento volvió a quedarse en silencio. Pero ya no era el mismo silencio de antes. Ya no pesaba tanto.

Porque a veces los problemas seguían siendo exactamente los mismos.

Pero se volvían más soportables cuando recordabas que no estabas sola para enfrentarte a ellos.

Capítulo 15



Ethan

Supe que algo iba mal antes siquiera de ver las fotos.

Chloe entró en mi despacho sin llamar. Como llevaba haciendo desde hacía años. Y con la misma expresión que utilizaba cada vez que estaba a punto de disfrutar de una conversación a mi costa.

—No me gusta esa cara.

Dejé el portátil sobre la mesa. Ella sonrió. Peor. Mucho peor.

—Buenos días para ti también.

—¿Qué has hecho?

—Yo nada.

—Entonces, ¿qué has encontrado?

Chloe dejó una taza de café frente a mí. Después se sentó y sacó el móvil.

—Antes de enseñarte esto, quiero que sepas que pienso disfrutar muchísimo de tu sufrimiento.

—Qué tranquilizador.

—Lo sé.

—Chloe.

—Ethan.

—Ve al grano.

Su sonrisa se amplió. Y eso nunca era buena señal.

—¿Recuerdas a Olivia Hart?

La miré fijamente.

—Si sigues viva cuando termine esta conversación, será un milagro.

—Lo recordaré.

Giró la pantalla hacia mí y allí estaba. Una fotografía. Olivia y Daniel Blake saliendo juntos de un restaurante.

Parpadeé una vez. Dos. Tres. Leyendo automáticamente el titular. Después, otro. Y otro. Sentí algo extraño. Incómodo. Desagradable. Demasiado rápido. Como si alguien hubiera apretado un interruptor dentro de mí.

—Ah.

Chloe me observó.

—Ah.

—Eso es todo.

—Claro.

—¿Qué?

—Nada.

—Chloe.

—Nada.

Seguí mirando la pantalla. Olivia sonriendo. Daniel hablando. Los dos caminando juntos. Los dos tomando algo. Los dos compartiendo una conversación que parecía cómoda. Natural y cercana.

Y aquello no debería haberme importado. No tenía ningún motivo para importarme. Ninguno. Absolutamente ninguno.

—Parece simpático.

La frase salió antes de que pudiera detenerla. Chloe levantó una ceja.

—¿Daniel Blake?

—Sí.

—Es uno de los guionistas más famosos del mundo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No has hecho una pregunta.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí.

Desgraciadamente, lo sabía. Y también sabía algo más. Sabía exactamente qué me estaba pasando. Por eso estaba intentando ignorarlo.

—Parece simpático —repetí.

—Ajá.

—¿Qué?

—Nada.

—Deja de decir «ajá».

—No.

—Chloe.

—Ethan.

Suspiré. Porque aquella mujer llevaba demasiados años conociéndome. Y era imposible engañarla.

—No estoy celoso.

Ella se quedó completamente inmóvil. Después apoyó lentamente los codos sobre la mesa.

—No he dicho que lo estuvieras.

Maldición.

—Porque no lo estoy.

—Claro.

—No lo estoy.

—Por supuesto.

—Chloe.

—Ethan.

—Lo digo en serio.

—Y yo también.

Y cuanto más intentaba defenderme, más evidente resultaba.

—Solo digo que los medios exageran.

—Eso es verdad.

—Y que una cena no significa nada.

—También es verdad.

—Y que probablemente solo estaban trabajando.

—Tiene sentido.

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué llevas cinco minutos mirando la misma fotografía?

La miré. Ella sonrió. Victoria absoluta.

—Te odio.

—No.

—Un poco sí.

—Tampoco.

Me dejé caer contra el respaldo de la silla. Frustrado. Porque estaba siendo ridículo. Completamente ridículo.

Había compartido una cena con Olivia. Una única cena. Ni siquiera una cita oficial. Y ahora estaba analizando fotografías de ella con otro hombre como un adolescente idiota.

—Esto es absurdo.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo.

Apoyé una mano sobre los ojos.

—No tendría que importarme.

—Probablemente.

—No la conozco.

—La conoces un poco.

—Muy poco.

—Lo suficiente.

—No.

—Sí.

La conversación continuó exactamente igual durante varios segundos. Hasta que ambos terminamos riéndonos. Porque discutir con Chloe era como intentar discutir con una pared muy sarcástica.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó ella.

—Miedo me da preguntarlo.

—Que no creo que estés enfadado.

—No lo estoy.

—Lo sé.

—Bien.

—Creo que estás decepcionado.

Aquello consiguió que la sonrisa desapareciera. Porque era diferente. Y porque quizá se acercaba más a la verdad.

No estaba enfadado. No exactamente. Simplemente... Había imaginado algo. Una posibilidad.

Y aquellas fotografías me habían obligado a recordar que Olivia tenía una vida completa fuera de mí. Una carrera. Un mundo. Personas. Relaciones. Historias.

Y que yo apenas ocupaba un rincón diminuto en todo aquello.

—Es una tontería.

—Sí.

—Gracias por tu apoyo.

—Para eso están las amigas.

Solté una carcajada.

Negando con la cabeza. Después volví a mirar la pantalla. Una última vez.

Olivia sonreía en la fotografía. Parecía feliz. Relajada. Cómoda. Y por encima de cualquier otra cosa, aquello fue lo que más me sorprendió. Porque la reconocí.

Reconocí la expresión. La misma que había visto durante nuestra cena. La misma que aparecía cuando olvidaba durante unos segundos quién era. Cuando dejaba de ser Olivia Hart. Y simplemente era Olivia.

Apagué la pantalla de golpe.

—Tengo trabajo.

Chloe se levantó. Todavía sonriendo.

—Claro que sí.

—Lo digo en serio.

—Y yo.

Se dirigió a la puerta. Pero antes de salir se giró. Solo una vez.

—Por cierto.

—¿Qué?

—Si de verdad no te importa...

Ya sabía lo que venía.

—No sigas.

—...no habrías mirado esas fotos doce veces.

—Vete.

—Trece.

—Fuera.

—Catorce.

Cogí una carpeta. Ella desapareció por la puerta riéndose. Y yo me quedé solo. Otra vez.

Con el despacho. Con el trabajo. Con el silencio. Y con una sensación incómoda instalada en mitad del pecho.

Una sensación que tenía mucho que ver con Olivia.

Y mucho menos que ver con Daniel Blake de lo que estaba dispuesto a admitir.

Conseguí trabajar exactamente diecisiete minutos. Diecisiete. Los conté.

Porque después de diecisiete minutos mi teléfono empezó a sonar. Y no necesité mirar la pantalla para saber quién era. Rachel. Por supuesto.

La mujer tenía un talento sobrenatural para aparecer justo cuando menos necesitaba escucharla. O justo cuando más. Dependiendo del día.

Contesté.

—Hola, Rachel.

—¿Has visto las fotos?

Cerré los ojos.

—Buenos días para ti también.

—No me cambies de tema.

—Ni siquiera ha pasado un minuto.

—Ethan.

—Rachel.

—Las fotos.

—Sí.

—Las has visto.

—Sí.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Qué piensas?

Me masajeé el puente de la nariz. Porque aquello iba a ser una conversación larga. Lo sabía. Ella lo sabía. Todo el mundo lo sabía.

—Pienso que dos personas cenaron juntas.

Silencio.

—Mientes fatal.

—No estoy mintiendo.

—Claro que sí.

—No.

Aquello continuó unos segundos más. Exactamente igual que siempre. Hasta que Rachel soltó un suspiro exageradamente dramático.

—Te he criado mejor que esto.

—Técnicamente, no.

—Detalles sin importancia.

Sonreí. Porque aquello sí era cierto.

Rachel llevaba utilizando el argumento de haberme criado desde hacía años. Y sinceramente, tenía bastante derecho.

Después de todo, había sido ella quien me había recogido cuando el mundo se vino abajo.

Ella, quien había aprendido a ser adulta mientras intentaba que yo siguiera siendo un niño.

Ella, que había renunciado a media vida para asegurarse de que yo tuviera una.

—No parece muy preocupada.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Porque todo internet cree que Olivia sale con Daniel Blake.

Rachel guardó silencio unos segundos. Después dijo algo que no esperaba.

—¿Y tú lo crees?

Aquello me pilló desprevenido. Porque la respuesta era sencilla. No. No lo creía. Ni siquiera después de ver las fotografías. Ni siquiera después de leer los titulares.

Había algo en todo aquello que no encajaba. Algo artificial. Forzado. Como si alguien hubiera decidido escribir una historia antes de comprobar si existía.

—No.

Rachel pareció satisfecha.

—Yo tampoco.

—¿Y eso?

—Porque la conozco.

Solté una carcajada.

—No conoces a Olivia.

—He visto entrevistas.

—Eso no es conocer a alguien.

—Mira quién habla.

Tuve que reconocer que tenía razón. Un poco.

—Además —continuó—, he visto cómo te mira ella.

La frase me dejó inmóvil.

—¿Perdón?

—Lo que has oído.

—Rachel.

—¿Qué?

—No me mira de ninguna forma.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Y yo.

Me dejé caer contra el respaldo de la silla.

Porque aquella conversación estaba empezando a resultarme peligrosamente incómoda.

—Solo hemos cenado una vez.

—Dos.

—Una.

—La otra fue accidental.

—Sigue sin contar.

—Para ti quizá.

—Tía Rachel.

—Ethan.

Suspiré. Y escuché cómo ella sonreía al otro lado de la línea. Porque sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Y porque estaba disfrutando muchísimo.

—¿Sabes qué creo?

Mala señal. Muy mala.

—No.

—Creo que tienes miedo.

—No tengo miedo.

—Sí lo tienes.

—No.

—Sí.

Volvimos a comportarnos como dos niños durante unos segundos. Hasta que terminé riéndome. Y ella también. Porque aquello era inevitable. Siempre lo había sido.

—No tengo miedo.

—Entonces explícame por qué sigues convencido de que una mujer como Olivia no podría interesarse por alguien como tú.

La sonrisa desapareció automáticamente. Porque esa sí era una pregunta real.

Y porque Rachel sabía exactamente dónde atacar.

—Porque es verdad.

—No.

—Sí.

—No.

—Rachel...

—Ethan...

—Vivimos en mundos distintos.

—Eso no significa nada.

—Significa mucho.

—No.

—Sí.

Ella suspiró. Y durante unos segundos no dijo nada. Cuando volvió a hablar, su voz sonó mucho más suave. Más seria. Más parecida a la mujer que me había criado.

—¿Sabes qué veo cuando te escucho?

No respondí, porque sospechaba que no iba a gustarme.

—Veo a un niño de doce años convencido de que no merece ciertas cosas.

Aquello dolió más de lo que esperaba. Mucho más.

—Rachel...

—No.

Esta vez fue ella quien me interrumpió.

—Llevas años construyendo una vida.

Una buena vida. Una empresa. Amigos. Una familia. Todo lo que has conseguido. Y aun así sigues creyendo que algunas puertas no son para ti.

Me quedé mirando las ventanas del despacho. La ciudad, los edificios, la distancia, sin responder. Porque no sabía cómo hacerlo. O quizá porque sí lo sabía. Y no quería admitirlo.

—No estoy diciendo que Olivia esté enamorada de ti.

—Gracias por la confianza.

—Estoy diciendo que deberías dejar que sea ella quien decida lo que quiere.

Aquella frase quedó suspendida entre nosotros. Y por algún motivo fue la que más me afectó. Porque era sencilla. Ridículamente sencilla.

Y aun así llevaba semanas haciendo exactamente lo contrario. Decidiendo por ella. Asumiendo cosas. Levantando barreras que ni siquiera sabía si existían.

—No sé de qué hablas.

—Mentiroso.

Sonreí, a pesar de todo.

—Eres imposible.

—Y tú, desesperante.

—Lo sé.

Hubo un silencio. Uno de esos silencios cómodos que solo existen entre personas que se quieren desde hace mucho tiempo.

Y entonces Rachel volvió a ser Rachel.

—Por cierto.

—No.

—Ni siquiera he dicho nada.

—No importa.

—Quiero conocer a Olivia.

Solté una carcajada.

—Sabía que ibas a decirlo.

—Quiero una foto.

—Rachel.

—Dos fotos.

—Rachel.

—Quizá tres.

—Es imposible.

—No para mí.

Negué con la cabeza, riéndome. Porque algunas cosas nunca cambiaban. Y sinceramente, me alegraba que fuera así.

—Tengo que trabajar.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—Adiós, tía Rachel.

—Piensa en lo que te he dicho.

—No lo haré.

—Mentira.

—Adiós.

—Adiós, cariño.

Colgué, y el despacho volvió a quedarse en silencio. Pero esta vez el silencio era diferente. Porque Rachel había conseguido algo que llevaba horas intentando evitar. Hacerme pensar.

Y eso era exactamente lo que no necesitaba. Porque cuanto más pensaba en Olivia...

Más difícil resultaba convencerme de que aquello no significaba nada.

Intenté trabajar, de verdad que lo intenté.

Abrí el documento, leí la primera frase, luego la segunda. Pero seguía sin poder mantener la cabeza en el trabajo, y sí en ella.

Porque Olivia ocupará mis pensamientos todo el tiempo.

Apagué la pantalla unos segundos. Me levanté, fui a por agua, volví, me senté, abrí el portátil otra vez, pero nada.

Miré el teléfono. Nada. Miré el techo. Tampoco ayudó.

—*Perfecto* —murmuré.

Volví a la pantalla. Diez minutos. Quince. Diecisiete. Otra vez diecisiete. Esa cifra parecía perseguirme hoy.

Y entonces, justo cuando estaba empezando a convencerme de que quizá necesitaba trabajar más y pensar menos, el teléfono vibró.

Lo cogí casi sin mirar. Pero lo miré. Y me quedé quieto. Era Olivia.

El corazón me dio un golpe absurdo en el pecho. Contesté demasiado rápido.

—¿Olivia?

Su voz llegó al otro lado con un cansancio evidente.

—Hola.

Solo esa palabra, y aun así lo cambió todo un poco.

—¿Estás bien? —pregunté.

Hubo un breve silencio, demasiado breve para ser casual.

—Depende de lo que entiendas por «bien».

Eso no era una buena respuesta. Ninguna buena respuesta empezaba así.

—He visto las noticias —dije.

—Sí.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

—Lo sé.

Silencio. Y en ese silencio había demasiadas cosas. Demasiados titulares. Demasiadas interpretaciones. Demasiada gente opinando sobre algo que no había ocurrido.

—Es absurdo —dijo ella al final.

—Lo es.

—No hemos hecho nada.

—Lo sé.

—Solo hablamos.

—Lo sé.

—Tomamos una copa.

—Lo sé.

Su voz sonó ligeramente más desesperada.

—Y ahora parece que estoy en una especie de triángulo amoroso inexistente.

Aquello me hizo soltar una risa breve.

—La prensa tiene imaginación.

—Demasiada.

—Sí. He hablado con mi equipo —dijo.

—¿Y?

—Lucas está entrando en modo crisis.

Sonreí.

—Pero eso es normal en él —añadió.

—Me lo creo.

—Van a sacar un comunicado —añadió.

—Bien.

—Diciendo la verdad.

—Que no hay nada.

—Exacto.

Silencio.

—¿Estás enfadada? —pregunté.

—No.

—Olivia.

—No estoy enfadada contigo.

Aquello fue claro y honesto.

—Con el mundo quizá un poco.

—Eso lo entiendo.

—Es que…

—¿Qué?

—No quiero que esto afecte al trabajo.

—No lo hará.

—No lo sabes.

—Lo sé.

Su voz bajó un poco.

—A veces odio esto.

El silencio volvió, pero esta vez era distinto.

—¿La fama? —pregunté.

—Todo.

Suspiró. Y podía imaginarla perfectamente.

De pie. Quizá frente a una ventana.

—Me gusta mi trabajo —dijo—. De verdad. Pero hay días en los que siento que no es mío.

Aquello me dejó callado, porque lo entendía. Más de lo que debería.

—La gente decide cosas por ti —continuó—. Inventan historias. Te colocan en lugares donde no has estado. Te convierten en versiones de ti misma que no reconoces.

Tragué saliva.

—Olivia…

—Y no puedo evitarlo.

Silencio. Y esta vez su voz fue más baja. Más íntima.

—A veces me gustaría ser un poco más anónima.

No supe qué responder. Porque cualquier cosa sonaba insuficiente. Así que no dije nada. Y eso, curiosamente, parecía lo correcto.

—Perdona —añadió después—. No debería decirte todo esto a ti.

—Puedes hacerlo.

—No es tu problema.

—No, pero…

Me detuve. Porque no sabía cómo terminar esa frase. Pero lo sentía.

—No pasa nada —dije al final.

—Sí pasa.

—Lo sé.

Otro silencio.

—Gracias por llamar —dije.

—Tenía que hacerlo.

—Aun así.

Hubo una pausa, y entonces su tono cambió ligeramente.

—¿Te has metido en un lío por mi culpa?

Solté una risa.

—No exactamente.

—Eso no suena a «no».

—Es un lío gestionable.

—Eso suena peor.

—Lo es, un poco.

La escuché suspirar. Y por primera vez en toda la conversación, sonó como si estuviera sonriendo.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

—Eso ya lo has dicho tú.

—Y sigue siendo verdad.

Silencio. Pero ya no era incómodo. Era extraño. Como si estuviéramos compartiendo algo que no tenía nombre.

—Voy a dejarte trabajar —dijo finalmente.

—No estoy trabajando.

—Eso explica muchas cosas.

Me reí.

—Llámame si necesitas algo —añadí.

—Lo mismo digo.

Y entonces, antes de colgar, añadió:

—Ethan.

—¿Sí?

—De verdad… gracias.

No respondí inmediatamente. Porque no hacía falta.

—De nada —dije al final.

Y la llamada se cortó.

Me quedé mirando el teléfono, quieto, sin moverme, con el silencio del despacho otra vez alrededor. Pero ya no era el mismo silencio de antes. Porque ahora había una cosa clara. Y era peligrosa. Demasiado peligrosa.

Olivia no era solo una cena. No era solo una conversación. Y lo peor de todo… Era que yo ya lo sabía.

Capítulo 16



Olivia

Había aprendido hacía años que la mejor forma de desaparecer era esconderme entre libros.

No importaba cuántas portadas protagonizara. No importaba cuántas personas supieran mi nombre. No importaba cuántos fotógrafos esperaran delante de un restaurante. Las librerías seguían siendo uno de los pocos lugares donde podía respirar. Por eso estaba allí. Otra vez.

En la misma librería donde me había cruzado con Ethan Cole por primera vez. Y el simple hecho de pensarlo ya hizo que algo se agitara dentro de mí. Intenté ignorarlo. No funcionó.

Últimamente, nada funcionaba demasiado bien. Ni las entrevistas. Ni los estrenos. Ni las sesiones de fotos. Ni siquiera el trabajo.

Porque cada vez que abría el móvil, encontraba la misma historia repetida de veinte formas distintas.

Daniel Blake. Daniel Blake y Olivia Hart. Olivia Hart y Daniel Blake. El supuesto romance secreto. La supuesta relación escondida. Las supuestas citas clandestinas. Las supuestas miradas cómplices. Las supuestas tonterías inventadas por gente con demasiado tiempo libre.

Daniel había concedido una entrevista dos días antes. Había sido claro. Rotundo. Directo.

—Olivia es la protagonista de mi próxima película y una amiga. Nada más. Fin.

No parecía una declaración difícil de entender. Pero al parecer sí lo era. Porque la prensa había decidido que aquello confirmaba exactamente lo contrario.

Resoplé. Pasé una página. Y volví a concentrarme en el libro que tenía entre las manos.

Era una recopilación de poesía americana clásica. Uno de esos volúmenes antiguos con páginas ligeramente amarillentas y olor a papel envejecido. Mi favorito.

Había abierto por casualidad un poema de amor de Edgar Allan Poe. No era precisamente optimista. Pero tenía algo hermoso. Algo melancólico. Algo que hablaba de amar a alguien incluso después de perderlo.

Y, por alguna razón, aquella tristeza elegante siempre conseguía calmarme.

Leí una línea. Luego otra. Y durante unos minutos logré olvidarme de fotógrafos. De titulares. De Daniel. De mi madre. De todo.

Hasta que escuché una voz masculina detrás de mí. Una voz profunda. Tranquila. Familiar.

—«Porque la luna nunca brilla sin traerme sueños…».

Me quedé inmóvil. Porque reconocí aquella voz antes incluso de procesar las palabras.

Mi corazón dio un leve salto. Me giré despacio. Y allí estaba Ethan.

Camisa oscura. Vaqueros. Aspecto relajado. Como si hubiera salido de una revista dedicada exclusivamente a hombres peligrosamente atractivos.

Estaba mirando la página por encima de mi hombro. Cuando nuestras miradas se encontraron, sonrió. Y yo sentí un leve estremecimiento. Otra vez.

Empezaba a odiar que aquel hombre tuviera ese efecto sobre mí.

—¿Conoces a Poe? —dije.

—Mi madre adoraba ese poema.

Su sonrisa cambió ligeramente. Se volvió más suave. Más nostálgica.

—Era su favorito.

Bajé la mirada hacia el libro.

—Es precioso.

—Lo era para ella.

—¿Ya no es tu favorito?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. Durante un segundo pensé que quizá había sido demasiado personal.

Pero Ethan no pareció molesto. Solo tranquilo. Como si hubiera aprendido a convivir con ciertos recuerdos.

—Mi madre y mi padre murieron cuando yo tenía doce años.

Mi pecho se encogió inmediatamente.

—Lo siento mucho.

Y lo sentía de verdad. Porque algo en sus ojos me hizo comprender que aquella herida nunca terminaba de desaparecer.

Él asintió. Después se giró hacia una estantería cercana. Buscó durante unos segundos. Sacó otro libro. Más grueso y más antiguo, y me lo entregó.

—Prueba este.

Miré la portada.

—Walt Whitman.

—Página ochenta y seis.

Fruncí el ceño.

—¿Página ochenta y seis?

Él sonrió. Una sonrisa lenta y peligrosa.

—Confía en mí.

Luego me guiñó un ojo y se alejó. Así. Sin más. Como si acabara de lanzar una bomba emocional y no fuera asunto suyo.

Lo observé marcharse entre las estanterías. Demasiado alto. Demasiado atractivo. Demasiado consciente de sí mismo.

Abrí el libro, busqué la página y encontré un poema sobre el amor. Sobre encontrar en otra persona algo que hace que el mundo parezca distinto.

No necesitaba leer muchas líneas para entender por qué lo había elegido. Era hermoso. Sincero. Íntimo.

Sentí calor en las mejillas y entonces levanté la vista. Buscándolo. Como una idiota.

Lo encontré varios pasillos más allá, en la sección de novela policíaca, hojeando un libro. Intentando aparentar normalidad sin conseguirlo. Porque yo seguía sintiendo mi corazón demasiado rápido.

Cerré el poemario y fui hacia él.

—¿También era el favorito de tu madre?

Ethan levantó la vista. Luego observó el libro. Y sonrió.

—No.

—¿No?

—Ese es el poema que mi padre envió a mi madre para conseguir su primera cita.

Mi respiración se detuvo un instante. Solo uno, pero suficiente. Porque de pronto aquel libro ya no parecía un libro. Parecía un mensaje. Y no estaba segura de qué hacer con eso.

—Eso es increíblemente romántico.

—Mi padre lo era.

—¿Y tú?

Sus ojos grises se clavaron en los míos.

—Todavía no lo sé.

Sentí cómo aumentaba el calor en mis mejillas.

Y maldije internamente a todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Porque estaban colaborando demasiado con aquella conversación.

Ethan bajó la mirada al libro que yo sostenía.

—Por cierto.

—¿Sí?

—En cuanto a las fotos.

—¿Qué fotos?

—Las tuyas con Daniel Blake.

Cerré los ojos. Brevemente.

—Dios mío.

—Hacéis buena pareja.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué?

—Eso dicen.

—No somos pareja. Te dije que no hay nada entre nosotros.

—Ya.

—De verdad que no.

—Te creo.

—No hay absolutamente nada entre nosotros.

—Olivia...

—Nada.

—Vale.

—Y después de esas fotos y de las nuestras he llegado a leer artículos donde aseguran que tengo dos amantes al mismo tiempo.

Eso consiguió hacerle reír. Una risa auténtica. Profunda. Y peligrosamente atractiva.

—¿Dos?

—Dos.

—Vas fuerte.

—No tengo ni uno.

Entonces ocurrió algo extraño. Porque la sonrisa desapareció ligeramente de su rostro. Y me observó. De una forma distinta.

Más intensa. Más seria. Más difícil de interpretar.

Tragué saliva.

—¿Por qué me miras así?

Su respuesta llegó despacio. Como si la hubiera pensado antes de decirla.

—Porque una mujer como tú debería estar quitándose a los hombres de encima.

Mi corazón se volvió completamente inútil.

—¿Porque soy famosa?

Él negó con la cabeza. Sin apartar la mirada.

—No.

Mi respiración se quedó suspendida.

—Entonces, ¿por qué?

La sonrisa regresó lentamente.

—Porque eres preciosa.

Mi corazón dejó de funcionar. Directamente.

—Ethan...

—Y habría que ser muy gilipollas para no querer conocerte y tenerte en su vida.

Me quedé sin palabras. Completamente. Por primera vez en mucho tiempo. Y eso era decir mucho.

Porque normalmente siempre tenía una respuesta. Siempre. Pero no esta vez.

Porque Ethan no parecía consciente del efecto que acababa de provocar. O quizá sí lo era. Y simplemente lo estaba disfrutando. Lo cual resultaba peligrosamente atractivo.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. Él seguía observándome. Yo seguía intentando recordar cómo funcionaba la respiración. Una tarea sorprendentemente complicada de repente.

Entonces Ethan levantó ligeramente el libro que sostenía en la mano.

—Ya tengo el mío.

Parpadeé.

—¿Qué?

Sonrió.

—Mi libro.

Miré la portada. Una novela negra. Ni siquiera había visto cuál era. Porque había estado demasiado ocupada intentando sobrevivir a aquella mirada.

—Ah.

—Sí.

Silencio. Otra vez. Y maldita fuera. Porque ya no era incómodo. Era peor.

Era esa tensión extraña que aparecía cuando dos personas eran demasiado conscientes de la presencia del otro.

Ethan inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Tienes tiempo para un café?

Mi corazón decidió que aquel era un momento perfecto para intentar escapar de mi pecho.

—¿Ahora?

—Normalmente, los cafés funcionan mejor cuando están calientes.

No pude evitar sonreír.

—Eso tiene bastante sentido.

—Intento ser una persona razonable.

—No estoy segura.

—Es justo.

Volví a mirarlo. A sus ojos. A aquella sonrisa tranquila. A la facilidad con la que parecía estar allí. Presente. Sin expectativas. Sin juegos. Sin segundas intenciones evidentes.

Y quizá precisamente por eso terminé respondiendo.

—Sí.

Su sonrisa se amplió solo un poco, pero suficiente para que mi estómago hiciera cosas extrañas.

—Perfecto.

Nos dirigimos hacia el mostrador. Yo llevaba tres libros. El poemario. Una novela histórica. Y otro libro que había cogido hacía veinte minutos y del que ya ni siquiera recordaba el título.

Porque Ethan había arruinado por completo mi capacidad de concentración.

Llegamos a la caja. Saqué la tarjeta. Y Ethan cogió los libros antes de que pudiera reaccionar.

—¿Qué haces?

—Comprarlos.

—Ya veo esa parte.

—Entonces estamos avanzando.

—Ethan.

—Olivia.

—Puedo pagar mis propios libros.

—Lo sé.

—Entonces...

—Yo también puedo pagarlos.

La cajera intentó ocultar una sonrisa. Sin éxito.

—No es necesario.

—Tampoco es necesario que me dejes invitarte al café.

Fruncí el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Lo observé unos segundos y comprendí algo.

No iba a ganar. No porque él fuera más terco. Sino porque parecía divertirse demasiado.

—Eres imposible.

—Eso me dicen mucho.

Terminó de pagar. Recogió la bolsa. Y salimos juntos a la calle.

Nueva York estaba preciosa aquella tarde. El aire era fresco. Las aceras estaban llenas de gente. Los taxis amarillos seguían moviéndose como si participaran en una competición secreta. Y, por primera vez en días, me descubrí caminando sin mirar constantemente a mi alrededor.

Sin preocuparme de quién me reconocía. Sin pensar en titulares. Sin pensar en Daniel. Sin pensar en mi madre. Solo caminando.

Y era una sensación extrañamente agradable. Entramos en una cafetería pequeña a unas calles de distancia.

Nada lujosa. Nada exclusiva. Simplemente acogedora. Madera oscura. Música suave. Aroma a café recién hecho.

Nos sentamos junto a una ventana. Y durante unos segundos observé a Ethan mientras hablaba con la camarera. Porque había algo en él que seguía desconcertándome.

No era arrogante. No era presumido. No intentaba impresionarme. No parecía interesado en que yo supiera quién era. Y después de diez años rodeada de personas que constantemente intentaban obtener algo de mí...

Aquello era casi desconcertante.

—¿Qué?

Levanté la vista.

—¿Qué de qué?

—Me estabas mirando.

Sentí calor en las mejillas. Otra vez. Fantástico.

—No te estaba mirando.

—Claro.

—No.

—Vale.

—No me crees.

—Ni un poco.

La camarera dejó los cafés, y aproveché la interrupción para esconderme detrás de la taza.

Porque claramente mi dignidad había decidido tomarse el día libre.

Ethan sonrió. Luego tomó un sorbo. Y durante unos segundos nos quedamos en silencio. Un silencio cómodo. Extraño. Pero cómodo.

—Tu madre debía de ser especial.

La sonrisa de Ethan cambió, se volvió más suave. Más íntima.

—Lo era.

Esperé. Y él continuó.

—Era profesora.

—¿Sí?

Asintió.

—Literatura.

—Eso explica los poemas.

—Exacto.

Su mirada se perdió un instante en algún lugar lejano.

—Leía constantemente. Tenía libros por toda la casa. En el salón. En la cocina. En el dormitorio. Incluso en el baño.

Sonreí.

—Eso es adorable.

—Mi padre decía que algún día moriríamos aplastados por una montaña de novelas.

—¿Y ocurrió?

—Por suerte, no.

Reí. Y él también. Pero después la sonrisa se suavizó.

—Los echo de menos.

Aquella frase fue sencilla. Directa. Sin dramatismo. Y precisamente por eso me llegó tan hondo.

Porque reconocí ese tipo de dolor. El que no desaparecía. El que aprendías a llevar contigo.

—Lo sé.

Sus ojos se encontraron con los míos. Y durante un instante tuve la sensación de que entendía exactamente lo que quería decir. Porque la soledad también podía existir cuando la persona seguía viva.

—Mi tía Rachel me salvó.

La emoción en su voz fue inmediata. Visible.

—¿Sí?

Sonrió.

—Sí.

—Háblame de ella.

Aquello hizo que su sonrisa creciera.

—Es imposible resumir a Rachel.

—Inténtalo.

—Mandona.

—Eso no parece un cumplido.

—Porque todavía no has terminado de escuchar.

—Vale.

—Mandona. Protectora. Cariñosa. Incapaz de aceptar un no por respuesta.

—Suena peligrosa.

—Muchísimo.

—¿Y te crio ella?

Asintió.

—Desde los doce años.

Sentí un leve nudo en el pecho. Porque había algo precioso en la forma en que hablaba de ella. Algo que revelaba cuánto la quería.

—Tienes suerte.

Él me observó.

—Lo sé.

Y aquella respuesta tan sincera hizo que algo dentro de mí se encogiera. Porque yo nunca había tenido eso. Nunca.

Bajé la mirada hacia mi taza.

—Mi madre y yo no somos precisamente así.

—¿Quieres hablar de ello?

Normalmente, habría dicho que no. Normalmente, habría cambiado de tema. Normalmente, habría sonreído y fingido que todo iba bien. Pero Ethan tenía una forma extraña de escuchar. Como si realmente quisiera entender. Y antes de darme cuenta ya estaba hablando.

—Mi madre aparece cuando necesita dinero.

Su expresión no cambió. No juzgó ni se sorprendió. Simplemente escuchó.

—Cuando era pequeña, desaparecía durante semanas. A veces, meses. Y ahora...

Me encogí de hombros.

—Ahora llama cuando tiene problemas.

—Olivia...

—La última vez discutimos.

Mucho.

—Lo siento.

Solté una risa sin humor.

—Yo también.

—¿Crees que arreglaréis las cosas?

Tardé unos segundos en responder.

—No lo sé.

Y aquella era la verdad. La única verdad. Porque empezaba a cansarme. A cansarme de esperar algo que quizá nunca iba a ocurrir. A cansarme de desear una madre que no existía.

La mano de Ethan se movió ligeramente sobre la mesa. Como si quisiera acercarse. Como si quisiera tocar la mía. Pero no lo hizo. Y, extrañamente, aquel gesto contenido me emocionó más que si lo hubiera hecho.

Entonces sonó su teléfono. La pantalla se iluminó y vi el nombre de su tía Rachel. Arqueé una ceja. Y él cerró los ojos.

—Oh, no.

No pude evitar reírme.

—¿Qué pasa?

—Nada bueno.

Miró la pantalla. Luego a mí. Y volvió a la pantalla.

—Es mi tía.

—Contesta.

—No estoy seguro de querer hacerlo.

—Ethan.

—Olivia.

—Contesta.

Resopló. Y aceptó la llamada. Yo intenté concentrarme en mi café. Intenté. Porque fue imposible ignorar la conversación.

—Hola, tía Rachel.

Pausa.

—Sí. Estoy bien. Y ahora mismo, tomando café con Olivia Hart.
Hizo una pausa y lo vi cerrar los ojos.

—Sí, tía Rachel. Es en serio.

Mis labios empezaron a temblar. Porque ya intuía exactamente por dónde iba aquello.

—No.

Pausa.

—No, joder, no me pidas eso.

Tuve que taparme la boca para no reírme.

—Dios mío.

Más silencio.

—Me voy a arrepentir de esto el resto de mi vida.

Entonces abrió los ojos y me miró directamente. Con resignación absoluta.

—Mi tía quiere comprobar que de verdad estoy tomando café contigo.

Yo ya estaba riendo. Sin remedio.

—¿En serio?

—Completamente.

Apartó el teléfono. Luego volvió a acercarlo.

—Joder, tía, no me grites.

La carcajada escapó de mis labios. Y Ethan me señaló acusadoramente.

—No la animes.

—No estoy haciendo nada.

—La estás animando.

—Ni siquiera me conoce.

—Eso nunca ha detenido a Rachel.

Tuve que volver a taparme la boca para contener la risa. Porque la expresión de Ethan era absolutamente maravillosa. Parecía un hombre inteligente. Exitoso. Seguro de sí mismo. Capaz de dirigir una empresa.

Y, sin embargo, una simple llamada de su tía acababa de convertirlo en un adolescente resignado.

—Quiere que le haga una videollamada.

Aquello terminó de derrotarme.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Para comprobar que existo?

—Exactamente.

—Tu tía es increíble.

—Mi tía es un peligro público.

No pude evitar sonreír.

Porque, sinceramente, me caía bien y todavía ni siquiera la conocía. Ethan negó con la cabeza.

—No tienes por qué hacerlo.

—¿El qué?

—Hablar con ella.

—No me importa.

—Olivia...

—De verdad.

Apoyé los codos sobre la mesa.

—Si tu tía quiere saludarme, no pasa nada.

—Te vas a arrepentir.

—No creo.

—Créeme.

—Hablo con seguidores por redes sociales constantemente.

—Rachel no funciona como una seguidora normal.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no tiene filtros.

Aquello me hizo reír. Y cuanto más hablábamos de ella, más curiosidad sentía.

Porque Ethan cambiaba cuando la mencionaba. Su voz se suavizaba. Sus ojos se iluminaban. Y había algo increíblemente bonito en eso. Algo que me recordaba todo lo que yo nunca había tenido.

—Haz la videollamada.

Él me observó unos segundos.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Suspiró.

Como un hombre que acababa de aceptar su destino.

—Vale.

Marcó. Esperó. Y entonces la pantalla se iluminó.

Capítulo 17



Olivia

Lo primero que vi fue una frente. Después, un ojo. Luego, media nariz. Y finalmente, el rostro completo de una mujer morena muy atractiva.

—¡Por fin!

Ethan cerró los ojos.

—Hola, tía Rachel.

—No te hablo a ti.

La mujer apartó a Ethan de la pantalla con una facilidad sorprendente. Y entonces me vio. Sus ojos se abrieron. Mucho. Muchísimo.

—Dios mío.

No pude evitar sonreír.

—Hola.

—¡Hola!

Durante un segundo me observó como si estuviera verificando que era real. Y después sonrió. Una sonrisa enorme y cálida.

—Eres Olivia Hart.

—Eso parece.

—Dios mío.

Ethan dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Ya hemos empezado.

—¡Cállate, Ethan!

Volví a reír. Y Rachel señaló la pantalla.

—¿Ves? Ya me cae mejor que tú.

—Eso no era difícil.

—Ni un poco.

Aquello consiguió que las dos nos riéramos. Y por primera vez en mucho tiempo sentí algo extraño. Normalidad. Simple normalidad.

Como si no estuviera hablando con alguien que conocía mi nombre por las películas.

Como si simplemente estuviera charlando con la tía de un hombre que me gustaba.

El pensamiento apareció tan rápido que me dejó inmóvil. Que me gustaba. Dios.

No. No iba a pensar en eso ahora.

—Tengo que decirte algo —anunció Rachel.

—Adelante.

—Eres mucho más encantadora de lo que imaginaba.

Noté cómo mis mejillas se calentaban.

—Gracias.

—Y mucho más guapa.

—Rachel...

—Estoy siendo sincera.

—Tía.

—¿Qué?

—La estás avergonzando.

Ella lo ignoró completamente.

—¿Te trata bien?

Parpadeé.

—¿Perdón?

—Ethan.

—Ah.

La sonrisa volvió a escapárseme.

—Sí.

—Bien.

—Rachel.

—¿Qué?

—No estamos en una entrevista policial.

—Todavía.

—Dios mío.

Volví a reír. Y algo en el rostro de Rachel se suavizó. Me observó durante un instante. Con una ternura inesperada.

—Gracias por hacer reír a mi sobrino.

La sonrisa desapareció un poco de mis labios. Porque aquella frase había salido del corazón. Se notaba.

—No creo que sea mérito mío.

—Créeme.

—Rachel...

—Lleva demasiado tiempo trabajando más de la cuenta.

—Tía.

—Demasiado tiempo solo.

El silencio que siguió fue leve. Pero suficiente. Porque vi la forma en que Ethan apartaba la mirada. Y comprendí que aquello era importante. Más importante de lo que parecía.

Rachel sonrió.

—Bueno. Ya que estamos todos aquí...

—No.

—Ni siquiera he terminado la frase.

—Porque ya sé cuál es.

—Perfecto. Así ahorramos tiempo.

Yo estaba disfrutando muchísimo de aquello. Probablemente, demasiado.

—Olivia.

—¿Sí?

—Me gustas.

Parpadeé.

—Gracias.

—Y ya que me gustas...

Ethan cerró los ojos.

—No.

—¿Por qué no la traes a comer el sábado?

Me quedé inmóvil. Él también.

—Rachel.

—¿Qué?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Ese no es un argumento válido.

—Es perfectamente válido.

—No lo es.

—Sí.

—No.

—Sí.

Volví a reír. Porque era exactamente igual que hablar con Ethan. Y de pronto comprendí de dónde había aprendido aquella obstinación. Rachel me señaló.

—¿Tú qué opinas?

Los ojos grises de Ethan se clavaron inmediatamente en mí. Como si quisiera impedirme responder. Lo cual, por supuesto, me hizo querer responder todavía más.

—Bueno...

—Olivia.

—¿Sí?

—Piénsalo bien.

—Lo estoy pensando.

—No lo suficiente.

—Creo que sí.

Rachel sonrió como una villana de película.

—Me caes cada vez mejor.

Miré a Ethan. Su expresión era una mezcla entre resignación y desastre inminente. Y, por alguna razón, me pareció adorable. Absolutamente adorable.

—Estaría encantada de ir.

Rachel dio una palmada.

—¡Perfecto!

—Traidora.

—Gracias, Ethan.

—No te estaba dando las gracias.

—Lo sé.

—Lo sabes perfectamente.

—Sí.

Las dos nos reímos. Y Ethan pareció aceptar definitivamente que había perdido aquella batalla.

—Entonces queda decidido —anunció Rachel—. Os espero el sábado.

—Rachel...

—No.

—Rachel.

—No.

—Rachel.

—No.

—Increíble.

—Lo sé.

Luego volvió a mirarme. Y su sonrisa se volvió más cálida. Más sincera.

—Estoy deseando conocerte en persona, Olivia.

Y aquello me emocionó más de lo que debería. Porque no recordaba la última vez que alguien me había dicho algo así sin esperar nada a cambio.

—Yo también.

Y lo decía de verdad.

Rachel asintió satisfecha. Luego miró a Ethan. Y su expresión cambió completamente. Se volvió tierna. Protectora. Familiar.

—Te quiero mucho, mi niño.

Vi a Ethan cerrar los ojos inmediatamente.

—Dios mío.

—Te quiero.

—Tía...

—Mucho.

—Vale.

—Muchísimo.

—Adiós, Rachel.

Ella soltó una carcajada.

—Yo también te quiero.

Y colgó. El silencio duró apenas un segundo.

Porque en cuanto desapareció la llamada, yo empecé a reír. Y Ethan me señaló.

—No te rías.

—Lo siento.

—No lo sientes.

—No.

—Lo sabía.

Seguí riéndome. Y él terminó haciéndolo también. Negando con la cabeza. Como si estuviera acostumbrado. Como si aquella locura formara parte natural de su vida.

Y sinceramente... Me gustó.

Cuando finalmente conseguimos calmarnos, Ethan se pasó una mano por el pelo.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por la encerrona.

—No ha sido ninguna encerrona.

—Claro que lo ha sido.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Sonreí.

—Empiezo a entender por qué eres así.

—¿Así cómo?

—Testarudo.

—Eso es ofensivo.

—Es genético.

—Ahora mismo te pareces demasiado a mi tía.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo aceptaré igualmente.

La sonrisa volvió a aparecer en sus labios. Y durante unos segundos ninguno dijo nada. Simplemente nos miramos. Y aquel silencio... Aquel silencio fue distinto. Más suave. Más íntimo. Más peligroso. Porque me gustó demasiado.

Muchísimo más de lo que debería. Y eso empezaba a convertirse en un problema. Uno muy serio.

Porque cada minuto que pasaba con Ethan hacía más difícil recordar todas las razones por las que aquello no era una buena idea.

Y era más fácil imaginar cómo sería seguir viéndolo.

El sábado. La semana siguiente. Y después. Lo cual era una idea terrible. Absolutamente terrible. Por desgracia... Mi corazón parecía no estar de acuerdo.

Lo cual era una idea terrible. Absolutamente terrible. Por desgracia... Mi corazón parecía no estar de acuerdo.

Terminamos el café hablando de cosas mucho más sencillas. Libros. Películas. Nueva York. Los lugares que más nos gustaban de la ciudad. Y cuanto más tiempo pasaba, más extraña me parecía toda la situación. Porque normalmente las conversaciones tenían un peso.

Una expectativa. Un objetivo. Algo. Con Ethan, no. Simplemente hablábamos. Y era agradable.

Cuando miré el reloj, me sorprendió descubrir cuánto tiempo había pasado.

—Vaya.

Ethan siguió mi mirada.

—¿Qué pasa?

—Llevo aquí mucho más de lo que pensaba.

—¿Eso es bueno o malo?

Lo pensé. Y sonreí.

—Bueno.

Algo brilló en sus ojos. Solo un instante. Pero lo vi. Y por alguna razón mi corazón volvió a hacer cosas raras. Otra vez. Empezaba a convertirse en una costumbre preocupante.

Salimos de la cafetería juntos. La tarde estaba llegando lentamente a su fin. Las luces comenzaban a encenderse. La ciudad adquiría ese brillo dorado que siempre me había parecido mágico.

Nueva York tenía muchos defectos. Muchísimos. Pero había momentos como aquel en los que era imposible no enamorarse de ella. Caminamos despacio. Sin prisa. Como si ninguno tuviera demasiadas ganas de llegar al momento de despedirse. O quizá aquello solo me estaba ocurriendo a mí.

Aunque algo me decía que no. Porque Ethan tampoco parecía apresurado. Llegamos a una esquina. Y ambos supimos inmediatamente que era el final. Al menos por hoy. La sensación fue extraña. Como cuando terminabas un libro que te estaba gustando mucho y sabías que tendrías que esperar para seguir leyendo.

—Entonces...

Metí las manos en los bolsillos del abrigo.

—Entonces.

Sonrió. Dios. Aquella sonrisa.

—El sábado.

Asentí.

—El sábado.

—Pasaré a recogerte.

—Perfecto.

—¿A las doce?

—Me parece bien.

Silencio. Y de pronto ninguno parecía saber cómo terminar aquella conversación.

Lo cual resultaba bastante absurdo. Éramos dos adultos. No dos adolescentes. Y aun así...

—Bueno.

—Sí.

—Supongo que...

—Sí.

Los dos nos reímos al mismo tiempo. Y eso solo empeoró las cosas.

—Esto está siendo increíblemente ridículo.

—Un poco.

—Bastante.

—Vale.

—Vale.

Dios mío. Quería desaparecer. O besarlo. O ambas cosas. Preferiblemente en ese orden.

No. No. Definitivamente no.

Mi cerebro todavía funcionaba. Más o menos.

Ethan abrió ligeramente los brazos.

—¿Nos despedimos como personas normales?

—Eso estaría bien.

—Perfecto.

Me acerqué y él hizo lo mismo. Fue un gesto simple. Natural. Un beso en la mejilla. Nada más. Nada menos. O al menos esa era la teoría.

Porque en el último segundo ambos giramos la cabeza ligeramente. Al mismo tiempo. Y el roce quedó demasiado cerca. Muchísimo, demasiado cerca. La comisura de sus labios rozó apenas mi piel. Solo un instante. Menos de un segundo. Pero mi cuerpo reaccionó como si hubiera durado una eternidad.

Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda. El corazón acelerándose. El aire desapareciendo de mis pulmones. Y cuando nos separamos... Todo fue peor.

Porque Ethan seguía allí. Muy cerca. Demasiado cerca. Y me estaba mirando.

Dios. Me estaba mirando con una intensidad que me dejó completamente inmóvil.

Sus ojos grises parecían más oscuros bajo la luz de la tarde. Más profundos. Más peligrosos.

Durante una fracción de segundo tuve la sensación de que iba a decir algo. O hacer algo.

Algo que cambiaría completamente aquella tarde. Pero no ocurrió. Simplemente seguimos mirándonos. Y aquello ya era suficientemente devastador.

—Nos vemos el sábado.

Su voz sonó más grave de lo habitual. O quizá fue mi imaginación.

—Sí.

Mi voz tampoco sonó exactamente normal. Fantástico. Él sonrió. Una sonrisa sutil. Y después dio un paso atrás.

—Cuídate, Olivia.

—Tú también.

Lo observé alejarse y odié lo mucho que me gustó hacerlo.

Porque incluso caminando tenía una seguridad tranquila que resultaba ridículamente atractiva. Demasiado atractiva. Muchísimo.

Cuando desapareció entre la gente, seguí allí unos segundos. Intentando recuperar el control de mi sistema nervioso. Sin éxito. Absolutamente ninguno.

—*Esto es una locura.*

Me puse en marcha. Y apenas había recorrido media manzana cuando sonó mi teléfono. Ni siquiera necesité mirar la pantalla. Sabía perfectamente quién era.

—Hola, Harper.

—¿Qué ha pasado?

Parpadeé.

—¿Perdón?

—¿Qué ha pasado?

—¿Por qué asumes que ha pasado algo?

—Porque te conozco desde hace quince años.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Tu voz.

Suspiré.

—Odio que seas periodista.

—Y yo adoro que seas incapaz de mentirme.

Sonreí, porque tenía razón. Como siempre. Maldita sea.

—Me he encontrado con Ethan.

Silencio. Un silencio muy corto. Demasiado corto.

—Oh.

—Harper.

—Oh.

—Harper.

—Oh.

Cerré los ojos.

—Por favor.

—Cuéntamelo todo.

—No hay nada que contar.

—Olivia.

—Lo digo en serio.

—Y yo también.

—Hemos hablado.

—Ajá.

Tomando un café.

—Ajá.

—Conocido a su tía por videollamada.

Silencio.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿La tía ya está involucrada?

—Harper...

—Dios mío.

—No empieces.

—¿La tía te ha gustado?

—Sí.

—¿Y tú le has gustado a ella?

—Creo que sí.

—Perfecto.

—No.

—Sí.

—No.

—Olivia.

—¿Qué?

—Esto va muy rápido.

—No va a ninguna parte.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Y yo también.

—Harper.

—Olivia.

Suspiré. Porque discutir con ella era tan inútil como discutir con Rachel. Y eso resultaba profundamente preocupante.

—Me ha invitado a comer el sábado.

Hubo exactamente tres segundos de silencio. Después:

—Voy a ser la madrina de vuestro primer hijo.

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Estás completamente loca.

—Probablemente.

—Definitivamente.

—Aun así.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Me llevé una mano a la frente.

—Solo voy a conocer a su tía.

—Claro.

—Eso es todo.

—Por supuesto.

—Harper.

—Olivia.

—No pienso tener hijos con un hombre con el que he tomado un café.

—Todavía.

—Voy a colgar.

—Ese hombre te gusta muchísimo.

Mi silencio me traicionó.

—Ajá.

—No hagas eso.

—Lo estás haciendo tú sola.

—Ni siquiera has intentado negarlo.

—Porque eres imposible.

—Porque tengo razón.

Resoplé. Y ella soltó una carcajada triunfal.

—Escúchame bien.

—Miedo me das.

—Ese hombre te va a poner el mundo patas arriba.

—Qué exagerada eres.

—Y probablemente te va a dejar las piernas temblando.

—¡Harper!

Su carcajada resonó al otro lado del teléfono.

—Lo siento.

—No lo sientes.

—Ni un poco.

—Lo sabía.

Seguía riéndose. Y yo también terminé haciéndolo. Porque era imposible no hacerlo.

—Estás fatal.

—Lo sé.

—Muy fatal.

—Lo sé.

—Te quiero.

Aquello suavizó inmediatamente mi sonrisa.

—Yo también te quiero.

—Llámame después de la comida del sábado.

—Harper...

—Necesitaré todos los detalles.

—Adiós.

—Primer hijo.

—Adiós.

—Madrina.

—¡Adiós!

Colgué. Y el silencio regresó. Pero esta vez era distinto. Más ligero. Más cálido. Más peligroso.

Guardé el teléfono y seguí caminando. La ciudad seguía brillando a mi alrededor.

Los coches. Las luces. La gente. Todo exactamente igual. Y, sin embargo, yo me sentía diferente. Porque no podía dejar de pensar en Ethan.

En su sonrisa. En sus ojos. En la forma en que hablaba de sus padres. En la ternura con la que hablaba de Rachel. En aquel casi beso. En aquella mirada. Y en la sensación extraña que aparecía cada vez que estaba cerca de él.

Una sensación que no se parecía a nada que hubiera sentido antes.

Resoplé negando con la cabeza. Harper estaba loca. Completamente loca. Rematadamente loca. Y lo del primer hijo era una absoluta barbaridad.

Una ridiculez. Una exageración monumental. Sonreí sola mientras caminaba. Porque mi mejor amiga siempre había estado loca de atar. Y porque, por primera vez en mucho tiempo, la idea del sábado consiguió que mi corazón acelerara el paso.

No por miedo. Ni por ansiedad. Ni por obligación. Sino por algo mucho más sencillo.

Porque estaba deseando volver a verlo.

Capítulo 18



Ethan

Había abierto el mismo correo electrónico siete veces. Siete. Y seguía sin saber qué demonios decía.

Lo observé. Parpadeé. Volví a leer la primera línea. Después la segunda. Y cuando llegué a la tercera, me di cuenta de que mi cerebro había decidido abandonar cualquier intento de colaboración. Otra vez.

Suspiré. Me recosté en la silla. Miré por la ventana de mi despacho. Nueva York seguía exactamente donde la había dejado. Impresionante. Caótica. Inmensa. Y completamente incapaz de distraerme de una mujer de ojos verdes.

Una mujer que llevaba instalada en mi cabeza desde el día anterior. Lo cual era un problema. Un problema considerable. Porque normalmente yo era bueno concentrándome. Muy bueno.

Era una de las razones por las que mi empresa funcionaba. Podía pasar horas trabajando sin distraerme. Sin perder el hilo. Sin dejarme arrastrar por cosas irrelevantes.

Pero Olivia Hart estaba demostrando tener un talento especial para arruinar años de disciplina.

Miré el reloj. Treinta y dos minutos.

Treinta y dos minutos con el mismo correo abierto. Treinta y dos minutos sin avanzar una sola línea. Treinta y dos minutos pensando en una sonrisa. Fantástico. Absolutamente fantástico.

Me pasé una mano por la cara y el problema fue que aquello solo empeoró las cosas.

Porque en cuanto cerré los ojos, recordé el momento exacto en el que nos despedimos.

El roce accidental. La cercanía. La forma en que me había mirado después. Y aquella sonrisa. Dios. Aquella sonrisa.

No importaba cuántas veces intentara concentrarme. Siempre volvía a ella.

A la librería. Al café. A Rachel, convirtiendo mi dignidad en cenizas durante una videollamada. Y a Olivia riéndose.

Porque llevaba demasiado tiempo sin escuchar una risa que me gustara tanto.

La puerta del despacho se abrió sin llamar. Por supuesto. Solo una persona hacía eso.

—Tienes cara de haber dormido fatal.

Ni siquiera levanté la vista.

—Buenos días, Chloe.

—Oh, no.

—¿Qué?

—Ha dicho «buenos días» como una persona educada. Eso significa que está enamorado.

Levanté la cabeza.

—No estoy enamorado.

—Perfecto. Ya hemos llegado a esa fase.

—¿Qué fase?

—La de negarlo desesperadamente.

Entró en el despacho con un café en una mano y una carpeta en la otra. Se sentó frente a mí. Y sonrió.

Esa sonrisa. La que siempre significaba problemas.

—Cuéntamelo todo.

—No hay nada que contar.

—Ethan.

—Chloe.

—Ethan.

—Chloe.

—Voy a seguir repitiéndolo hasta que hables.

—Eso suena agotador.

—Tengo energía de sobra.

La observé. Y comprendí inmediatamente que no iba a librarme. Otra vez.

—Tomamos un café.

—Ajá.

—Y conoció a Rachel.

—¿Conoció a Rachel?

—Por videollamada.

Chloe dejó la carpeta sobre la mesa. Despacio. Demasiado despacio.

—¿Tu tía Rachel?

—Solo conozco una.

—Dios mío.

—Sí.

—Dios mío.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—¿Tu tía la conoció?

—Sí.

—¿Y sobreviviste?

—Por poco.

Chloe soltó una carcajada.

—Esto es maravilloso.

—No lo es.

—Lo es muchísimo.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Y el sábado comemos con ella.

—No me puedo creer que haya ocurrido tan rápido.

—No está ocurriendo nada.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Y yo también.

—Chloe.

—Ethan.

Suspiré. Porque aquello empezaba a resultar familiar. Demasiado familiar.

—Solo somos amigos.

—Claro.

—Nos estamos conociendo.

—Por supuesto.

—No hay nada más.

—Naturalmente.

—¿Por qué eres así?

—Porque alguien tiene que divertirse aquí.

Me lancé hacia el respaldo de la silla.

—Olivia y yo somos de mundos completamente distintos.

Por primera vez, ella dejó de bromear. Solo un poco.

—Eso es una tontería.

—No lo es.

—Lo es.

—Chloe...

—No.

Se inclinó hacia delante.

—Tú ves fama.

—Porque es famosa.

—Y ella ve a Ethan.

Aquello me hizo callar. Porque una parte de mí sabía exactamente lo que quería decir.

Desde el principio, Olivia me había tratado como si fuera simplemente yo. No el dueño de una empresa. No alguien que pudiera ofrecerle algo. Simplemente yo.

Y era extraño lo mucho que aquello importaba.

—Aun así...

—No.

—Chloe.

—No.

—No funcionaría.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Argumento impresionante.

—Lo sé.

Ella sonrió.

—La verdad es que te da miedo.

—No me da miedo.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

La miré. Ella me sostuvo la mirada. Y después sonrió lentamente. Como si acabara de tener una idea. Lo cual era una señal terrible.

—Te lo advierto.

—No me gusta cómo empieza eso.

—O te la ligas tú...

—Chloe.

—O me la ligo yo.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Estás loca.

—Muchísimo.

—No vas a ligarte a Olivia.

—¿Y quién va a impedírmelo?

—Olivia.

—Eso ha sonado ofensivo.

—Porque lo era.

—Pues te aseguro que podría conquistarla.

—No.

—Sí.

Negó con la cabeza teatralmente.

—Y además estoy convencida de que podría hacerla ver estrellas mucho mejor que tú.

Me quedé mirándola.

—¿Qué demonios te pasa?

—Nada.

—Nada.

—Absolutamente nada.

—Chloe.

—Solo digo que quizá debería darle una oportunidad a una pelirroja encantadora.

—Estás delirando.

Ella elevó las cejas. Y entonces comprendí exactamente lo que estaba haciendo.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué?

—Lo estás haciendo a propósito.

—¿El qué?

—Intentar ponerme celoso.

La sonrisa que apareció en su cara fue inmediata.

—Me encanta.

—No.

—Sí.

Se levantó, recogió la carpeta y caminó hacia la puerta.

—Celoso de Daniel Blake.

—No estaba celoso.

—Y ahora celoso de mí.

—No estoy celoso de ti.

—Esto va a ser divertidísimo.

—Chloe.

—Nos vemos luego, Romeo.

Y desapareció antes de que pudiera responder.

La puerta se cerró, y el silencio regresó al despacho.

Me quedé observándola durante unos segundos. Después negué con la cabeza. Porque estaba completamente loca. Absolutamente. Sin remedio. Y aun así... Había algo que no podía quitarme de encima.

El sábado. Volvería a verla el sábado. Y cuanto más lo pensaba, más claro tenía que jamás debería haber permitido aquella videollamada.

Rachel había sido demasiado rápida. Olivia, demasiado encantadora. Y yo demasiado idiota para detener ninguna de las dos cosas.

Volví a mirar el correo intentando recuperar la concentración. Esta vez de verdad.

Leí la primera línea. La segunda. La tercera. Y entonces el teléfono vibró. Automáticamente miré la pantalla. Y mi corazón reaccionó antes que mi cerebro. Porque el nombre que apareció hizo que todo lo demás dejara de importar.

Olivia.

Una sonrisa apareció en mi cara antes incluso de abrir el mensaje. Y aquello ya era una respuesta bastante preocupante.

Porque significaba que Chloe iba a disfrutar muchísimo cuando se enterara. Por suerte, no pensaba contárselo. Jamás.

Abrí la conversación. Y leí.

Olivia: *¿Tu tía ha sobrevivido a la emoción de conocerme?*

Me reí. Literalmente. Solo. En mitad del despacho. Como un imbécil.

Miré la pantalla unos segundos antes de responder.

Ethan: *Creo que no.*

La respuesta llegó casi inmediatamente.

Olivia: *¿Tan grave es?*

Ethan: *Me ha enviado tres mensajes esta mañana.*

Olivia: *Eso no parece tan terrible.*

Ethan: *Los tres tenían tu nombre.*

La burbuja apareció de inmediato.

Olivia: *Oh, Dios mío.*

Ethan: *Uno decía literalmente: «No la estropees».*

La respuesta tardó unos segundos. Y cuando llegó, me hizo sonreír todavía más.

Olivia: *Me cae bien tu tía.*

Ethan: *Eso es porque aún no la conoces lo suficiente.*

Olivia: *Creo que tú tampoco la conoces lo suficiente.*

Solté una carcajada, porque aquello sonaba exactamente a algo que Rachel diría.

Me apoyé contra el respaldo de la silla. Olvidándome completamente del correo. Otra vez.

Ethan: *No deberías ponerte de su lado.*

Olivia: *Ya es demasiado tarde.*

Ethan: *Traidora.*

Olivia: *Lo siento.*

Ethan: *No lo sientes.*

Olivia: *No mucho.*

Negué con la cabeza todavía sonriendo. Y de pronto me di cuenta de algo.

Llevábamos apenas unos minutos escribiéndonos. Y ya me sentía más relajado que durante toda la mañana. Era extraño. Muy extraño. Porque normalmente hablar con alguien requería energía. Atención. Esfuerzo.

Con Olivia no. Parecía fácil. Natural. Como respirar.

Ethan: *¿No deberías estar trabajando?*

La respuesta llegó enseguida.

Olivia: *Técnicamente, sí.*

Ethan: *¿Técnicamente?*

Olivia: *Estoy escondida en mi camerino.*

Ethan: *Eso no cuenta como trabajar.*

Olivia: *Estoy leyendo un guion.*

Ethan: *¿Y lo estás leyendo?*

Olivia: *No.*

Sonreí.

Ethan: *Entonces no estás trabajando.*

Olivia: *No me juzgues.*

Ethan: *Estoy juzgándote muchísimo.*

Olivia: *Qué decepción.*

Ethan: *Tengo estándares.*

Olivia: *Dice el hombre que tarda treinta minutos en leer un correo.*

Me quedé inmóvil. Completamente inmóvil. Mirando la pantalla. ¿Cómo demonios...?

Ethan: *¿Cómo sabes eso?*

La respuesta tardó un poco más. Y cuando llegó, tuve que volver a reírme.

Olivia: *Porque apostaría dinero a que llevas toda la mañana intentando concentrarte y no lo consigues.*

Me pasé una mano por la cara. Maldita sea. Porque había acertado. De lleno.

Ethan: *Empiezo a pensar que eres peligrosa.*

Olivia: *Eso me han dicho alguna vez.*

Ethan: *Lo creo.*

La conversación se ralentizó unos segundos. No de forma incómoda. Simplemente tranquila.

Y cuando volvió a aparecer un mensaje suyo, el tono había cambiado ligeramente. Solo un poco.

Olivia: *Gracias por ayer.*

Leí aquellas tres palabras varias veces. Despacio. Porque algo en ellas parecía más importante de lo que debería.

Ethan: *No tienes que darme las gracias.*

Olivia: *Sí las tengo.*

Esperé. Y llegó otro mensaje.

Olivia: *Necesitaba una tarde normal.*

Aquello me hizo detenerme. Porque entendí exactamente lo que quería decir. Más de lo que ella imaginaba.

Miré por la ventana. Pensando en la forma en que había sonreído en la cafetería. En cómo parecía relajarse cuando nadie la observaba. En cómo se olvidaba durante unos minutos de ser Olivia Hart.

La estrella. La actriz. La mujer que aparecía constantemente en todas partes. Y simplemente era Olivia.

Ethan: *Me alegro de haber ayudado.*

Pasaron unos segundos. Después apareció otro mensaje.

Olivia: *Lo hiciste.*

Y algo en mi pecho se tensó. Extrañamente. Porque aquella frase sonaba sincera. Completamente sincera.

Capítulo 19



Ethan

Me quedé observándolo sin escribir nada. Pensando. Porque la verdad era que yo también había necesitado aquella tarde.

Más de lo que había admitido. Más de lo que probablemente admitiría nunca.

Desde la muerte de mis padres había aprendido a depender de mí mismo. Del trabajo, de las rutinas, de los horarios. De las cosas que podía controlar.

Y Olivia… Olivia era exactamente lo contrario.

Imprevisible, espontánea y complicada. Y, aun así, cuando estaba con ella, las cosas parecían más simples.

Mi teléfono volvió a vibrar.

Olivia: *¿Sigues ahí?*

Sonreí.

Ethan: *Sí.*

Olivia: *Pensé que te habías cansado de mí.*

Se me escapó una breve risa.

Ethan: *Imposible.*

El mensaje salió antes de que pudiera pensarlo demasiado. Y en cuanto lo envié, me quedé mirando la pantalla.

Porque aquello había sonado bastante más sincero de lo que pretendía. Mucho más.

Durante varios segundos no apareció ninguna respuesta, y por alguna razón eso me puso nervioso.

Hasta que finalmente llegó.

Olivia: *Me alegra saberlo.*

Leí aquella frase. Luego otra vez. Y una tercera. Porque había algo cálido en ella. Algo que me hizo imaginarla sonriendo mientras escribía.

Y aquella imagen resultó peligrosamente agradable. Muy peligrosamente agradable.

De repente pensé en lo que Chloe había dicho. En Rachel. En Daniel Blake. En todos los titulares sin sentido que había leído.

Y después pensé en Olivia. En la Olivia de verdad. No en la actriz. No en la celebridad. No en la mujer que aparecía en las portadas.

Solo en Olivia. La mujer que se escondía en librerías. La que discutía sobre poesía. La que parecía sentirse sola incluso rodeada de millones de personas.

Y me pregunté qué estaba buscando realmente. Porque quizá yo estaba complicándolo todo. Quizá no había ninguna historia romántica escondida. Quizá no había segundas intenciones.

Tal vez Olivia simplemente necesitaba algo que llevaba demasiado tiempo sin tener. Normalidad. Una amistad sincera. Una persona con la que pudiera hablar sin filtros. Sin periodistas. Sin cámaras. Sin expectativas.

Y si era eso, si era eso lo que buscaba Olivia, entonces tenía que tener cuidado. Porque cuanto más hablaba con ella, más difícil me resultaba fingir que para mí también era solo eso.

Una amistad. Algo sencillo. Algo fácil. Porque la realidad era mucho más incómoda.

La realidad era que llevaba desde el día anterior pensando en ella. En su sonrisa, en sus ojos, en la forma en que había pronunciado mi nombre. Y en cómo me había sentido cuando nos despedimos.

Y ninguna de aquellas cosas tenía absolutamente nada que ver con la amistad.

Mi teléfono vibró una vez más.

Olivia: *Por cierto.*

Ethan: *¿Sí?*

Olivia: *Rachel me ha enviado una solicitud en Instagram.*

Cerré los ojos lentamente y suspiré, porque sabía exactamente lo que significaba. Y porque, de repente, tuve la certeza absoluta de que mi tía iba a convertir mi vida en un infierno.

La respuesta de Olivia llegó antes de que pudiera escribir nada.

Olivia: *Creo que me ha adoptado antes del sábado.*

Y por primera vez en toda la mañana olvidé por completo el trabajo. Y simplemente me eché a reír.

Porque Rachel acababa de empezar su propia guerra particular en Instagram, y el campo de batalla iba a ser Olivia Hart.

Perfecto. Absolutamente perfecto.

Volví a mirar el chat.

Ethan: *Estoy empezando a pensar que deberíamos esconderte de mi tía.*

Olivia: *¿Es una amenaza?*

Ethan: Es una estrategia de supervivencia.

Olivia: *Llego tarde.*

Ethan: *Siempre es tarde con Rachel.*

Olivia: *Me cae cada vez mejor.*

Negué con la cabeza. Aquello era peligroso. Muy peligroso. Porque Rachel tenía la capacidad de convertir a cualquiera en su aliado en cuestión de minutos.

Incluso a personas que acababan de conocerla. Incluso a Olivia Hart.

Respiré hondo, y antes de pensarlo demasiado, escribí:

Ethan: *Te advierto que, si te unes a ella, pierdo toda autoridad en mi propia familia.*

La respuesta llegó casi al instante.

Olivia: *Me parece que ya la has perdido.*

Solté una carcajada, porque probablemente era cierto. Y lo peor era que no me importaba tanto como debería.

Me recliné en la silla y miré el correo abierto. Seguía allí, abandonado, ignorado. Como si fuera un problema de otra persona.

Suspiré y decidí que ya daba igual.

Lo cerré por completo y, por primera vez en horas, sentí la mente un poco más ligera.

El teléfono vibró otra vez.

Olivia: *¿Siempre eres así de dramático o solo cuando te manipulan tus tías?*

Ethan: *Solo los martes.*

Olivia: *Qué alivio. Hoy no es martes.*

Ethan: *Es peor. Hoy es día de Rachel.*

Olivia: *Suena a evento oficial.*

Ethan: *Lo es.*

Olivia: *Me gusta.*

Y ahí estaba otra vez esa palabra. «Me gusta». Demasiado simple e inocente, pero muy eficaz.

Porque Olivia tenía una forma de decir las cosas que hacía que parecieran importantes incluso cuando no deberían serlo.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos y entonces me di cuenta de algo. No había tensión, ni esfuerzo, ni siquiera había esa incomodidad típica de conocer a alguien nuevo.

Solo conversación, una fácil y fluida, como si nos conociéramos desde hacía más tiempo del que realmente era cierto.

Y eso no era normal, en absoluto.

El teléfono vibró de nuevo.

Olivia: *Oye.*

Ethan: *¿Sí?*

Olivia: *¿Te molesta que te escriba tanto?*

Parpadeé. Esa pregunta me pilló completamente desprevenido. Porque la respuesta era tan obvia que me resultó absurda.

Ethan: *No.*

Olivia: *Has tardado en responder.*

Me reí.

Ethan: *Estaba pensando.*

Olivia: *Eso suena sospechoso.*

Ethan: *Es la verdad.*

Olivia: *¿En qué pensabas?*

Me quedé mirando la pantalla demasiado tiempo. Porque la respuesta correcta era demasiado complicada. Así que elegí una versión más sencilla.

Ethan: *En que tienes razón, y Rachel te va a adoptar oficialmente antes del sábado.*

Olivia: *Eso no responde a mi pregunta.*

Ethan: *Evito preguntas peligrosas.*

Olivia: *Cobarde.*

Solté una risa baja. Esa mujer tenía una precisión alarmante.

Ethan: *¿Siempre eres así de directa?*

Olivia: *Solo los martes.*

Ethan: *Hoy no es martes.*

Olivia: *Lo sé.*

Ethan: *Entonces no tienes excusa.*

Olivia: *No la necesito.*

Me pasé la mano por el pelo intentando no pensar demasiado. Pero era demasiado tarde, porque ya estaba pensando.

En ella. En su forma de escribir, en su forma de preguntar, en su forma de aparecer en mi vida, como si siempre hubiera tenido un sitio reservado ahí.

Y eso era lo que me inquietaba. No su fama, ni su mundo, ni los titulares. Si no la facilidad y la naturalidad que tenía. Como si todo encajara demasiado bien para ser casualidad.

Mi teléfono vibró otra vez.

Olivia: *Ethan.*

Ethan: *¿Sí?*

Olivia: *Estás tardando mucho en contestar otra vez.*

Sonreí.

Ethan: *Estoy trabajando.*

Olivia: *Mentira.*

Me reí, porque tenía razón.

Ethan: *Me has pillado.*

Olivia: *Soy buena en eso.*

Ethan: *Empiezo a notar un patrón.*

Olivia: *Soy observadora.*

Ethan: *Eso es peligroso.*

Olivia: *Tú también eres peligroso.*

Me quedé inmóvil leyendo aquella frase. Dos veces. Tres. Porque no sabía si era broma o algo más.

Decidí responder con cuidado.

Ethan: *¿En qué sentido?*

La respuesta tardó un poco más. Y cuando llegó, fue más suave. Menos bromista y honesta.

Olivia: *En el sentido de que me haces olvidar que estoy trabajando.*

Aquello me golpeó de una forma extraña y directa. Porque no era una frase de coqueteo. Era algo más real.

Me apoyé en la mesa mirando el teléfono como si pudiera entenderlo mejor así. Y entonces respondí.

Ethan: *Eso no es necesariamente bueno.*

Olivia: *Depende.*

Ethan: *¿De qué?*

Olivia: *De si te gusta o no que pase.*

Tragué saliva, porque esa pregunta era exactamente la que no quería contestar.

No porque no supiera la respuesta, sino porque sí la sabía. Demasiado bien.

Ethan: *Aún no lo sé*.

Mentira, una piadosa, pero mentira, al fin y al cabo.

Olivia tardó unos segundos y cuando volvió a escribir, lo hizo con un tono completamente distinto. Más ligero otra vez, como si hubiera decidido no empujar más.

Olivia: *Vale. Entonces seguiré distrayéndote hasta que lo sepas.*

Solté una risa corta negando con la cabeza. Esa mujer era incorregible.

Ethan: *Eso suena como una amenaza.*

Olivia: *Es una promesa.*

Me quedé mirando la pantalla y algo en el pecho se me apretó ligeramente, porque había algo en ella que no intentaba forzar nada, y tampoco lo exigía. Simplemente estaba ahí.

Y eso era precisamente lo que lo hacía más difícil.

Mi teléfono vibró una última vez.

Olivia: *Tengo que volver al guion antes de que mi representante me mate.*

Ethan: *Haría bien en hacerlo.*

Olivia: *Sí, sí.*

No la veía, pero podía imaginarla en ese momento volteando los ojos.

Olivia: *Ethan.*

Ethan: *¿Sí?*

Olivia: *Me alegro de haberte conocido.*

Me quedé quieto, completamente quieto, leyendo aquellas palabras. Sin moverme. Sin respirar. Porque eran simples, directas y peligrosamente sinceras.

Finalmente, respondí.

Ethan: *Yo también.*

Y durante unos segundos no hubo nada más, solo el silencio del despacho y el eco de una conversación que no debería importarme tanto como me importaba.

Apoyé el teléfono sobre la mesa y miré hacia la ventana. Nueva York seguía ahí, imponente, inmensa e indiferente. Y aun así yo sentía que algo había cambiado.

Algo irreversible. Porque por mucho que intentara convencerme de que Olivia solo buscaba una amistad, había una parte de mí que no se lo creía.

Y otra parte, la más peligrosa, que tampoco quería que fuera verdad.

Capítulo 20



Olivia

El sábado llegó antes de lo que esperaba. Y eso ya era preocupante.

Porque significaba que llevaba dos días pensando demasiado en Ethan Cole. Demasiado.

Intenté convencerme de que era por la comida con Rachel, por supuesto que era por Rachel.

La mujer había conseguido enviarme cuatro mensajes en Instagram en menos de cuarenta y ocho horas. Cuatro. Y ninguno tenía sentido.

El primero era una fotografía de Ethan cuando tenía ocho años disfrazado de pirata. El segundo era una receta. El tercero era una foto de un perro.

Y el cuarto simplemente decía: *«No hagas caso a Ethan. Siempre ha sido demasiado serio».*

Yo ya adoraba a aquella mujer.

Estaba terminando de colocarme unos pendientes cuando sonó el telefonillo.

Mi corazón reaccionó antes que mi cerebro. Y eso era profundamente irritante.

—*Ridículo* —murmuré. Pero aun así sonreí.

Cogí el bolso, me puse las gafas de sol y la gorra, y me recogí el pelo en una coleta baja. Mi habitual disfraz para intentar moverme por Nueva York sin llamar demasiado la atención.

No siempre funcionaba, pero ayudaba.

Bajé en el ascensor, atravesé el elegante vestíbulo del edificio y entonces lo vi.

Ethan estaba apoyado junto a su coche. Llevaba vaqueros oscuros, camisa azul remangada y gafas de sol, y su aspecto era relajado, como si hubiera nacido para protagonizar anuncios de coches deportivos.

Levantó la cabeza al verme acercarme y sonrió. Dios, aquella sonrisa…

Antes de que pudiera decir nada, se acercó y ocurrió algo completamente inesperado.

Me quitó las gafas de sol, después la gorra, y finalmente soltó la goma que sujetaba mi coleta, haciendo que el cabello cayera sobre mis hombros.

Parpadeé completamente desconcertada. Ethan retrocedió un paso para observarme y después asintió satisfecho.

—Así estás mejor.

Me guiñó un ojo y noté inmediatamente cómo se calentaban mis mejillas.

—Ahora pueden reconocerme.

—¿Y?

—Ethan...

Él abrió la puerta del coche.

—Si vas a salir a la calle con miedo de que alguien te reconozca, entonces deberías quedarte encerrada en casa.

Fruncí el ceño.

—Qué dramático.

—Como Rapunzel en una torre.

—No soy Rapunzel.

—Tienes el pelo para ello.

—Ethan.

—Y probablemente mejores diálogos.

No pude evitar reírme. Porque era imposible discutir con él cuando estaba de ese humor.

—Eres imposible.

—Eso ya me lo han dicho.

Me hizo un gesto hacia el asiento del copiloto.

—Sube.

Entré en el coche y mientras rodeaba el capó para sentarse al volante, me descubrí observándolo.

Caminaba con aquella seguridad tranquila tan suya, sin esfuerzo, sin arrogancia, de manera natural. Y una idea que me pareció absurda apareció en mi cabeza.

Si hubiera querido, podría haber sido actor sin ninguna dificultad. Tenía el aspecto, la presencia y el carisma. Habría encajado perfectamente como galán en cualquier comedia romántica. Y probablemente habría roto más corazones de los que ya rompía sin proponérselo.

Cuando se sentó al volante, me obligué a mirar por la ventanilla. Por pura dignidad.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

—Mentira.

—No estaba pensando nada.

—Mentira otra vez.

Arrancó el coche y sonrió para sí mismo, como si supiera exactamente que estaba ganando aquella discusión imaginaria.

—Te advierto una cosa.

Lo miré.

—¿Qué?

—Rachel.

—¿Qué pasa con Rachel?

—Es intensa.

—Ya me he dado cuenta.

—No. No te has dado cuenta.

—Sí.

—No.

—Sí.

Negó con la cabeza.

—Olivia, puede aparecer con cualquier cosa.

—Me cayó muy bien.

—Eso es precisamente lo preocupante.

Solté una carcajada.

—Creo que nos llevaremos perfectamente.

—Lo sé.

—¿Y?

—Que ahora sois dos.

—Pobrecito.

—Exacto.

Sonreí, y por alguna razón, aquella conversación consiguió relajarme. Como siempre ocurría cuando estaba con él.

Durante unos minutos hablamos del trabajo. De los rodajes, de la película de Daniel Blake, y entonces apareció inevitablemente el tema de los rumores. Otra vez.

—Siguen insistiendo —dije.

—¿Con Daniel?

—Sí.

Resoplé.

—No se rinden.

—Los titulares venden.

—Ya.

—¿Siguen diciendo que hay algo entre vosotros?

—Constantemente.

Negué con la cabeza.

—Seguirán hasta que se cansen.

Ethan permaneció en silencio unos segundos, y después dijo:

—O hasta que te vean con alguien en una relación de verdad.

Giré la cabeza lentamente hacia él, frunciendo el ceño.

Ethan seguía mirando la carretera como si no acabara de soltar aquella frase. Esperé, pero no añadió nada más.

Ni una explicación, ni una sonrisa, ni una broma. Nada. Y por alguna razón tampoco pregunté. Simplemente volví la vista hacia la ventanilla, observando el paisaje, mientras una sensación extraña se instalaba en mi pecho.

El resto del trayecto transcurrió en un silencio tranquilo, lleno de pensamientos que ninguno de los dos parecía dispuesto a compartir. Y cuanto más nos alejábamos de Manhattan, más hermoso se volvía el paisaje.

Hasta que finalmente apareció el océano. Azul, inmenso y brillante bajo el sol. Y poco después vi la casa.

Una preciosa vivienda junto a la costa, con amplios ventanales, terraza de madera y vistas directas al mar.

—Vaya.

Ethan sonrió.

—Sí.

—Es preciosa.

—Rachel está convencida de que vive en un anuncio de verano.

—¿Y no es así?

—Un poco.

Antes de que pudiera decir nada más, la puerta principal se abrió y Rachel salió disparada hacia nosotros. Literalmente.

—¡Olivia!

Me eché a reír, porque aquella mujer tenía exactamente la misma energía que en la videollamada. Quizá más. Muchísima más.

Y antes de que pudiera reaccionar, ya me estaba abrazando como si nos conociéramos desde hacía años.

—Qué alegría verte.

—Yo también me alegro de verte —dije, sonriendo.

—Eres todavía más guapa en persona.

—Rachel...

—¿Qué?

—Han pasado tres segundos.

—Y ya tengo razón.

Detrás de ella escuché a Ethan suspirar.

—Este va a ser un día muy largo.

Rachel me pasó un brazo por los hombros.

—Ignóralo.

—Lo intento.

—Perfecto.

Y juntas entramos en la casa, mientras Ethan nos seguía con expresión resignada. Como un hombre que acababa de comprender que había perdido completamente el control de la situación.

Y quizá lo había perdido mucho antes de darse cuenta.

La casa era exactamente como imaginaba que sería. Acogedora, luminosa, llena de vida y completamente distinta a mi ático.

No porque fuera más grande, ni más lujosa ni más impresionante, sino porque allí había algo que el mío no tenía. Sensación de hogar.

Se notaba en cada rincón. En las fotografías apoyadas sobre los muebles, en las mantas dobladas sobre el sofá, en las plantas de la terraza, en el olor a comida recién hecha que llenaba toda la casa.

Rachel me llevó directamente a la cocina.

—Quiero que sepas una cosa.

—Me das miedo cuando empiezas así.

—Hoy he cocinado desde las siete de la mañana.

Parpadeé.

—¿Desde las siete?

—Sí.

—Rachel...

—No acepto críticas.

—Ni siquiera he probado nada.

—Por eso mismo.

Solté una carcajada. A mi lado, Ethan dejó las llaves sobre la encimera.

—Lleva dos días hablando de este almuerzo.

—Porque es importante.

—¿Por qué?

Rachel me señaló.

—Porque vienes tú.

Noté cómo me ardían ligeramente las mejillas.

—Eso es muy amable.

—No es amabilidad.

—¿No?

—No, cariño. Es la verdad.

—Tía.

—¿Qué?

—Vas a asustarla.

—Imposible.

Y dicho aquello, me agarró del brazo, como si me conociera desde hacía años, y me enseñó el resto de la casa.

El salón, la biblioteca, la terraza, la habitación donde Ethan había vivido durante parte de su adolescencia, y aquello resultó ser un error. Porque Rachel encontró una caja.

Y cuando Rachel encontraba una caja llena de recuerdos, el mundo entero estaba condenado.

—Oh, esto es maravilloso.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Ethan ya parecía resignado. Yo estaba encantada. Rachel sacó una fotografía. Después, otra. Y otra más.

—Mira esto.

Cogí la imagen y tuve que taparme la boca para no reírme.

—Dios mío.

Ethan cerró los ojos.

—No.

—¿Es Ethan?

—Lamentablemente.

La fotografía mostraba a un Ethan de unos trece años, con aparato dental, el pelo demasiado largo y una camiseta imposible de describir sin cometer un delito contra la moda.

—Eras adorable.

—Gracias por humillarme.

—No te estoy humillando.

—Lo estás disfrutando.

—Muchísimo.

Rachel me dio otra fotografía.

—Esta es mejor.

—Rachel...

—Calla.

Miré la imagen y esta vez sí me eché a reír. Porque aparecía cubierto de barro de pies a cabeza. Completamente irreconocible.

—¿Qué ocurrió?

Rachel parecía feliz, demasiado feliz.

—Intentó construir una rampa para bicicletas.

—Tenía catorce años.

—Y terminó atravesando un charco enorme.

—Fue un accidente.

—Claro.

—Lo fue.

—Por supuesto.

Yo seguía riéndome, y Ethan me lanzó una mirada que no estaba segura de si debería haberme intimidado, o excitado.

—No ayudas.

—Lo siento.

—Mentira.

—Un poco.

Rachel dio una palmada.

—¡Y aún no hemos llegado a la adolescencia!

—Dios mío.

—Exacto.

—Voy a marcharme.

—No te atreverás.

—Estoy valorándolo.

—Siéntate.

Y sorprendentemente obedeció. Lo que provocó mi siguiente carcajada. Porque nunca imaginé que Ethan Cole obedeciera órdenes tan fácilmente.

—Tu tía tiene superpoderes.

—Llevo treinta y cinco años diciéndolo.

Rachel parecía encantada.

—Por fin alguien inteligente.

La comida fue incluso mejor.

La mesa estaba puesta junto a unos enormes ventanales desde los que se veía el mar. La brisa entraba suavemente y se veían las olas rompiendo a lo lejos.

Y por primera vez en mucho tiempo me sentí completamente relajada de verdad.

Sin cámaras, sin periodistas, sin rumores, sin fotógrafos escondidos detrás de algún arbusto. Solo una comida normal.

Y aquello seguía siendo algo extraordinario para mí.

Rachel me sirvió una segunda ración antes siquiera de terminar la primera.

—Rachel...

—Necesitas comer.

—Estoy comiendo.

—Más.

—Eso ha sonado amenazador.

—Lo era.

Ethan negó con la cabeza.

—Bienvenida a mi infancia.

—Ahora lo entiendo todo.

—¿Verdad?

—Muchísimas cosas.

Rachel sonrió satisfecha, y después empezó a contar historias, muchas historias.

Historias de Ethan cuando era pequeño, de cuando tenía siete años, de cuando tenía diez, de cuando tenía quince. Y cada una parecía más vergonzosa que la anterior.

—Era un niño muy serio.

—No era serio.

—Lo eras.

—No.

—Sí.

—No.

Me reí. Porque aquella discusión era exactamente igual que todas las que teníamos nosotros. Y entonces Rachel sonrió.

—Aunque la única persona que conseguía sacarlo de quicio era Chloe.

—Ah.

—Chloe es maravillosa.

Asentí.

—Eso parece.

—Durante años todo el mundo pensó que acabarían juntos.

Miré a Ethan.

—¿Sí?

Rachel asintió.

—Todo el mundo.

—Absolutamente todo el mundo.

—Casa con jardín.

—Sí.

—Dos o tres hijos.

—Correcto.

—Y unos cuantos perros.

—Por supuesto.

No pude evitar sonreír, porque sinceramente la imagen encajaba bastante bien.

—¿Y por qué nunca pasó?

Rachel abrió la boca, pero Ethan respondió primero.

—Porque a Chloe le gustas más tú que yo.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

Me eché a reír.

—¿En serio?

—Completamente.

—Vaya.

Sonreí, y después dije:

—O sea que no sois pareja porque os gustan las mismas mujeres.

Rachel soltó una carcajada tan fuerte que casi se atraganta. Yo también empecé a reír, pero entonces miré a Ethan y el aire pareció desaparecer de repente.

Porque él no estaba riéndose. Me estaba mirando directamente con una intensidad extraña y difícil de interpretar.

Sus ojos parecían más oscuros, más serios. Y por una fracción de segundo, una idea completamente absurda cruzó mi cabeza.

No podía ser. No podía gustarle de verdad. No, imposible. Absolutamente imposible.

El calor subió inmediatamente a mis mejillas, así que hice lo único que podía hacer. Cambiar de tema rápidamente.

—Rachel, la comida está increíble.

Ella sonrió inmediatamente.

—Lo sabía.

Ethan bajó la mirada hacia su plato y la tensión desapareció.

Al menos por fuera, porque por dentro… Por dentro, mi corazón seguía comportándose como un completo idiota.

Y aquello empezaba a convertirse en un problema muy serio.

Capítulo 21



Olivia

La sobremesa se alargó durante más de una hora. Y, sinceramente, no recordaba la última vez que me había divertido tanto en una comida.

Rachel tenía la capacidad de llenar cualquier silencio, y cuando no estaba hablando ella, estaba pinchando a Ethan.

Y cuando no pinchaba a Ethan, me hacía preguntas a mí.

Y cuando no hacía ninguna de las dos cosas, conseguía que los dos acabáramos riéndonos.

—Ahora entiendo por qué sobrevives tan bien a la presión.

Miré a Ethan.

—¿Por qué?

Rachel levantó una mano.

—Por mí.

—Qué humilde.

—Muchísimo.

—No me sorprende.

—Gracias, Olivia.

—No era un cumplido.

—Lo acepto igualmente.

Ethan soltó una risa, y durante unos segundos me limité a observarlos. Porque había algo increíblemente bonito en aquella relación. Algo sólido y real.

Ella lo quería con toda el alma, y él adoraba a su tía. Se veía en cada mirada, en cada gesto, en cada broma. Y una pequeña parte de mí sintió una punzada inesperada.

No de tristeza exactamente, más bien de nostalgia. De algo que nunca había tenido.

Rachel debió notar algo, porque me observó unos segundos y su expresión se suavizó un poco.

Entonces dio una palmada.

—¡Perfecto!

Los dos nos sobresaltamos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Ethan.

—La playa.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Rachel...

—Hace calor.

—Estamos bien aquí.

—No.

—Sí.

—No.

Los señalé.

—Sois exactamente iguales.

—Lo sé —respondieron los dos al mismo tiempo.

Y aquello me hizo reír otra vez.

Rachel parecía encantada.

—Os vendrá bien.

—Rachel...

—Nada de excusas.

Se giró hacia mí.

—¿Te gusta el mar?

—Mucho.

—Perfecto.

—Pero no he traído traje de baño.

Rachel hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Eso tiene solución.

—No hace falta.

—Claro que hace falta.

—De verdad.

—Tengo bikinis.

—Rachel...

—Y estoy segura de que uno te servirá.

Sentí que Ethan estaba disfrutando demasiado de aquella conversación. Muchísimo.

—No la animes.

—Yo no he dicho nada.

—Precisamente.

—Qué desconfiado eres.

Rachel ya se estaba levantando.

—Ven conmigo.

—Rachel...

—No acepto negativas.

—Empiezo a notar un patrón.

—Es una de mis mayores virtudes.

—Eso es discutible.

—No lo es.

Y antes de que pudiera seguir protestando, me llevó escaleras arriba.

Diez minutos después estaba sola en una habitación, mirándome en un espejo, y, sinceramente, aquello era absurdo.

Porque el bikini me quedaba perfecto, como si hubiera sido comprado para mí. Lo observé unos segundos, y después negué con la cabeza.

—*Esta mujer da miedo*.

Realmente daba miedo, porque aquello no podía ser casualidad.

Me estaba colocando el vestido por encima cuando escuché la puerta abrirse. Giré la cabeza automáticamente y me quedé inmóvil.

Ethan acababa de entrar, y se detuvo exactamente igual que yo.

Durante un segundo ninguno dijo nada, porque claramente ninguno esperaba encontrarse al otro allí.

—Oh.

—Oh.

Perfecto. Fantástico. Maravilloso. Mi dignidad acababa de abandonar la habitación.

—Lo siento.

Él levantó las manos inmediatamente.

—Pensaba que ya habíais terminado.

Intenté recomponerme, sin demasiado éxito.

—¿Por qué has entrado?

—Porque venía a buscar algo.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿En la habitación de invitados?

Una sonrisa apareció lentamente en sus labios.

—No es la habitación de invitados.

Parpadeé.

—¿No?

—No.

—Entonces...

—Es mi habitación.

Me quedé mirándolo, y después cerré los ojos.

—Claro.

—Sí.

—Por supuesto.

—Mi tía es una celestina de mucho cuidado.

Aquello me hizo reír, porque era exactamente el tipo de cosa que Rachel haría. Y porque ahora todo tenía sentido. Absolutamente todo.

Ethan se acercó a un armario, sin prisas, con esa tranquilidad desesperante que parecía acompañarlo siempre. Y cuanto más se acercaba… Más consciente me volvía de su presencia.

De la cercanía, de sus ojos grises, de aquella sonrisa, de todo.

Mi corazón empezó a acelerarse otra vez, como el pequeño traidor que era.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

—Mentira.

—¿Por qué siempre dices eso?

—Porque siempre es verdad.

Odiaba que tuviera razón. Muchísimo.

Él abrió un cajón buscando algo, y entonces sonrió para sí mismo.

—Ya lo veo.

—¿El qué?

Me miró de reojo, divertido.

—Nada.

—Ethan.

—Nada.

—Eso significa que sí es algo.

—Puede.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

La sonrisa se amplió un poco más en sus labios.

—Que Rachel tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Ese bikini te queda muy bien.

Noté cómo el calor me subía inmediatamente hasta las orejas.

—Ethan.

—¿Qué?

—No ayudas.

—Lo sé.

Y lo peor era que parecía encantado con ello, completamente encantado.

Encontró finalmente lo que buscaba, un bañador, y lo sostuvo en la mano.

—Aquí está.

Yo solté aire lentamente, sin darme cuenta de que había estado conteniendo la respiración otra vez.

Porque, sinceramente, aquello estaba empezando a resultar peligroso, muy peligroso.

—Vamos antes de que Rachel decida organizarnos una boda esta tarde.

La carcajada escapó de mis labios.

—No lo descartaría.

—Yo tampoco.

Y salió de la habitación sonriendo, dejándome sola, y completamente incapaz de decidir qué era peor.

Si Rachel, o Ethan.

Mi teléfono vibró en cuanto cerró la puerta. Ni siquiera necesité mirar el nombre.

Harper, por supuesto.

Harper siempre aparecía en el momento exacto.

Harper: *¿Qué tal con la tía Rachel? ¿Ya ha planeado la boda?*

Resoplé.

Olivia: *Eres idiota.*

La respuesta llegó en segundos.

Harper: *Todo lo idiota que quieras. Pero ese hombre no va a desaprovechar la oportunidad de empotrarte contra la pared en cuanto pueda.*

Puse los ojos en blanco.

Olivia: *Vete al infierno.*

Harper: *Solo si vienes conmigo.*

Una carcajada escapó de mis labios, porque era imposible enfadarse con ella. Imposible.

Olivia: *Vamos a la playa.*

Pasaron exactamente tres segundos, después apareció su respuesta.

Harper: *En cinco años os veo con dos niños y un perro. Qué bonito final para vuestra historia.*

Cerré los ojos negando con la cabeza. Aquella mujer estaba completamente loca. Rematadamente loca.

Y además tenía una imaginación peligrosamente activa.

Olivia: *Adiós, Harper.*

Harper: *Disfruta de la playa, futura señora Cole.*

Olivia: *ADIÓS.*

Guardé el teléfono, todavía sonriendo, y mientras salía de la habitación, pensé que había dos personas en el mundo capaces de agotarme emocionalmente en menos de cinco minutos.

Rachel, y Harper.

Lo preocupante era que ambas parecían absolutamente convencidas de que algo estaba ocurriendo entre Ethan y yo.

Y todavía más preocupante era que cada vez me resultaba más difícil asegurar que estaban equivocadas.

Capítulo 22



Ethan

Supe que estaba en problemas en el mismo instante en que Olivia se quitó el vestido que llevaba sobre el bikini.

No porque fuera una sorpresa, ya la había visto unos minutos antes en mi habitación.

O, mejor dicho, en mi habitación convertida temporalmente en escenario de una de las emboscadas más evidentes que Rachel había organizado jamás.

Pero aquello no ayudó, en absoluto, porque verla bajo la luz del sol era diferente.

El mar brillaba detrás de ella, la brisa movía suavemente su cabello castaño y durante un segundo me olvidé de respirar.

—¿Qué pasa?

Su voz me devolvió a la realidad y parpadeé.

—Nada.

—Mentira.

—Empiezo a pensar que pasas demasiado tiempo conmigo.

—Empiezo a pensar que eres incapaz de mentir.

Solté una carcajada y ella sonrió. Dios, aquella sonrisa, cada vez era peor. Porque cada vez me gustaba más.

La playa estaba casi vacía, era una de las ventajas de aquella zona. No había multitudes, ni fotógrafos y no había curiosos. Solo arena, mar y tranquilidad.

Y por primera vez desde que conocía a Olivia, pude verla completamente relajada de verdad. No pendiente de quién la observaba. Ni escondiéndose, ni vigilando constantemente su entorno. Simplemente disfrutando.

Corría hacia el agua, se reía, me lanzaba arena y después fingía indignación cuando yo le devolvía exactamente el mismo trato.

—¡Eso no vale!

—Claro que vale.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Eres insoportable.

—Y aun así sigues aquí.

Aquello la hizo callar, pero solo un instante. Y durante una fracción de segundo nuestras miradas se encontraron.

Una de esas miradas que duraban demasiado, que decían demasiado. De esas que ninguno de los dos parecía dispuesto a analizar.

Horas después terminamos sentados sobre una toalla observando el océano.

El sol empezaba a descender lentamente, tiñendo el horizonte de tonos dorados. Olivia apoyó los brazos sobre las rodillas y permaneció varios segundos observando las olas.

—Me gusta este lugar.

—Lo sé.

—No. Creo que no lo entiendes.

La miré, porque su voz había cambiado. Ahora era más suave, más sincera.

—Entonces explícamelo.

Sonrió ligeramente sin apartar la vista del mar.

—Aquí todo parece más sencillo.

Guardé silencio, y ella continuó.

—Cuando estoy en Nueva York siento que siempre hay ruido. Siempre. Trabajo, prensa, entrevistas, expectativas. Todo el mundo quiere algo. Y aquí... —Cerró los ojos el tiempo justo en el que respiró hondo—. Aquí puedo escucharme a mí misma.

Aquellas palabras me llegaron mucho más de lo que esperaba, porque entendía exactamente lo que quería decir. Más de lo que imaginaba.

Sin pensarlo demasiado, busqué su mano y la encontré. Sus dedos se entrelazaron con los míos con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo, como si llevara haciéndolo años.

Mi pecho se tensó ligeramente, ella ni siquiera pareció darse cuenta. Seguía mirando el horizonte.

—Me da paz.

Aquella frase fue casi un susurro, y algo dentro de mí se encogió.

Le pasé un brazo por los hombros, acercándola un poco más. Olivia apoyó la cabeza contra mí y durante unos segundos nos quedamos así, sin hablar, simplemente contemplando el mar.

Entonces incliné ligeramente la cabeza y deposité un beso suave sobre su sien. Un gesto sencillo, cariñoso y natural, pero cuando ella levantó la vista hacia mí, vi algo diferente en sus ojos.

Algo cálido. Algo que hizo que el resto del mundo desapareciera durante un instante. Y comprendí que ya era demasiado tarde para fingir que aquello era solo amistad. Demasiado tarde.

La cena llegó cuando el cielo ya estaba teñido de naranja y violeta.

Rachel había insistido en recomendarnos un restaurante junto a la playa y, por una vez, había acertado. Aunque jamás se lo reconocería.

Nos sentamos en una terraza con vistas al mar. Las luces colgaban sobre nuestras cabezas, la música sonaba suavemente de fondo y la conversación volvió a fluir con esa facilidad desconcertante que siempre aparecía cuando estaba con Olivia.

Pedimos carne a la brasa, patatas, verduras asadas y un postre enorme de chocolate que terminamos compartiendo.

—Esto debería estar prohibido —dijo, tras llevarse una cucharada a la boca.

—¿El qué?

—Lo bueno que está.

—Te veo emocionalmente afectada.

—Muchísimo.

—Lo entiendo.

—Gracias.

—Estoy aquí para ayudarte.

—Qué generoso.

—Lo sé.

Volvió a reír, y tuve que apartar la mirada durante un segundo. Porque empezaba a acostumbrarme demasiado a escuchar aquella risa. Y eso era peligroso. Muy peligroso.

Entonces su teléfono vibró, Olivia miró la pantalla y resopló.

—¿Qué pasa?

—Harper.

—Ah.

—Está completamente loca.

Sonreí.

—Deberías conocer a Chloe.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Chloe también está completamente loca.

Olivia soltó una carcajada.

—Lo peligroso es que congenien.

—No quiero saber por dónde va eso.

—Y acaben siendo pareja.

Me atraganté con el agua, literalmente. Ella empezó a reírse y yo comprendí que acababa de perder cualquier posibilidad de mantener la dignidad.

Otra vez.

El bar al que íbamos a ir a tomar una copa estaba a apenas unos metros de la playa.

Uno de esos locales abiertos al mar donde las ventanas permanecían completamente levantadas y la brisa nocturna entraba sin pedir permiso.

La música sonaba lo bastante alta para crear ambiente, pero no tanto como para impedir hablar, perfecto. Porque llevaba toda la noche disfrutando de escuchar a Olivia.

Nos sentamos en una mesa alta cerca de la terraza exterior. Desde allí podían verse las olas rompiendo contra la orilla, la luna reflejándose sobre el agua y las luces dispersas de otros locales a lo largo del paseo marítimo.

Olivia apoyó los codos sobre la mesa.

—Tengo que admitir algo.

—Eso suena peligroso.

—Rachel me cae increíblemente bien.

Solté una carcajada.

—Lo sabía.

—Es imposible no quererla.

—Eso es exactamente lo que ella pretende.

—Lo consigue.

—Siempre.

Olivia sonrió, y durante un instante me quedé observándola. Otra vez.

Últimamente me estaba ocurriendo demasiado, pero tampoco parecía tener intención de dejar de hacerlo.

El camarero dejó nuestras bebidas. Una cerveza para mí y un cóctel de frutas para ella.

—¿Sabes? —continuó Olivia—. Creo que tu tía me ha adoptado oficialmente.

—No creo.

—¿No?

—Creo que eso ocurrió antes incluso de que contestaras la videollamada.

Aquello la hizo reír. Y, Dios, aquella risa empezaba a convertirse en una auténtica debilidad.

—No exageres.

—Olivia.

—¿Sí?

—Rachel ya está pensando dónde sentarte en Navidad.

Su carcajada resonó por toda la terraza, y yo me descubrí sonriendo solo por escucharla.

Era absurdo, completamente absurdo, pero también completamente real.

Durante los siguientes minutos hablamos de todo y de nada. De películas, de libros, de viajes. De los lugares más extraños donde ella había rodado, y de algunos clientes imposibles que yo había tenido.

Y cuanto más avanzaba la conversación, más fácil resultaba olvidar cualquier diferencia entre nosotros.

Porque cuando Olivia se relajaba, simplemente era Olivia.

No una estrella de cine, ni una celebridad. Solo una mujer divertida, inteligente, irónica y condenadamente bonita. Muy bonita. Demasiado.

La música cambió y por los altavoces comenzó a sonar una bachata. Reconocí la canción inmediatamente. La voz de Romeo Santos era inconfundible.

«No te asombres si una noche entro a tu cuarto y nuevamente te hago mía…».

—¿La conoces?

Ella escuchó unos segundos.

—Claro —sonrió.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Sonreí.

—Perfecto.

Olivia me señaló inmediatamente.

—No.

—Ni siquiera he dicho nada.

—No hace falta.

—Olivia...

—No.

—Olivia.

—No.

—Olivia.

—No.

—Vale.

—Gracias.

Me levanté y le tendí la mano. Ella cerró los ojos.

—Eres insufrible.

—Lo sé.

—Lo haces a propósito.

—Siempre.

Olivia resopló, pero acabó colocando la mano sobre la mía, y mi corazón reaccionó de una forma bastante ridícula.

Solo por eso, por un simple contacto.

La llevé hasta la pequeña zona donde varias parejas estaban bailando. La canción era lenta, sensual, con ese ritmo que obligaba a acercarse.

Y cuando coloqué una mano en su cintura, supe inmediatamente que aquello era una mala idea.

Porque Olivia levantó la vista, nuestros ojos se encontraron, y de pronto me resultó imposible recordar por qué demonios intentaba comportarme.

—¿Ves? —murmuró.

—¿Qué?

—Ahora me arrepiento.

—Mentira.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—Un poco.

—Mentira otra vez.

La atraje ligeramente hacia mí, lo suficiente para seguir el ritmo. Lo suficiente para notar su perfume, para volverme completamente incapaz de pensar en otra cosa.

«No te asombres si una noche entro a tu cuarto y nuevamente te hago mía…».

La canción continuó, y poco a poco el espacio entre nosotros desapareció. No porque yo la acercara ni porque ella lo hiciera. Simplemente ocurrió.

De forma natural, como tantas otras cosas entre nosotros.

«Eres mía (mía, mía). No te hagas la loca, eso muy bien ya lo sabías…».

—Bailas bien.

—Mi madre insistió.

—¿Clases obligatorias?

—Durante años.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—¿Por qué eres tan insoportablemente perfecto?

Solté una carcajada.

—Eso ha sonado bastante ofensivo.

—Lo era.

—Bien.

—Me alegra que lo entiendas.

Seguimos moviéndonos despacio, y cada vez que Olivia sonreía, o se reía, o levantaba la vista hacia mí, me costaba un poco más recordar cualquier razón lógica para mantener distancia.

Porque la realidad era bastante simple. Me gustaba estar con ella. Muchísimo.

La canción terminó y otra empezó inmediatamente. Una salsa esta vez. Más rápida y divertida.

Olivia abrió mucho los ojos.

—Ni se te ocurra.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

—Voy a pisarte.

—Sobreviviré.

—No sabes lo torpe que puedo llegar a ser.

—Lo averiguaré.

Ella negó con la cabeza, pero terminó riéndose. Y durante los siguientes minutos olvidamos cualquier tensión. Solo bailamos, nos reímos y bromeamos.

Olivia se equivocó varias veces, yo también. Ella me empujó cuando me burlé, yo le sujeté la mano para evitar que perdiera el equilibrio. Y acabamos los dos riéndonos como idiotas en mitad de la pista.

—No vuelvo a bailar contigo.

—Mentira.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Eres insufrible.

—Y aun así sigues aquí.

Aquello hizo que el color regresara a sus mejillas, y mi sonrisa desapareció lentamente.

Porque de pronto volví a fijarme en ella. En sus ojos, en su boca, en la forma en que se mordía el labio cuando se ponía nerviosa.

Y aquel detalle estuvo a punto de acabar conmigo.

La música volvió a suavizarse y comenzó a sonar otra bachata, más lenta y más íntima, y esta vez, cuando la atraje hacia mí, ninguno protestó.

Mi brazo rodeó su cintura, el suyo descansó sobre mi hombro, y por un instante pareció que el resto del mundo desaparecía.

Solo ella. Solo nosotros. Solo aquella sensación de cercanía que cada vez resultaba más adictiva.

—No me mires así.

Su voz fue apenas un susurro. Bajé la vista.

—¿Así cómo?

Olivia tragó saliva, y aquello llamó inmediatamente mi atención.

—Como si fueras a comerme.

Una sonrisa apareció lentamente en mis labios, porque aquella mujer no tenía ni idea del efecto que provocaba.

Me incliné ligeramente hacia ella hasta que mis labios quedaron muy cerca de su oído, y sentí cómo se estremecía.

—El problema, Olivia...

Mi voz salió más grave de lo habitual. Más baja y más ronca.

—Es que creo que no te importaría demasiado.

Noté inmediatamente su respiración alterarse y el modo en que sus dedos se tensaban sobre mi hombro.

Lentamente levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron otra vez. Sin bromas, sin risas, sin escapatoria. Solo aquella tensión que llevaba días creciendo y que ambos parecíamos incapaces de ignorar ya.

Entonces sonrió. Una sonrisa leve, de esas nerviosas a la par que preciosa. Y comprendí que, si seguía mirándola mucho más tiempo, no iba a poder detenerme.

Y quizá... Quizá ya no quería hacerlo.

No supe quién dio el primer paso, solo supe que un segundo estaba mirándola y al siguiente la estaba besando.

El ruido del bar desapareció. La música. Las conversaciones. Las risas. Todo.

Porque Olivia estaba entre mis brazos y, por primera vez desde que la había conocido, dejé de intentar convencerme de que aquello era una mala idea.

Su mano subió lentamente hasta mi nuca, y cuando me devolvió el beso, sentí que algo dentro de mí terminaba de rendirse por completo.

No fue un beso precipitado ni desesperado. Fue peor, mucho peor.

Fue lento y suave. Como si ambos hubiéramos estado pensando en ello durante demasiado tiempo.

Como si lleváramos días acercándonos poco a poco a aquel instante sin atrevernos a cruzar la última línea. Hasta ahora.

Cuando nos separamos apenas unos centímetros, Olivia seguía con los ojos cerrados, respirando despacio, y aquella imagen estuvo a punto de acabar conmigo.

Porque era preciosa, ridículamente preciosa. Mucho más de lo que cualquier fotografía podría mostrar.

Abrió los ojos, y me encontré con aquella mirada verde que llevaba días apareciendo en mis pensamientos.

—Hola —murmuré.

Una sonrisa sutil apareció en sus labios.

—Hola.

No pude evitar reír, y ella también. Y aquella risa compartida rompió parte de la tensión. Solo parte, porque seguía ahí.

Vibrando entre nosotros. Más intensa que nunca.

—Creo que eso no ha sido muy amistoso.

Olivia soltó una carcajada.

—No. Creo que no.

—Bien.

—¿Bien? —preguntó con el ceño fruncido.

—Porque ya estaba cansado de fingir.

La sonrisa desapareció lentamente de sus labios, no por incomodidad, sino por algo más sincero.

—Yo también.

Aquella confesión me golpeó directamente en el pecho, y por un instante me quedé mirándola. Como si quisiera memorizar cada detalle.

La forma en que la luz dorada del local iluminaba su pelo, la curva de su sonrisa, el brillo de sus ojos. Todo. Absolutamente todo.

—Me estás mirando otra vez.

—Lo sé.

—Ethan...

—¿Sí?

—Sigues haciéndolo.

Sonreí.

—No parece molestarte demasiado.

Sus mejillas se tiñeron de rosa inmediatamente, y aquello provocó una sensación peligrosamente satisfactoria dentro de mí.

—Eres imposible.

—Eso me dicen mucho.

—Empiezo a entender por qué.

—Y aun así sigues aquí.

Su sonrisa regresó, dulce y tímida, y tan bonita que me hizo olvidar cualquier respuesta inteligente.

Por suerte para mí, la música cambió en ese momento.

Una bachata lenta comenzó a sonar por los altavoces, y varias parejas ocuparon la pequeña pista improvisada junto a la barra.

Olivia siguió la dirección de mi mirada.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué?

—Lo que estás pensando.

—No sabes lo que estoy pensando.

—Claro que lo sé.

—Imposible.

—Quieres volver a sacarme a bailar.

Sonreí.

—¿Ves cómo sí lo sabes?

Ella negó con la cabeza.

—No.

—Sí.

—Ethan...

—Olivia...

—Eres agotador.

—Y tú, preciosa.

Aquello volvió a hacerla sonrojar, y cada vez que ocurría, me costaba más recordar cualquier intención de comportarme como una persona razonable.

Le tendí la mano.

—Ven.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Ethan...

—Solo una canción.

—Eso dijiste antes.

—Y funcionó.

—No exactamente.

—Funcionó perfectamente.

Olivia me observó unos segundos, después suspiró y colocó su mano sobre la mía.

—Voy a arrepentirme.

—Probablemente.

—Al menos eres sincero.

La llevé hasta la pista y en cuanto mis manos volvieron a encontrar su cintura, sentí la misma descarga que antes. Solo que ahora era peor. Porque ya sabía cómo se sentía besarla. Y eso convertía todo lo demás en algo mucho más peligroso.

La atraje un poco más cerca, ella levantó la vista y nuestros ojos se encontraron otra vez.

—Esto empieza a ser un problema.

—¿El qué?

—Tú.

Olivia soltó una risa suave.

—Eso es muy ofensivo.

—Y completamente cierto.

—No soy un problema.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

Terminó riéndose y apoyó la frente contra mi hombro durante un instante. Aquel gesto sencillo me afectó mucho más de lo que debería, porque transmitía confianza, comodidad, algo íntimo. Algo que iba mucho más allá de la atracción.

Deslicé una mano por su espalda, despacio, y sentí cómo se estremecía ligeramente.

Mi respiración se volvió más lenta y pesada, porque cada vez resultaba más difícil ignorar lo que aquella mujer despertaba en mí.

No era solo deseo, aunque Dios sabía que también estaba eso. Era algo más. Algo que aparecía cuando sonreía.

Cuando se reía. Cuando hablaba de libros. Cuando intentaba fingir que era más fuerte de lo que realmente se sentía.

Algo que me hacía querer estar cerca, seguir escuchándola, seguir descubriendo quién era.

La canción terminó, pero ninguno se movió inmediatamente. Seguimos allí. Balanceándonos apenas, como si ninguno quisiera romper el momento.

Hasta que Olivia levantó la cabeza y sonrió.

—Creo que tu tía va a ser insoportable cuando se entere.

Solté una carcajada.

—No tienes ni idea.

—¿Tan grave será?

—Rachel va a organizar una boda antes del desayuno.

—Dios mío.

—Exacto.

Olivia se echó a reír y yo me descubrí pensando algo que probablemente debería haberme asustado, pero no lo hizo.

Porque mientras la observaba reír bajo las luces cálidas del bar, solo podía pensar una cosa. Que aquella había sido, sin ninguna duda, la mejor decisión impulsiva que había tomado en mucho tiempo.

Y que, por primera vez desde que la conocí, no tenía ninguna intención de alejarme de ella.

Capítulo 23



Olivia

El trayecto de vuelta a casa de Rachel se me hizo eterno y al mismo tiempo demasiado breve.

Mi mano seguía entrelazada con la de Ethan desde que abandonamos el bar, y cada vez que sus dedos apretaban ligeramente los míos, sentía un escalofrío que recorría mi espina dorsal hasta instalarse en la boca de mi estómago.

El coche avanzaba por carreteras secundarias iluminadas únicamente por la luz de la luna y los faros del vehículo, y el silencio que compartíamos no era incómodo, sino cargado de una electricidad palpable que hacía que mi piel se erizara en anticipación.

Ethan conducía con una mano, la otra ocupada en acariciar mi palma con movimientos lentos y deliberados que me volvían loca. No habíamos hablado mucho desde que nos besamos en la pista de baile. No hacía falta.

Algo había cambiado irremediablemente entre nosotros, y ambos lo sabíamos. Ya no había marcha atrás posible, ni tampoco quería que la hubiera.

Cuando aparcamos frente a la casa, el edificio se alzaba contra el cielo nocturno en completa oscuridad, salvo por alguna luz tenue que se filtraba desde el interior.

Rachel debía de haberse acostado hacía ya un buen rato. Ethan apagó el motor y durante unos segundos nos quedamos allí sentados, simplemente respirando el mismo aire, con nuestras manos todavía unidas sobre el cambio de marchas.

—Está todo en silencio —murmuró Ethan, girándose hacia mí. Sus ojos brillaban con una intensidad que hacía que mi corazón se acelerara desenfrenadamente—. No hagamos ruido, no queremos despertar a Rachel.

Asentí en silencio, con la garganta demasiado seca para articular una sola palabra. Él sonrió levemente, ese gesto arrogante y a la vez terriblemente atractivo que había empezado a reconocer como exclusivamente suyo, y salió del coche.

Yo lo seguí, y cuando cerré la puerta con cuidado de no hacer ruido, ya estaba a mi lado, cogiendo mi mano de nuevo.

Sus dedos se entrelazaron con los míos con fuerza, casi posesivamente, y comenzó a caminar hacia la entrada lateral de la casa. La brisa nocturna era cálida, pero yo temblaba. No de frío. De pura anticipación. De ese nudo de nervios y deseo que se había instalado en mi vientre desde el momento en que sus labios habían encontrado los míos en aquel bar.

Ethan abrió la puerta con cuidado, girando la llave en la cerradura con movimientos pausados y silenciosos. El interior de la casa estaba sumido en una penumbra tranquila, iluminada apenas por la luz de la luna que entraba por las ventanas. Podía distinguir las formas de los muebles, el pasillo que se extendía hacia las habitaciones, el silencio absoluto que solo se veía interrumpido por el suave tic tac de algún reloj antiguo.

Mi corazón golpeaba contra mis costillas con tanta fuerza que temía que se pudiera escuchar en toda la casa. Ethan cerró la puerta tras nosotros y se volvió hacia mí. En la penumbra, su silueta se veía imponente, dominante. Se acercó un paso más, invadiendo mi espacio personal de una manera que me hizo contener la respiración.

Sin decir palabra, tomó mi mano de nuevo y comenzó a guiarme por el pasillo. Sus pasos eran silenciosos sobre el suelo de madera, y yo intentaba imitar su sigilo, pero cada crujido bajo mis pies me parecía ensordecedor. Pasamos junto a la cocina, al salón, y seguimos avanzando hacia el fondo de la casa, donde sabía que estaban las habitaciones.

La mano de Ethan estaba cálida, firme, segura. Cada paso que dábamos aumentaba la tensión en mi interior. Sabía a dónde nos dirigíamos, pero al mismo tiempo no podía creer que esto estuviera realmente sucediendo. Que yo, Olivia Bennett, la mujer que llevaba años construyendo muros impenetrables a su alrededor, estuviera siguiendo a este hombre hacia su habitación en mitad de la noche, con la única certeza de que no quería estar en ningún otro lugar del mundo.

Llegamos al final del pasillo y Ethan se detuvo frente a una puerta de madera oscura. Giró el pomo lentamente y empujó, revelando una habitación iluminada por la luz de la luna que entraba por una ventana abierta. Podía ver la silueta de una cama grande, una cómoda, una silla. El olor a mar y a algo terriblemente masculino, terriblemente él, me envolvió de inmediato.

Pero no entré de inmediato. Me quedé parada en el umbral, con Ethan a mi lado, y sentí que el pánico y el deseo luchaban por dominar mi sistema nervioso. Me volví hacia él, mirándolo directamente a los ojos incluso en la penumbra.

—¿Por qué paramos en tu habitación? —pregunté, y mi voz sonó extrañamente aguda, nerviosa, a pesar de mis intentos por mantener la compostura.

Ethan me miró con una expresión que no logré descifrar completamente en la oscuridad, pero que parecía mezclar diversión con algo más profundo, más intenso.

—No tenemos habitación de invitados —respondió, manteniendo su voz en un susurro bajo—. Rachel la convirtió en la biblioteca que siempre quiso. Así que... tendrás que dormir aquí.

Sus palabras cayeron entre nosotros como una sentencia y una promesa simultáneas. Abrí los ojos con horror, aunque en el fondo sabía que mi reacción era más teatral que real. La idea de dormir en la misma cama que él me aterrorizaba y me excitaba en igual medida.

—No —dije, negando con la cabeza vehementemente—. No, no puedo... dormiré en el sofá. No hay problema, de verdad. Prefiero el sofá.

Ethan negó con firmeza, acortando la distancia entre nosotros hasta que pude sentir el calor de su cuerpo irradiando hacia el mío.

—No voy a permitir que una estrella de cine como tú duerma en un sofá —dijo, y había un tono de voz que no admitía discusión—. Olivia, no pienso dejarte dormir en el sofá.

—Pero...

No me dejó terminar. Se inclinó hacia mí y sus labios encontraron los míos en un beso que me robó el aliento y cualquier intento de protesta. Fue un beso breve pero intenso, lleno de promesas y de una posesión que hizo que mi cuerpo entero se estremeciera.

Cuando se separó, estaba jadeando ligeramente, con las manos temblando y la mente completamente en blanco.

—Vamos —susurró contra mis labios, y su aliento cálido me hizo cerrar los ojos por un segundo.

Entramos en la habitación y él cerró la puerta tras nosotros con un clic suave que resonó en mi cerebro como el disparo de salida de una carrera. Ethan se movió hacia la cómoda, abrió uno de los cajones y sacó una camiseta blanca grande, de algodón gastado. Se volvió hacia mí y me la tendió.

—Ponte esto —dijo simplemente—. Es lo más cómodo que tengo.

Cogí la prenda entre mis manos, sintiendo la suavidad del tejido y el ligero olor a jabón y a él que impregnaba la tela. Tragué saliva, consciente de que mi garganta estaba terriblemente seca, de que mi corazón latía tan rápido que sentía mareos.

—¿Dónde... dónde me cambio? —pregunté, y odié cómo sonaba mi voz, insegura, temblorosa.

Ethan sonrió. Incluso en la penumbra pude ver el destello de sus dientes, la curva peligrosa de su boca. Se acercó un paso más, invadiendo completamente mi espacio personal.

—Aquí mismo —respondió, y su voz tenía un timbre ronco que me puso la piel de gallina—. No voy a morderte, Olivia.

Y entonces, sin apartar sus ojos de los míos, comenzó a desvestirse. Se desabrochó la camisa lentamente, botón por botón, revelando su torso definido a la luz de la luna.

Se quitó la prenda y la dejó caer sobre la silla cercana. Mis ojos recorrieron su pecho, sus abdominales, la línea oscura de vello que desaparecía bajo el cinturón de sus pantalones. Era perfecto. Absolutamente perfecto. Cada músculo estaba definido con precisión escultórica; cada línea de su cuerpo parecía diseñada para volverme loca.

Luego se desabrochó el cinturón. El sonido del cuero al deslizarse hizo que contuviera la respiración. Se bajó los pantalones y los dejó a un lado, quedándose únicamente con el bañador que llevaba debajo, que parecía más un bóxer ajustado que dejaba poco a la imaginación.

Mi rostro se incendió de calor, y supe que me había puesto roja como un tomate, agradeciendo la penumbra que ocultara mi rubor.

Ethan sonrió, como si pudiera leer mis pensamientos, como si supiera exactamente el efecto que estaba causando en mí. Y sin decir palabra, se giró y se metió en la cama, dejando las sábanas abiertas a un lado como una invitación silenciosa.

Me quedé allí de pie, paralizada, con la camiseta en las manos, sintiendo cómo mi cuerpo temblaba de nerviosismo y deseo. La situación me superaba. Estaba en la habitación de Ethan, a punto de ponerme su ropa, a punto de meterme en su cama. Era demasiado real, demasiado íntimo, demasiado peligroso.

—Debería dormir en el sofá —repetí, aunque mi voz carecía de convicción.

Ethan se apoyó sobre un codo, mirándome desde la cama con una expresión que me hizo sentir como si fuera la única mujer en el mundo.

—No me obligues a meterte en la cama, Olivia —dijo, y había una advertencia y una promesa en sus palabras.

Arqueé una ceja, intentando mantener alguna apariencia de dignidad y de control sobre la situación.

—No te atreverías —dije, desafiándolo, aunque mi voz salió más como un susurro que como una afirmación segura.

La sonrisa que Ethan me dedicó entonces fue pura provocación. Se levantó de la cama con una agilidad felina y, antes de que pudiera reaccionar, ya estaba frente a mí. En un movimiento fluido, me levantó en brazos.

—¡Ethan! —solté un leve grito de sorpresa, tapándome inmediatamente la boca con la mano para no despertar a Rachel.

Él rio suavemente, un sonido vibrante que sentí contra su pecho donde yo estaba apoyada. Sin esfuerzo aparente, me llevó hasta la cama y me recostó sobre el colchón con una suavidad que contrastaba con la fuerza de sus brazos.

Antes de que pudiera incorporarme, ya estaba sobre mí, con sus manos a cada lado de mi cabeza, su cuerpo suspendido sobre el mío sin tocarme aún, pero cerca, tan cerca que podía sentir el calor irradiando de su piel.

Nuestros ojos se encontraron en la penumbra. El tiempo pareció detenerse. Podía ver la luna reflejada en sus pupilas, podía sentir su respiración agitada mezclándose con la mía.

Y entonces, sin previo aviso, sin dar tiempo a que mi cerebro procesara lo que estaba sucediendo, Ethan se lanzó sobre mí y sus labios encontraron los míos en un beso que me destruyó por completo.

Capítulo 24



Olivia

Fue un beso diferente a todos los anteriores. No había ternura ahora, solo hambre pura y desenfrenada.

Sus labios se movieron sobre los míos con una urgencia que me robó el aliento; su lengua invadió mi boca con una posesión total que me hizo gemir contra él. Sus manos se enredaron en mi cabello, inclinando mi cabeza para tener mejor acceso, y yo respondí con la misma desesperación, agarrando sus hombros, clavando mis uñas en su piel, necesitando más, siempre más.

Ethan se apartó brevemente, jadeando, con los ojos brillando de una manera salvaje, primitiva.

—Dios, Olivia —gruñó, y su voz sonó tan baja, tan ronca, que sentí un escalofrío de pura excitación recorrer mi espalda—. Te deseo como no te imaginas.

No tuve tiempo de responder. Sus labios volvieron a los míos, pero esta vez descendieron, trazando un camino de fuego por mi mandíbula, mi cuello, mordisqueando mi clavícula con una intensidad que me hizo arquear la espalda.

Sus manos se movieron con urgencia, quitándome el vestido que aún llevaba puesto, dejándome solo en el bikini que había usado durante el día.

—Preciosa —murmuró contra mi piel, y sus manos recorrieron mi cuerpo con una reverencia que contrastaba con la brutalidad de sus besos—. Joder, eres perfecta.

Sus dedos encontraron los lazos de mi bikini y los deshicieron con una destreza que hablaba de experiencia, pero que a mí solo me excitó más.

Cuando me desvistió por completo, quedé expuesta ante él, desnuda bajo la luz de la luna, y por un segundo sentí un ataque de timidez que intenté cubrir con mis brazos.

Ethan me detuvo, cogiendo mis muñecas suavemente, pero con firmeza.

—No te escondas de mí —ordenó, y su voz era un susurro ronco—. Quiero verte. Toda.

Y me miró. Realmente me miró, con una intensidad que hizo que mi piel se erizara, que mi corazón se acelerara hasta límites insospechados. Sus ojos recorrieron cada centímetro de mi cuerpo, desde mis pechos hasta mi vientre, hasta el vértice entre mis piernas.

La expresión de hambre pura, de adoración casi reverente que vi en su rostro, me hizo sentir más deseada, más hermosa de lo que nunca me había sentido.

—Ethan... —Suspiré, y ni siquiera sabía qué estaba pidiendo, solo sabía que necesitaba más, que necesitaba todo de él.

Él respondió a mi súplica no verbal. Se inclinó sobre mí y sus labios encontraron mi cuello de nuevo, besando, mordisqueando, chupando con una intensidad que sabía que dejaría marcas, pero que en ese momento me importaba un comino.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, acariciando mis pechos, pellizcando mis pezones hasta que gemí en voz alta, sin importarme ya el silencio que deberíamos guardar.

—Dios, los sonidos que haces —gruñó Ethan contra mi piel—. Me vuelves loco.

Sus besos descendieron, trazando un camino de fuego por mi esternón, mi abdomen, mi ombligo. Sentí su aliento cálido sobre mi piel sensible, y entonces comprendí adónde se dirigía. Un escalofrío de anticipación me recorrió de pies a cabeza.

—Ethan, no... —Protesté débilmente, aunque mi cuerpo se ofrecía a él completamente.

—Shhh —murmuró, y sus manos separaron mis piernas con una suavidad que no disimulaba la determinación implacable—. Déjame saborearte. Llevo días soñando con esto.

Y entonces su lengua encontró mi centro, y mi mundo explotó.

Fue una sensación tan intensa, tan abrumadora, que mi espalda se arqueó violentamente del colchón y un gemido estrangulado escapó de mi garganta.

Ethan actuó con urgencia, sin suavidad ni calma. Fue salvaje, desenfrenado, absolutamente voraz. Su lengua me recorrió con movimientos firmes y deliberados, encontrando cada punto sensible, cada rincón de placer que ni siquiera yo conocía.

Succionó mi clítoris con una intensidad que me hizo ver estrellas, introdujo sus dedos en mi interior con una precisión que me hizo gritar su nombre, y todo el tiempo mantuvo ese ritmo implacable, esa hambre animal que me estaba llevando al borde del abismo en cuestión de segundos.

—Ethan... Dios... voy a... —balbuceé, con las manos enredadas en sus cabellos, sujetándolo contra mí, necesitando más, siempre más.

Él gruñó contra mí, la vibración de su voz añadiendo otra capa de sensación a la tormenta que sentía construyéndose en mi interior. Aumentó el ritmo, sus dedos moviéndose dentro de mí al mismo tiempo que su lengua trabajaba mi clítoris con una perfección que me resultaba casi dolorosa.

—Déjate ir —ordenó, levantándose brevemente para mirarme a los ojos—. Quiero sentirte correr contra mi boca. Ahora, Olivia.

Y esas palabras, dichas con esa voz ronca y dominante, fueron mi perdición. La tensión que se había estado acumulando en mi interior estalló con una violencia que me dejó sin aliento, sin pensamiento, sin nada excepto la oleada tras oleada de placer que recorría mi cuerpo en espasmos descontrolados.

Grité, realmente grité, aunque Ethan debió de preverlo porque su mano subió para cubrir mi boca mientras su lengua seguía moviéndose, prolongando mi orgasmo hasta límites insoportables, hasta que estuve convulsionando bajo él, agarrando las sábanas con fuerza, con lágrimas de alivio y éxtasis corriendo por mis mejillas.

Cuando finalmente se apartó, estaba jadeando, temblando, completamente deshecha. Ethan se limpió la boca con el dorso de la mano, mirándome con una expresión de pura satisfacción masculina, de hambre aún no saciada.

—Dios, eres hermosa cuando te corres —dijo, y su voz sonó tan ronca, tan afectada, que sentí un nuevo escalofrío de excitación recorrer mi cuerpo a pesar del orgasmo devastador que acababa de experimentar.

Pero no me dio tiempo a recuperarme. Ethan se incorporó sobre la cama y se quitó el bañador de un tirón, revelándose completamente desnudo ante mí.

Mi boca se secó al verlo. Era perfecto. Cada centímetro de él era puro músculo definido, piel dorada y su erección... Dios, su erección se alzaba gruesa y larga contra su abdomen, y la sola vista de él me hizo sentir un nuevo tirón de deseo en mi vientre, a pesar de que aún estaba recuperándome del orgasmo anterior.

—Necesito estar dentro de ti —dijo Ethan, y fue más una declaración de guerra que una petición—. Dime que quieres esto, Olivia. Dime que me quieres ahora.

—Sí —susurré, y mi voz sonó desesperada, necesitada—. Sí, Ethan, por favor... te necesito dentro de mí. Ahora.

No necesitó más invitación. Se posicionó entre mis piernas, tomando mis caderas con sus manos fuertes y levantándolas ligeramente. Sentí la punta de su erección presionando contra mi entrada, caliente, dura, insistente, y por un segundo sentí un destello de nerviosismo ante su tamaño.

—Relájate —susurró Ethan, notando mi tensión—. Voy a hacerte sentir tan bien, Olivia. Voy a follarte como te mereces. Duro. Profundo. Hasta que no recuerdes nada excepto mi nombre.

Y entonces me penetró.

El dolor fue mínimo, apenas un estiramiento intenso que duró segundos antes de convertirse en pura sensación de placer. Ethan entró en mí con un movimiento firme y decidido, llenándome por completo, estirándome de una manera que se situaba justo en el límite entre el dolor y el éxtasis. Ambos gemimos al unísono, un sonido gutural de satisfacción mutua que resonó en la habitación.

—Joder, estás tan apretada —gruñó Ethan, con los dientes apretados, con los músculos de su cuello tensos por el esfuerzo de contenerse—. Tan perfecta. Tan mía.

Se quedó inmóvil por unos segundos, permitiéndome adaptarme a su tamaño, y yo podía sentir cada pulso de su erección dentro de mí, cada latido de su corazón. Era la sensación más íntima, más posesiva que había experimentado jamás.

Y entonces comenzó a moverse.

No fue suave y tampoco lento. Fue exactamente lo que había prometido: duro, profundo, brutal. Ethan me penetró con una fuerza que me hizo deslizarme hacia arriba en la cama, agarrándome a sus hombros para no perder el contacto.

Cada embestida era profunda, certera, golpeando exactamente el punto dentro de mí que me hacía ver estrellas.

—Ethan... Dios... más fuerte... —Gemí, y ni siquiera reconocí mi propia voz, ronca, desesperada, pidiendo más.

Él respondió a mi súplica. Aumentó el ritmo, convirtiéndose en una máquina de placer, cada embestida más fuerte que la anterior. La cama crujía bajo nosotros con un sonido rítmico que se mezclaba con nuestros gemidos, con el sonido de nuestra piel chocando, de nuestros cuerpos uniéndose con una fuerza animal.

Me penetró desde ángulos diferentes, levantando mis piernas sobre sus hombros para entrar más profundo, haciéndome gritar de placer cuando alcanzó un punto sensible que ni siquiera sabía que existía.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con urgencia, pellizcando mis pezones, acariciando mi clítoris, añadiendo capas sobre capas de sensación hasta que sentía que mi cabeza iba a estallar.

—Córrete —ordenó Ethan, y su voz sonó desesperada, fuera de control—. Quiero sentir cómo te corres, Olivia. Quiero sentir cómo me aprietas cuando llegas al orgasmo.

Sus palabras, tan crudas, tan directas, me empujaron al borde. Sentí la tensión acumulándose de nuevo, más fuerte esta vez, más intensa. Ethan continuó su asalto implacable, sus embestidas volviéndose erráticas, más profundas, desesperadas.

—Ethan... voy a... —Jadeé, con las uñas clavándose en su espalda.

—Ahora —gritó él—. Ahora, Olivia.

Y exploté.

Mi segundo orgasmo fue aún más intenso que el primero. Mi cuerpo se convulsionó violentamente, mis músculos internos se contrajeron alrededor de su erección con fuerza, y grité su nombre una y otra vez, sin importarme quién pudiera escucharnos, sin pensar en nada excepto en la oleada tras oleada de placer absoluto que me estaba destrozando por dentro.

Ethan gruñó, un sonido profundo y animal, y sentí cómo se tensaba sobre mí, cómo sus embestidas se volvían descontroladas, profundas, desesperadas.

Con una última embestida brutal, se hundió en mí hasta el fondo y se quedó inmóvil, jadeando mi nombre contra mi cuello mientras sentía su liberación caliente inundándome por dentro.

Durante largos segundos, nos quedamos así, entrelazados, jadeando, temblando. El sudor de nuestros cuerpos se mezclaba, nuestras respiraciones agitadas se sincronizaban lentamente. Ethan no se retiró de inmediato. Se quedó dentro de mí, besando mi cuello, mi mandíbula, mis labios con una ternura que contrastaba salvajemente con la brutalidad de nuestro encuentro.

Cuando finalmente se deslizó fuera de mí, fue para tomarme en sus brazos y girar nuestras posiciones, quedando yo acurrucada contra su pecho, con mi cabeza apoyada sobre su hombro, escuchando los latidos de su corazón que poco a poco volvían a la normalidad.

Estábamos en silencio, simplemente respirando el mismo aire, disfrutando de la proximidad, del calor compartido. Ethan me abrazó con fuerza, con una posesión que me hizo sentir segura, protegida, querida. Luego inclinó la cabeza y depositó un beso suave, casi reverente, sobre mi frente.

—Buenas noches, Olivia —susurró, y su voz sonó más suave, más vulnerable de lo que nunca le había escuchado.

Me apoyé más contra su pecho, sintiendo el ritmo constante de su respiración, el calor reconfortante de su cuerpo. Estaba agotada, satisfecha, completamente en paz por primera vez en años. Pero mi mente no podía dejar de trabajar, de reflexionar sobre lo que acababa de suceder.

Mientras escuchaba el corazón de Ethan bajo mi oreja, mientras sentía sus brazos fuertes rodeándome con una ternura que me hacía querer llorar, me di cuenta de algo que me aterrorizaba y me emocionaba con la misma intensidad.

Esto no era solo sexo. Esto no era solo una aventura de verano.

Esto era algo más profundo, algo que había estado buscando toda mi vida sin saberlo. Ethan había derribado cada muro que yo había construido a mi alrededor, había visto más allá de la estrella de cine, más allá de la imagen pública, hasta llegar a la mujer real que había debajo. Y, aun así, me deseaba. Me quería.

La pregunta que daba vueltas en mi cabeza, mientras el sueño comenzaba a reclamarme con suavidad, era si yo sería lo suficientemente valiente para arriesgarme a quedarme. Para arriesgarme a creer que podía existir algo real entre nosotros, algo que sobreviviera cuando regresáramos a la realidad de Nueva York, de mi mundo, de su mundo.

Pero por ahora, solo por esta noche, decidí dejar de pensar. Solo quería quedarme aquí, en sus brazos, sintiéndome querida, viva, finalmente en casa.

Con esa última certeza flotando en mi conciencia, dejé que el sueño me llevara, envuelta en el calor de Ethan, en la promesa tácita de que mañana volvería a despertar a su lado.

Y por primera vez en mucho tiempo, no tuve miedo de lo que vendría después.

Capítulo 25



Ethan

Desperté con la luz de la mañana filtrándose suavemente por las cortinas entreabiertas, y durante unos segundos permanecí inmóvil, simplemente respirando el aire que olía a ella. A nosotros. A lo que habíamos compartido durante la noche.

Olivia dormía a mi lado, bocarriba, con el pelo castaño desparramado sobre la almohada como un halo salvaje. Su respiración era profunda, regular, y su boca entreabierta dejaba escapar suaves exhalaciones que me resultaban terriblemente enternecedoras.

La sábana había resbalado hasta su cintura, dejando al descubierto sus pechos, su vientre plano, la curva de sus caderas. La luz matutina dibujaba sombras doradas sobre su piel, resaltando cada curva, cada línea de su cuerpo desnudo.

La observé durante largos minutos, sin atreverme a moverme por miedo a romper aquel hechizo. Estaba preciosa. No, preciosa era una palabra demasiado simple para describir lo que veía ante mí. Era perfecta. Desde la forma en que sus pestañas oscuras descansaban sobre sus mejillas, hasta la curva de su cuello, donde aún podía ver la marca que había dejado anoche con mis besos.

Pensé en cómo se había entregado a mí, sin reservas, sin inhibiciones. En cómo su cuerpo había respondido a cada caricia, a cada beso, con una honestidad brutal que me había destrozado y reconstruido al mismo tiempo.

Recordé sus gemidos, la forma en que se había arqueado contra mí, la manera en que sus uñas se habían clavado en mi espalda como si temiera que fuera a desaparecer. Recordé su sabor, el modo en que se había corrido contra mi boca gritando mi nombre.

Y sentí cómo el deseo volvía a despertar en mi interior, lento pero inexorable, como una marea que no podía detener.

No pude resistirme más. Con extrema lentitud, para no despertarla todavía, extendí la mano y comencé a acariciar su espalda desnuda. Mi palma recorrió la curva de su columna vertebral, el valle de su cintura, la suavidad de su piel que se erizó bajo mi tacto incluso en sueños. Olivia se movió ligeramente, murmurando algo incomprensible, pero no despertó del todo.

Me incliné sobre ella y comencé a depositar besos suaves sobre su hombro, subiendo por su cuello, mordisqueando el lóbulo de su oreja. Mis manos recorrieron su cuerpo con más confianza ahora, acariciando sus pechos, pellizcando sus pezones hasta que los sentí endurecerse bajo mis dedos. Ella se movió de nuevo, esta vez con un gemido bajo que me indicó que estaba empezando a despertar, arrastrada desde el sueño por mis caricias.

Separé sus piernas con suavidad, pero con determinación, deslizando mi mano por su vientre hasta encontrar su centro. Ya estaba húmeda, caliente, lista para mí. Y sin darle tiempo a despertar completamente, sepulté mi rostro entre sus muslos y encontré su clítoris con mi lengua.

—Mmm... Ethan... —Gimió, arqueando la espalda, con las manos buscando a tientas mi cabeza para sujetarme.

Su sabor inundó mis sentidos, ese sabor salado y dulce a la vez que había soñado durante toda la noche. Comencé a lamerla con movimientos firmes y deliberados, succionando su clítoris, introduciendo mi lengua en su interior, disfrutando de cada uno de sus gemidos entrecortados, de cada sacudida de su cuerpo.

—¿Qué... qué estás haciendo? —preguntó ella, finalmente despierta, con la voz ronca por el sueño y la excitación.

Levanté la vista hacia ella y sonreí, viendo su rostro sonrojado, sus ojos verdes brillando con una mezcla de sorpresa y deseo.

—Tomando un aperitivo antes del desayuno —respondí, y volví a mi tarea con renovada urgencia.

Olivia gritó cuando la penetré con mi lengua, cuando encontré el ritmo exacto que la volvía loca. Sus caderas se movían contra mi boca, pidiendo más, siempre más. Sentí cómo se acercaba al borde, cómo sus músculos se tensaban, cómo sus gemidos se volvían más agudos, más desesperados.

—Ethan, por favor... —Suplicó, tirando de mi cabello—. Necesito... necesito que me folles... ahora...

No necesitó repetírmelo. Me incorporé sobre ella con un movimiento fluido y me posicioné entre sus piernas. La penetré de una sola embestida profunda, haciéndola gritar mi nombre con una intensidad que resonó en toda la habitación. Estaba increíblemente húmeda, apretada, perfecta.

La tomé desde atrás primero, haciéndola ponerse de rodillas mientras yo me posicionaba detrás de ella. Agarré sus caderas con fuerza y comencé a embestirla con una intensidad salvaje, viendo cómo su cuerpo se movía al ritmo de mis embestidas, cómo su pelo caía sobre su rostro en desorden, cómo sus manos se aferraban a las sábanas buscando algo a lo que agarrarse.

—Dios, Ethan... más fuerte... —pidió, con la voz entrecortada—. Fóllame más fuerte...

Aumenté el ritmo, convirtiéndome en una máquina de placer, cada embestida más profunda que la anterior. La cama crujía violentamente bajo nosotros; el sonido de nuestra piel chocando llenaba la habitación. Luego la giré, queriendo verla, queriendo mirar esos ojos que me volvían loco.

La monté, dejándola sobre mí, y Olivia comenzó a moverse con una cadencia perfecta, cabalgándome con una intensidad que me dejaba sin aliento. Sus pechos rebotaban frente a mi rostro y yo los atrapaba con mi boca, succionando sus pezones, mordisqueando su piel mientras ella gemía encima de mí, con las manos apoyadas en mi pecho, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás en éxtasis.

Pero no era suficiente. Anoche me había quedado con las ganas de algo. Quería verle la cara mientras la follaba. Quería mirar esos ojos verdes mientras la penetraba. Quería tenerla completamente a mi merced.

Me levanté de la cama con ella todavía envuelta en mis brazos, sin dejar de estar dentro de ella. Olivia dio un grito de sorpresa y se aferró a mi cuello, con las piernas rodeando mi cintura. La llevé hasta la pared más cercana y la empotré contra ella con suavidad, pero con firmeza.

—Anoche me quedé con las ganas de follarte así —gruñí contra su oído, comenzando a moverme dentro de ella con embestidas profundas y controladas—. De verte la cara. De mirar esos ojos mientras te penetro.

Olivia se sonrojó intensamente, con las mejillas encendidas de un rojo profundo, pero sus ojos... sus ojos brillaban con una excitación que me confirmó que también había deseado esto.

—Ethan... —Gimió bajito, casi un susurro—. Por favor...

—Por favor, ¿qué? —pregunté, deteniéndome un segundo solo para torturarla, para hacerla sentir mi ausencia.

—No pares... —Suplicó, moviendo sus caderas contra mí, intentando que reanudara el movimiento—. Por favor, no pares...

—¿Así? —volví a embestirla, fuerte, profundo, haciéndola gritar—. ¿O así? —otra embestida, más profunda todavía.

—Sí... así... Dios, sí... —balbuceaba ella, con las uñas clavándose en mis hombros.

La tenía completamente inmovilizada contra la pared, con sus piernas alrededor de mi cintura, con su espalda apoyada en la fría superficie. Podía ver cada expresión de su rostro, cada destello de placer, cada gesto de éxtasis. Y era la visión más excitante que jamás había presenciado.

—Eres mía, Olivia —gruñí, con las embestidas volviéndose desenfrenadas, descontroladas—. Dime que eres mía.

—Soy tuya... —Gimió, con los ojos brillando de lágrimas de éxtasis —. Solo tuya, Ethan...

—Joder, cómo me pones —dije, con la voz completamente deshecha —. Voy a correrme, Olivia. Córrete conmigo, preciosa.

Aumenté el ritmo hasta límites insospechados, empotrándola contra la pared con cada embestida, sintiendo cómo ella se tensaba, cómo sus músculos internos comenzaban a contraerse alrededor de mí. Estábamos ambos al borde, jadeando, sudando, completamente perdidos el uno en el otro.

—Ethan... voy a... —gritó ella.

—Ahora —ordené—. Córrete ahora.

Y explotamos juntos. Su cuerpo se convulsionó violentamente, sus músculos me apretaron con una fuerza que me arrancó mi propio orgasmo. Grité su nombre contra su cuello, empujando una última vez, profundamente, mientras me vaciaba en su interior con espasmos descontrolados.

Nos quedamos así durante largos segundos, respirando con dificultad, con nuestras frentes apoyadas la una contra la otra, con nuestros cuerpos todavía unidos y temblando. Podía sentir el corazón de Olivia martilleando contra mi pecho, podía sentir su respiración agitada mezclándose con la mía.

Cuando finalmente recuperé el aliento suficiente para hablar, cuando el mundo dejó de girar a mi alrededor, la miré directamente a los ojos. Estaban brillantes, empañados por las lágrimas del éxtasis, pero llenos de algo que me hizo sentir un nudo en la garganta.

—No voy a querer solo dos polvos contigo, Olivia —dije, y mi voz sonó más vulnerable de lo que pretendía, más sincera—. Quiero mucho más que esto.

La besé entonces, con una ternura que contrastaba con la brutalidad de nuestro encuentro, con una promesa implícita en cada movimiento de mis labios sobre los suyos.

Y cuando me separé, cuando la miré de nuevo a los ojos, sentí cómo ella me rodeaba con sus brazos, apretándome contra ella con una fuerza que me dijo todo lo que sus palabras no habían dicho todavía.

Ella también quería más. Lo sentí en la forma en que me abrazaba, en la manera en que enterraba su rostro en mi cuello, en el modo en que sus manos acariciaban mi espalda con una posesión que me hizo sentir... esperanzado.

Y por primera vez en mucho tiempo, mientras sosteníamos aquel abrazo en medio de la habitación iluminada por la mañana, no tuve miedo de lo que vendría después. Solo quería quedarme allí, con ella, y descubrir juntos qué significaba ese «mucho más» que ambos deseábamos.

Capítulo 26



Olivia

Me apoyé unos segundos contra el azulejo de la ducha, dejando que el agua caliente resbalara por mi piel mientras intentaba ordenar mis pensamientos.

La noche anterior parecía un sueño.

Cada vez que cerraba los ojos, recordaba las risas en la playa, el restaurante junto al mar, el bar, el baile, el beso que había cambiado algo entre nosotros. Y después, la sensación de despertar aquella mañana junto a Ethan, envuelta en una paz que no recordaba haber sentido jamás.

Él estaba frente a mí, bajo el agua, con una sonrisa tranquila que me hizo sonreír a mí también.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En que esto parece demasiado bueno para ser verdad.

Su expresión se suavizó.

—Pues acostúmbrate.

Noté cómo mi corazón daba un vuelco.

Ethan me apartó un mechón mojado de la cara y apoyó la frente contra la mía. Aquel gesto sencillo me afectó mucho más de lo que debería. Porque no era solo deseo. Era algo mucho más peligroso.

Algo que empezaba a parecerse demasiado a la felicidad.

Cuando bajamos a la cocina, ya vestidos y bastante más despejados, encontramos a Rachel sentada junto a la isla central con una taza de café entre las manos.

Levantó la vista al escucharnos entrar y sonrió. Una sonrisa enorme. Porque Ethan y yo seguíamos cogidos de la mano.

—Buenos días, tortolitos.

Sentí cómo me ardían las mejillas. Ethan ni siquiera se molestó en soltarme.

—Buenos días, tía.

—Siéntate, Olivia.

Rachel ya estaba colocando platos sobre la mesa. Tortitas, fruta, zumo, huevos, bacon y café recién hecho. El aroma inundaba toda la cocina.

—No hacía falta que prepararas nada —dije.

—Claro que hacía falta. Habéis tenido un día muy intenso.

La forma en que pronunció la palabra «intenso» hizo que Ethan pusiera los ojos en blanco.

Yo me limité a mirar mi taza.

—Entonces —continuó Rachel mientras servía café—. ¿Qué tal fue la playa?

—Perfecta —contesté.

—Nos lo pasamos muy bien —añadió Ethan.

Rachel apoyó los codos sobre la mesa.

—Quiero detalles.

—Fuimos a la playa, nadamos, paseamos...

—Cenamos en el restaurante de la costa —continuó Ethan.

—¿Y después?

—Tomamos algo.

—¿Y después?

Ethan suspiró.

—Bailamos.

Rachel sonrió como un gato satisfecho.

—Y después bailasteis en la cama.

Me atraganté con el café, literalmente. Ethan bufó.

—¡Tía Rachel!

—¿Qué?

—Las paredes de esta casa siempre fueron de papel.

Rachel soltó una carcajada.

—Lo dice porque me escuchaba a mí con el vibrador cuando era adolescente.

—¡Por Dios!

—No te pongas dramático.

Yo quería desaparecer allí mismo, convertirme en humo. Y Rachel seguía riéndose.

—Además, Olivia, no te pienses que ha traído chicas aquí constantemente.

—Tía...

—Porque eres la primera que entra en esa habitación.

Mi cabeza giró lentamente hacia Ethan.

—¿La primera?

Él parecía estar valorando seriamente lanzarse por la ventana. Rachel seguía disfrutando demasiado.

—La primera.

Noté cómo me ardían todavía más las mejillas, y por alguna razón, aquello me emocionó. Más de lo que debería. Mucho más.

El desayuno continuó entre bromas, historias vergonzosas sobre la adolescencia de Ethan y amenazas constantes de muerte por parte de este.

Por primera vez en muchísimo tiempo me sentí parte de algo. De una familia, aunque no fuera la mía.

Rachel me hizo prometer que volveríamos a vernos pronto.

—Y no dentro de seis meses.

—Volveremos —aseguró Ethan.

—Más te vale.

Ella sonrió, y entonces sonó una notificación.

Rachel cogió el móvil sin dejar de sonreír por algo que Ethan acababa de decir, pero la sonrisa desapareció por completo.

La sangre abandonó su rostro y sus ojos se abrieron de golpe.

—Rachel —dijo Ethan al verla—. ¿Qué pasa?

Ella levantó la vista y me miró. Aquella mirada me heló la sangre, porque vi preocupación. Auténtica preocupación.

—Rachel... —Susurré—. ¿Qué ocurre?

Antes de que pudiera responder, mi propio móvil vibró sobre la mesa. Era un mensaje de Harper.

Lo abrí, y sentí que el mundo se detenía.

Harper: *Juro que voy a matar a tu madre. Y espero que se pudra en el infierno después de esto.*

Debajo había un enlace. Lo pulsé y deseé no haberlo hecho nunca.

La página pertenecía a una de las revistas más crueles del país. Una de esas publicaciones capaces de destruir vidas con tal de vender unos miles de ejemplares más.

El titular ocupaba media pantalla.

«La doble vida de Olivia Hart: ¿Dos hombres, dos camas y una gran mentira?».

Debajo aparecían fotografías. Ethan y yo en la playa, mirándonos, sonriendo, cogidos de la mano. Después, cenando. Después, bailando. Después, besándonos.

Y entonces llegaron las imágenes que hicieron que me faltara el aire.

Fotografías tomadas desde el exterior de la casa. Desde una ventana. Imágenes privadas, íntimas, que jamás deberían haber existido.

Las manos empezaron a temblarme. Seguí bajando y encontré las declaraciones. Las declaraciones de mi madre, más concretamente.

«Yo sin nada que comer mientras ella utiliza a hombres importantes para mantenerse en lo más alto del mundo del cine».

«Primero ese famoso guionista. Ahora este pobre chico».

«No es más que un entretenimiento para ella».

«Olivia siempre ha sabido manipular a la gente».

Las palabras se mezclaron ante mis ojos. No podía respirar. Literalmente, no podía respirar.

Sentía el pecho comprimido, como si alguien estuviera aplastándome los pulmones.

—Olivia.

Escuché la voz de Ethan muy lejos.

—Olivia, mírame.

Sus brazos me rodearon. Intenté hacerlo, intenté respirar, pero no podía. No podía. No podía.

—Respira —insistió él.

El pánico me consumía y las lágrimas comenzaron a caer. Entonces Rachel apareció frente a mí.

Se agachó y me sujetó las mejillas con ambas manos.

—Olivia.

Su voz era firme, tranquila y segura.

—Escúchame.

Intenté hacerlo.

—No pienses en nada más. Solo en mi voz. ¿De acuerdo?

Asentí temblando.

—Inspira.

La obedecí.

—Eso es. Muy bien. Ahora despacio. Poco a poco. Respira conmigo.

Seguí su ritmo. Una vez. Dos. Tres. Hasta que el aire volvió a entrar en mis pulmones. Hasta que dejé de sentir que me estaba ahogando.

Y entonces rompí a llorar.

—No puedo creer que haya hecho esto.

La voz me salió rota.

—No puedo creer que mi propia madre haya hecho esto.

Rachel me abrazó.

—Lo sé.

—¿Cómo puede una madre hacer daño así a su hija?

Nadie respondió. Porque no había respuesta. Porque ninguna explicación justificaba algo así.

—¿Cómo sabía dónde estaba?

Rachel intercambió una mirada con Ethan.

—Tal vez contrató a un detective privado.

Aquella posibilidad me revolvió el estómago. Y justo entonces volvió a sonar mi móvil.

Cuando vi el nombre de Daniel Blake en la pantalla, el corazón se me hundió.

Porque aquello significaba que todo el mundo ya lo había visto. Todo el mundo.

Durante varios segundos me quedé mirando el nombre de Daniel en la pantalla. No quería responder.

No porque no quisiera hablar con él, sino porque tenía miedo. Miedo de que aquella llamada fuera la confirmación definitiva de que todo estaba perdido.

La película. Mi carrera. Mi reputación. Ethan. Todo.

Las manos me temblaban tanto que casi dejé caer el teléfono. Ethan se acercó inmediatamente. Su mano encontró la mía y la apretó con fuerza. Como si quisiera recordarme que no estaba sola.

Nunca me había sentido tan agradecida por un simple gesto.

Cogí aire y deslicé el dedo por la pantalla.

—¿Daniel?

—Olivia.

Su voz sonó seria, demasiado seria. Mi estómago se encogió.

—Acabo de enterarme de todo.

Cerré los ojos. Aquellas palabras fueron como un golpe. Porque significaba que la noticia ya estaba corriendo como la pólvora.

Que todo el mundo la había visto. Que ya no había forma de detener aquello.

—Lo siento —susurré, y se produjo un breve silencio.

—¿Por qué te disculpas?

La pregunta me pilló desprevenida.

—Porque... porque esto va a afectar a la película.

—Olivia.

Su tono se endureció.

—Escúchame atentamente.

Tragué saliva.

—Tengo un contacto en una revista. Me llamó hace veinte minutos. Dice que tu madre contactó directamente con el periodista que ha publicado esa basura.

Sentí una punzada de dolor. Incluso después de verlo escrito. Incluso después de leer aquellas declaraciones. Escucharlo en voz alta seguía resultando insoportable.

—Al parecer llevaba días siguiéndote. Esperando conseguir algo. Algo jugoso. Algo que pudiera vender.

Apreté los ojos con fuerza. La humillación me quemó por dentro.

—No lo entiendo.

Mi voz salió casi en un susurro.

—No entiendo cómo ha podido hacerme esto.

Nadie respondió durante varios segundos. Ni Daniel, ni Rachel, ni Ethan. Porque ninguno de ellos tenía una respuesta.

Porque no existía una respuesta lógica para la crueldad de esa mujer.

—Necesito verte —dijo finalmente Daniel y abrí los ojos.

—¿Qué?

—Necesito hablar contigo.

—Daniel...

—En persona.

Algo en su voz me hizo incorporarme un poco. Porque no sonaba como una conversación profesional. Sonaba personal. Preocupada y humana.

—Puedo ir a la oficina esta tarde.

—No.

Fruncí el ceño.

—¿No?

—Iré yo.

Miré a Ethan. Él me observaba atentamente sin soltar mi mano. Esperando, protegiéndome como había hecho toda la mañana.

—Daniel...

Respiré hondo.

—Si después de esto la productora no quiere contar conmigo para la película...

Él me interrumpió inmediatamente.

—Ni se te ocurra terminar esa frase.

Parpadeé.

—Ese papel es tuyo. Y de nadie más.

Sentí que las lágrimas regresaban. Porque después de aquella mañana necesitaba escuchar algo bueno. Aunque fuera una sola cosa.

—Pero necesito hablar contigo. Hay cosas que debes saber.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué cosas?

—Esta tarde. Por teléfono no.

Miré la pantalla durante un instante sin entender nada. Sin saber qué estaba ocurriendo exactamente.

—De acuerdo.

—Iré a tu casa. Y cuando llegues... Intenta no dejarte ver demasiado. La prensa estará volviéndose loca ahora mismo.

Asentí, aunque él no podía verme.

—Vale.

—Nos vemos esta tarde.

La llamada terminó y el silencio que quedó después resultó ensordecedor.

Nadie habló durante unos segundos. Yo seguía mirando la pantalla apagada como si pudiera encontrar respuestas allí, como si todo aquello pudiera tener algún sentido. Pero no lo tenía. Nada de aquello tenía sentido.

Rachel fue la primera en moverse. Se acercó a mí y me abrazó con fuerza y con cariño.

Con ese tipo de abrazo que una persona solo daba cuando sabía que alguien estaba roto.

—Lo siento muchísimo, cariño.

Aquellas palabras terminaron de destrozarme y volví a llorar escondiendo el rostro contra su hombro.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias.

—Sí.

Porque nadie había estado ahí por mí de aquella forma. Ni mi madre. Nadie me había consolado así en años.

Rachel acarició mi cabello.

—Vas a superar esto.

—No lo sé.

—Sí lo harás.

La seguridad de su voz era absoluta, y por primera vez aquella mañana quise creerla.

Una hora después estaba sentada en el coche de Ethan, regresando a Nueva York.

El viaje que dos días antes me había parecido emocionante ahora se sentía interminable.

Miré por la ventanilla. Los árboles, las carreteras, el cielo despejado. Todo parecía irreal, como si estuviera observando la vida de otra persona.

Ethan conducía en silencio, con una mano sobre el volante y la otra descansando sobre la mía. Sin apartarse ni un segundo.

Y aquello era precisamente lo que más daño me hacía. Porque cuanto más me cuidaba, cuanto más cariño me demostraba, más miedo sentía.

Miedo de arrastrarlo conmigo. Miedo de que aquella historia acabara destruyéndole.

La prensa era despiadada, pero mi madre era peor. Y Ethan no merecía convertirse en objetivo de ninguno de los dos.

Giré ligeramente la cabeza y lo observé. Su perfil, su mandíbula, la concentración en sus ojos, la forma en que seguía sujetando mi mano, como si tuviera miedo de que desapareciera.

El pecho me dolió porque comprendí algo. No quería perderlo, y precisamente por eso empezaba a plantearme que quizá debía alejarme.

Antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que todo explotara. Antes de que él terminara pagando por mis problemas.

Noté un nudo formándose en mi garganta. Ethan debió percibirlo porque me miró de reojo.

—¿Qué pasa?

Negué con la cabeza.

—Nada.

—Olivia.

Su voz fue suave, pero firme.

—No me mientas.

Sonreí débilmente.

—Estoy cansada.

No parecía convencido, pero tampoco insistió, simplemente levantó mi mano y depositó un beso sobre mis nudillos.

Un gesto sencillo, y, sin embargo, sentí que algo se rompía dentro de mí. Porque me supo a despedida.

Una despedida que él ni siquiera sabía que existía.

Cuando llegamos frente a mi edificio, el corazón me latía con fuerza.

Había periodistas, no demasiados, pero suficientes. Esperando, observando, buscando. Ethan maldijo en voz baja.

—Sabía que iban a aparecer.

Yo cerré los ojos unos segundos. Ya había empezado. La pesadilla acababa de comenzar.

—Entraremos por el garaje.

Asentí sin discutir, no tenía fuerzas para hacerlo.

Cuando el coche se detuvo definitivamente, Ethan se giró hacia mí. Sus ojos encontraron los míos y durante unos segundos ninguno habló. Porque había demasiadas cosas entre nosotros.

Demasiadas emociones. Demasiadas preguntas.

Él fue quien rompió el silencio.

—No vas a enfrentarte a esto sola.

Sentí que las lágrimas amenazaban de nuevo.

—Ethan...

—No. Déjame terminar.

Su mano subió hasta mi mejilla.

—No me importa lo que diga esa revista. No me importa lo que diga tu madre. No me importa lo que publique nadie. Estoy aquí. ¿Me oyes? Estoy aquí.

Mi corazón se rompió un poco más. Porque precisamente eso era lo que me aterraba.

Que siguiera estando. Que siguiera acercándose. Que siguiera importándome cada vez más. Y que cuando todo terminara, acabara herido por mi culpa.

Me incliné hacia él y apoyé la frente contra la suya.

—Gracias.

Su mano se cerró sobre mi nuca y entonces me besó.

Fue un beso breve, suave y cariñoso. Nada parecido a los de las últimas horas.

Y quizá por eso dolió tanto. Porque tuvo algo de promesa. Y algo de despedida.

Cuando nos separamos, él apoyó la frente contra la mía.

—Llámame cuando llegue Daniel.

Asentí.

—Lo haré.

Pero mientras salía del coche y caminaba hacia el ascensor privado del edificio, una idea seguía repitiéndose una y otra vez en mi cabeza. Una idea horrible. Una idea que cada vez parecía más lógica.

Si quería proteger a Ethan...

Tal vez tendría que romper su corazón antes de que mi mundo destruyera el suyo.

Capítulo 27



Olivia

La casa estaba en silencio, un silencio extraño y pesado. Como si las paredes estuvieran esperando algo. O a alguien.

Yo seguía sintiéndome vacía y rota. Todavía podía ver aquellas fotografías. Las de la playa. Las de Ethan. Las de nosotros besándonos. Y, sobre todo, aquellas imágenes tomadas a través de una ventana.

Aquella invasión. Aquella traición. Cada vez que pensaba en ello, me costaba respirar.

Había intentado distraerme ordenando la cocina, luego el salón. Después había puesto una serie en la televisión sin prestar atención a una sola palabra.

Nada funcionaba. Mi cabeza seguía regresando al mismo lugar.

A mi madre. A todo el daño que había sido capaz de causar. Y a Ethan. Porque no había dejado de pensar en él desde que me había dejado en casa esa mañana.

En la forma en que me había besado antes de marcharse, en cómo me había abrazado cuando me faltaba el aire. En la preocupación que había visto en sus ojos.

Una parte de mí quería llamarle, otra parte pensaba que debía alejarlo de todo aquello.

Porque yo era un desastre, y él no merecía acabar atrapado en mi desastre.

El sonido del timbre me sobresaltó. Miré el reloj y comprobé que Daniel había tardado menos de lo que esperaba.

Me levanté lentamente y de repente estaba nerviosa. Porque una cosa era hablar con él por teléfono. Y otra muy distinta tenerlo allí. En mi casa. Esperando al otro lado de la puerta.

Respiré hondo y abrí.

Daniel Blake estaba allí. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa azul remangada hasta los antebrazos. Nada que recordara al productor poderoso que aparecía en revistas y alfombras rojas.

Parecía simplemente un hombre preocupado.

Cuando nuestros ojos se encontraron, su expresión se suavizó inmediatamente.

—Hola, Olivia.

—Hola.

Por un instante, ninguno de los dos supo qué hacer. Daniel levantó una pequeña bolsa de papel.

—He traído comida.

No pude evitar arquear una ceja.

—¿Comida?

—Cuando las cosas van mal, siempre compro comida.

Miró la bolsa.

—No sé por qué.

—¿Funciona?

—Normalmente no.

Aquello me arrancó una pequeña sonrisa, la primera sincera en horas. Y pareció aliviarle.

—Bien.

Asintió.

—Ya he conseguido una sonrisa. Es mejor de lo que esperaba.

Me aparté para dejarle pasar y Daniel entró en la casa observándolo todo con curiosidad. Como si quisiera memorizar cada rincón, cada detalle.

No le di importancia en aquel momento, pensé que simplemente estaba distraído.

Nos sentamos en el salón, él dejó la bolsa sobre la mesa. Había café, pasteles y una cantidad indecente de chocolate.

—Veo que vienes preparado.

—Me dijeron que el chocolate ayuda.

—¿Quién?

—Internet.

Solté una pequeña carcajada.

—Gran fuente de información.

—Exactamente.

Durante unos segundos permanecimos en silencio, hasta que Daniel apoyó los antebrazos sobre las rodillas y me miró fijamente.

La sonrisa desapareció y algo cambió en su expresión. Algo serio. Algo importante.

—¿Cómo estás?

La pregunta era sencilla, pero sentí las lágrimas amenazando otra vez.

—He estado mejor.

Daniel asintió lentamente.

—Lo imagino.

Bajé la mirada.

—No entiendo cómo ha podido hacerme esto.

—Yo sí.

Levanté la cabeza.

—¿Sí?

Daniel suspiró. Parecía estar escogiendo cuidadosamente cada palabra.

—He conocido a personas como tu madre.

Aquello me hizo fruncir el ceño.

—¿Personas como ella?

—Personas que convierten el rencor en su forma de vida.

Su mandíbula se tensó.

—Personas incapaces de soportar que alguien sea feliz.

Algo en su voz me llamó la atención. Era demasiado personal, demasiado intenso. Como si no estuviera hablando de una desconocida. Como si hablara de alguien a quien conocía muy bien.

—Daniel...

Él me observó en silencio.

—Hay algo que necesito contarte.

Noté cómo el corazón empezaba a acelerarse.

—¿Sobre qué?

Su mirada permaneció fija en la mía.

—Sobre tu madre.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qué pasa con ella?

Daniel guardó silencio unos segundos. Y cuando volvió a hablar, su voz sonó diferente. Más baja y más vulnerable.

—La conocí hace muchos años.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Mucho antes de que tú nacieras.

Sentí cómo el aire parecía desaparecer poco a poco del salón. Porque de repente comprendí que aquella conversación no tenía nada que ver con el artículo.

Ni con los fotógrafos, ni con el escándalo. Iba de algo mucho más grande. Mucho más importante.

Y la forma en que Daniel me estaba mirando hizo que un presentimiento imposible comenzara a abrirse paso en mi interior.

Uno que todavía no era capaz de comprender.

Uno que estaba a punto de cambiar mi vida para siempre.

—Creo que soy tu padre, Olivia.

Me quedé inmóvil en el sofá, incapaz de apartar la vista de Daniel.

El salón parecía haberse quedado sin aire, sin sonido, sin tiempo. Solo existía aquella frase flotando entre nosotros. *«Creo que soy tu padre, Olivia».*

Parpadeé una vez. Dos. Tres. Esperando que las palabras cobraran algún sentido diferente.

No lo hicieron.

—No... —Susurré finalmente—. No puede ser.

Daniel me observó con una mezcla de tristeza y ternura que me desarmó por completo.

—Eso mismo pensé yo cuando empecé a sospecharlo.

Negué con la cabeza.

—Mi madre me dijo que mi padre había muerto.

La frase salió rota, dolorida. Porque, de repente, comprendía algo horrible. No estaba llorando por descubrir que mi padre estaba vivo. Estaba llorando porque acababa de descubrir que mi madre me había mentido durante toda mi vida.

Daniel soltó un suspiro pesado.

—Tu madre y yo tuvimos una relación hace muchos años.

Bajó la mirada unos segundos antes de continuar.

—Yo todavía estaba intentando abrirme camino como guionista. Apenas tenía dinero. Apenas tenía contactos. Apenas tenía nada.

Sonrió sin humor.

—Y ella estaba convencida de que nunca llegaría a ningún sitio.

Sentí un nudo formándose en mi garganta.

—¿Qué pasó?

—Un día simplemente se marchó.

Su voz sonó tranquila, pero percibí el dolor bajo cada palabra.

—Me dijo que yo jamás tendría futuro. Que estaba cansada de esperar a que ocurriera algo que nunca iba a pasar.

Se encogió de hombros.

—Y desapareció.

Guardó silencio un instante.

—No volví a verla.

Noté cómo las lágrimas empezaban a acumularse de nuevo en mis ojos.

—¿Y nunca supiste que estaba embarazada?

Daniel negó lentamente.

—Jamás.

Su voz se quebró por primera vez.

—Si hubiera sabido que existías... Dios, Olivia...

Se pasó una mano por el rostro.

—No la habría dejado ir tan fácilmente.

Aquello me destrozó. Porque no parecía estar fingiendo. Ni actuando. Ni intentando manipularme. Parecía un hombre que acababa de descubrir que le habían robado más de treinta años junto a su hija.

—Habría querido estar ahí —continuó—. Habría querido verte crecer. Llevarte al colegio. Estar en tus cumpleaños. Escuchar tus problemas. Ayudarte cuando las cosas se pusieran difíciles.

Su mandíbula se tensó.

—Habría querido ser tu padre.

Las lágrimas comenzaron a caer sin control y me llevé una mano a la boca.

—La odio.

Mi voz apenas era audible.

—La odio tanto...

Daniel se levantó inmediatamente. Y antes de que pudiera apartarme o decir nada, me rodeó con los brazos. Me dejé abrazar. Porque llevaba demasiado tiempo sosteniéndolo todo yo sola.

—Me mintió —sollocé contra su pecho—. Toda mi vida.

Sentí su mano acariciándome el pelo.

—Lo sé.

—Me hizo creer que estabas muerto.

—Lo sé.

—¿Por qué haría algo así?

Daniel cerró los ojos.

—Porque algunas personas prefieren destruirlo todo antes que admitir que se equivocaron.

Apoyé la frente contra su hombro y lloré. Lloré por la niña que había sido. Por todos aquellos cumpleaños. Por todas aquellas veces que había imaginado cómo habría sido tener un padre. Por todas las preguntas que nunca tendrían respuesta.

Daniel me sostuvo durante todo ese tiempo. Sin prisas, sin interrupciones, como si estuviera intentando recuperar treinta años perdidos en un solo abrazo.

—Déjame encargarme de esto —dijo finalmente.

Levanté la cabeza y vi que sus ojos oscuros brillaban con una determinación que me recordó muchísimo a Ethan.

—Voy a hacer que se arrepienta de todo lo que te ha hecho.

—Daniel...

—También de haberme apartado de tu vida.

Después se inclinó y besó mi frente. Fue un gesto sencillo, pero me rompió por dentro. Porque nunca antes un padre me había besado la frente.

Y aquel simple gesto me hizo comprender cuánto había echado de menos algo que jamás había tenido.

En ese momento la puerta principal se abrió.

—¡Olivia! ¡He venido armada con café, donuts y amenazas de muerte dirigidas a tu madre!

La voz de Harper resonó por toda la casa. Me giré justo cuando aparecía en el salón. Se detuvo en seco al ver a Daniel. Después me miró. Después volvió a mirar a Daniel. Y arqueó una ceja.

—Vale. Necesito aclarar una cosa.

Señaló alternativamente a Daniel y a mí.

—¿De verdad tienes algo con Ethan y también con Daniel Blake?

Parpadeé. Daniel parpadeó. Harper cruzó los brazos.

—Porque si es así, quiero que sepas que eres oficialmente mi heroína.

No pude evitar soltar una carcajada entre lágrimas.

—¡No!

—¿Segura?

—Harper...

—Porque, sinceramente...

—Harper.

—Eso sería legendario.

Me tapé la cara con ambas manos.

—Acabo de descubrir que mi padre está vivo.

Harper frunció el ceño.

—¿Cómo?

Su sonrisa desapareció de golpe.

—¿Cómo que tu padre está vivo?

—Pues eso.

—Pero la bruja de tu madre dijo toda la vida que estaba muerto.

Asentí.

—Lo sé.

Harper abrió mucho los ojos.

—Madre mía...

Miró a Daniel. Luego volvió a mirarme. Luego otra vez a Daniel.

—Espera.

Sus labios comenzaron a separarse lentamente.

—No.

Daniel sonrió.

—Sí.

Harper señaló directamente hacia él.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Tú eres el padre?

—Parece ser que sí.

Harper soltó una palabrota tan sonora que hizo que yo volviera a reírme.

—Estoy alucinando.

Se dejó caer en un sillón.

—Estoy absolutamente alucinando.

Daniel soltó una breve carcajada.

—Créeme. Yo también.

Harper negó con la cabeza.

—Sabía que esa mujer era mala, pero esto…

Me señaló.

—Te juro que siempre pensé que ella misma mató a tu padre.

Daniel resopló.

—Pues estoy vivo. Pero ojalá hubiera muerto.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Porque habría sido la única forma de que esa mujer me alejara de mi hija.

Aquello hizo que Harper se quedara callada por primera vez en toda su existencia.

Duró aproximadamente tres segundos.

—Vale.

Se incorporó de golpe.

—Necesito la exclusiva de esta historia.

Gemí.

—Harper...

—Olivia, esto me consigue premios periodísticos.

—No voy a vender mi vida.

—Ya, pero déjame soñar.

Daniel sonrió.

—En realidad, sacar esto a la luz podría beneficiarnos.

Tanto Harper como yo lo miramos.

—¿Cómo?

—Muy sencillo —se acomodó en el sofá—. Tu madre hizo todo esto por despecho.

—Eso ya lo sabemos.

—Sí, pero ahora podemos demostrarlo.

Harper empezó a sonreír, y esa sonrisa me dio miedo. Mucho miedo.

—Continúa.

—Yo la llamé hace unos días.

Me sorprendí.

—¿La llamaste?

—Sí. Porque sospechaba que eras mi hija.

Noté cómo el corazón me daba un vuelco.

—Y después de esa llamada aparece este artículo.
Harper abrió los ojos.

—Madre mía.

Daniel sonrió.

—Exacto.
—Eso la convierte automáticamente en la villana.

—Correcto.

—Y nadie volverá a creer nada de lo que diga.

—Exacto.

Harper dio una palmada.

—Me encanta este plan.

Yo negué con la cabeza.

—No quiero que esto se nos vaya de las manos.

Daniel me miró con una ternura que hizo que algo dentro de mí se calmara.

—Hija...

La palabra me golpeó directamente en el pecho.

—Deja que yo me encargue.

Sentí cómo las lágrimas amenazaban con volver.

—Daniel...

—Deja que cuide de ti como no lo hizo tu madre.

Y por primera vez desde que había empezado aquella pesadilla... Asentí. Simplemente asentí.

Porque estaba cansada. Porque dolía demasiado. Porque quería creer que alguien iba a protegerme por una vez.

Daniel volvió a abrazarme y me permití apoyarme en él. Entonces escuché la voz de Harper.

—Qué bonito.

Levanté la vista y ella se estaba secando una lágrima imaginaria.

—De verdad. Me vais a hacer llorar.

Suspiró dramáticamente.

—Pero no se me olvida que me tienes que contar absolutamente todo lo que ha pasado con Ethan Cole.

Cerré los ojos porque sabía que venía ahora. Lo sabía.

—Harper...

—¿Te empotró contra la pared?

Me puse roja al instante.

—¡Harper!

Daniel soltó una carcajada.

—Soy su padre.

Se levantó del sofá.

—Y no necesito escuchar eso.

—Querido Daniel...

Harper señaló hacia mí.

—Te has perdido historias buenísimas con los exnovios de tu hija.

—No quiero saberlo.

—Todos eran pésimos.

—Harper.

—En serio, horribles.

Daniel empezó a caminar hacia la puerta.

—No continúes.

—Te aseguro que yo le habría dado más placer que cualquiera de esos idiotas.

—¡Harper!

—Menos mal que por fin ha encontrado al empotrador perfecto.

Me tapé la cara con un cojín.

—Quiero morir.

—Porque no hay más que verle la cara.

Daniel soltó otra carcajada.

—No pienso participar en esta conversación.

—Que sí, que ha llorado.

Harper me señaló.

—Pero tiene el cutis de haber follado y disfrutado.

—¡Harper!

—¿Qué? Estoy siendo objetiva.

Daniel negó con la cabeza mientras abría la puerta.

—Voy a hundir a esa bruja.

Se volvió hacia mí, y durante un instante desapareció el productor famoso. El hombre admirado por medio Hollywood. El ganador de premios. Solo quedó un padre. Mi padre.

Se acercó y besó mi frente una vez más.

—No te preocupes.

Su voz fue suave, firme y segura.

—Yo me encargo de todo.

Tragué saliva y asentí.

—Y después...

Sonrió.

—Tenemos mucho tiempo que recuperar.

Observé cómo se marchaba, cómo cruzaba la puerta, cómo desaparecía al final del camino. Y durante varios segundos me quedé allí sentada, pensando.

Porque había visto a Daniel Blake cientos de veces. En estrenos. En entrevistas. En galas. En revistas. Había escuchado su voz en documentales. Había leído artículos sobre él. Había coincidido con él en fiestas y eventos. Y durante todos aquellos años... Yo había creído que mi padre estaba muerto.

Cuando en realidad había estado ahí. Tan cerca. Todo el tiempo.

Capítulo 28



Ethan

Llegué a su casa sin avisar.

No era lo habitual en mí, pero tampoco lo era todo lo que estaba pasando desde que Olivia había entrado en mi vida. El artículo, las fotos, su madre… y luego aquel hombre apareciendo de la nada diciendo que era su padre.

Había intentado llamarla varias veces. Sin respuesta.

Así que conduje. Y mientras lo hacía, solo podía pensar en una cosa: Olivia no estaba bien.

Cuando aparqué frente a la casa, el silencio de la calle me resultó inquietante. No había cámaras. No había periodistas todavía. Eso me dio una falsa sensación de calma.

Subí los escalones sin dudar y llamé al timbre. Nada. Volví a llamar. Y entonces, por fin, la puerta se abrió.

Olivia estaba allí. Descalza, con el pelo recogido de cualquier manera, ojeras leves, los ojos todavía hinchados de haber llorado o de no haber dejado de hacerlo. Llevaba una camiseta grande que le caía sobre un hombro.

Y aun así… seguía siendo ella. Solo que rota.

—Ethan… —dijo en voz baja, como si no estuviera segura de que yo fuera real.

No esperé permiso. Entré y la abracé. Sin preguntas. Sin distancia. Solo la abracé como si pudiera sujetarla entera antes de que se rompiera del todo.

Ella tardó un segundo en reaccionar… y luego se aferró a mí con fuerza, hundiendo la cara en mi pecho.

—He intentado llamarte —murmuré.

—No podía… —Su voz se quebró—. No podía hablar.

La llevé dentro de casa sin soltarla y la senté en el sofá conmigo a su lado, y dejé mi mano aún sobre la suya.

—Estoy aquí —le dije—. No tienes que explicarme nada si no puedes.

Pero ella sí quiso. Respiró hondo y entonces lo soltó.

—Daniel… es mi padre.

Me quedé quieto. No porque no la creyera. Sino porque no sabía cómo encajar esa frase en la realidad.

—¿Qué? —pregunté, bajo.

Olivia asintió, mirándome por fin a los ojos.

—Ha venido a casa. Dice que tuvo una relación con mi madre hace años. Que ella le dejó diciéndole que no tenía futuro. Y que no sabía que estaba embarazada.

Se pasó una mano por la cara, agotada.

—Mi madre me ha mentido toda mi vida, Ethan.

Sentí cómo la rabia me subía por dentro, lenta y peligrosa.

—Eso no está bien —dije simplemente.

Ella soltó una risa breve, sin humor.

—No, no lo está.

Hubo un silencio, de esos que pesaban, y entonces continuó.

—Dice que quiere ayudarme. Que quiere arreglarlo todo. Que va a enfrentarse a ella y que… va a hacer que pague por lo que ha hecho.

La miré con atención.

—¿Y tú qué quieres?

Olivia bajó la mirada.

—No lo sé.

Esa respuesta me dolió más de lo que esperaba. Le apreté la mano.

—Sea lo que sea, no estás sola.

Ella me miró entonces, y vi el cansancio en su cara. No el físico. El otro. El que se acumula cuando todo lo que creías seguro desaparece.

—No deberías estar aquí —dijo de pronto.

Fruncí el ceño.

—¿Perdona?

Olivia se incorporó un poco, como si necesitara decirlo deprisa antes de arrepentirse.

—Ethan, esto… esto es un desastre. Mi madre ha sacado fotos, ha filtrado cosas, ahora aparece un hombre diciendo que es mi padre… y tú estás en medio de todo eso.

Tragó saliva.

—Van a ir a por ti. Los periodistas. Van a querer saber quién eres, qué haces conmigo, cuánto tiempo llevamos, todo. Y tú no tienes por qué cargar con esto.

La miré fijamente y entendí lo que estaba haciendo incluso antes de que terminara la frase.

Se estaba apartando antes de que el mundo la obligara a hacerlo.

—No —dije.

Ella parpadeó.

—No entiendes.

Me acerqué más a ella.

—Sí que entiendo.

Su respiración se cortó un poco.

—Estás intentando protegerme alejándome de ti —continué—. Como si eso fuera a arreglar algo.

Olivia bajó la mirada otra vez.

—Es lo más lógico.

Solté una risa breve.

—No me importa lo lógico.

Le levanté la barbilla con dos dedos, obligándola a mirarme.

—Me importas tú.

Sus ojos brillaron.

—Ethan…

No la dejé terminar. La besé.

No fue un beso impulsivo. Ni urgente. Fue firme. Intencionado. Como una forma de anclarla a mí cuando todo lo demás parecía querer empujarla lejos.

Cuando me separé, seguía con la frente apoyada en la suya.

—No me voy a ninguna parte —dije en voz baja.

Ella cerró los ojos un segundo, como si eso le doliera.

—No puedes decir eso…

—Sí puedo.

Me quedé mirándola.

—Y no es por pena, Olivia. Ni por obligación. Es porque me he enamorado de ti.

El silencio que siguió fue absoluto. Ni la casa se atrevía a hacer ruido.

Ella abrió los ojos despacio.

—No lo hagas más difícil…

Negué con la cabeza.

—No estoy haciendo nada difícil. Estoy siendo honesto —dije, y le acaricié la mejilla con el pulgar—. No voy a dejarte sola en esto. Ni ahora, ni cuando esto explote más, ni cuando tu madre siga intentando destruirte.

Olivia tragó saliva, y esta vez las lágrimas sí cayeron. Pero no se apartó. Se quedó ahí. Conmigo. Y eso, para mí, ya era una respuesta.

No la dejé quedarse quieta mucho tiempo. Me levanté.

—Vamos —dije.

Olivia me miró confundida.

—¿A dónde?

—A la cocina.

Frunció el ceño.

—¿Ahora?

—Sí.

La miré de reojo mientras abría la nevera.

—No has comido en todo el día, ¿verdad?

No respondió. Eso fue respuesta suficiente.

Empecé a sacar cosas sin pensar demasiado: pasta, verduras, algo de pollo. Nada complicado. Algo real.

Olivia se quedó apoyada en la puerta, observándome.

—No tienes que hacer esto —dijo en voz baja.

—Quiero hacerlo.

Silencio.

—Eres raro —añadió ella, casi sin querer.

Sonreí sin mirarla.

—Eso ya lo sabías.

La escuché moverse detrás de mí. Y luego su voz, más baja:

—He pensado en lo que he dicho antes.

Me giré. Olivia estaba de pie, con los brazos cruzados, más pequeña de lo que quería parecer.

—Lo de alejarnos —continuó—. Lo decía en serio, Ethan.

Dejé el cuchillo sobre la encimera.

—Y yo también.

Se tensó.

—No lo hagas más difícil.

Me acerqué despacio.

—No estoy complicando nada. Solo no te voy a dejar tomar esa decisión por miedo.

Olivia me miró como si estuviera agotada de luchar consigo misma.

—Todo lo que me rodea se rompe.

—Entonces me rompo contigo —dije sin dudar.

Eso la dejó callada. Y por primera vez en todo el día… dejó de discutir. Se acercó a mí. Y apoyó la cabeza en mi pecho.

—No sé cómo hacer esto —susurró.

La rodeé con los brazos.

—No tienes que saberlo ahora.

La besé en la coronilla.

—Solo quédate aquí conmigo esta noche.

Ella asintió muy despacio.

Y mientras volvía a encender los fogones, entendí algo con una claridad que no me gustó por lo intensa que era.

No iba a ser fácil. Pero tampoco iba a irme.

Capítulo 29



Olivia

La cocina quedó en silencio cuando Ethan apagó los fogones, pero el aire entre nosotros seguía cargado de esa electricidad que habíamos aprendido a reconocer. Estaba agotada, destrozada por todo lo que había descubierto sobre mi madre, sobre Daniel, sobre mi propia vida construida sobre mentiras.

Pero cuando Ethan se giró hacia mí con aquella mirada que parecía ver directamente mi alma, sentí que el mundo dejaba de girar por unos segundos.

—Ven aquí —dijo, y no fue una petición.

Fue una orden envuelta en ternura.

Di dos pasos hacia él, tambaleándome ligeramente, y sus brazos me atraparon con una fuerza que me hizo sentir, por primera vez en días, que no me iba a desmoronar.

Su mano se deslizó por mi espalda, subiendo hasta enredarse en mi pelo, y cuando tiró suavemente de él para inclinar mi cabeza hacia atrás, jadeé.

—Necesito sentir que estás aquí —murmuró contra mi cuello, con la voz ronca—. Realmente aquí, Olivia. No huyendo, no protegiéndote de mí.

—Ethan... Intenté protestar, pero sus labios cortaron cualquier objeción.

Fue un beso diferente a todos los anteriores. Había desesperación en él, pero también una promesa inquebrantable. Sus manos recorrieron mi cuerpo con urgencia, levantándome la camiseta por encima de la cabeza, dejándome desnuda frente a él, excepto por las bragas. Me sentí expuesta, vulnerable, pero cuando sus ojos recorrieron mi piel, vi solo adoración en su mirada.

—Eres perfecta —dijo, y la sinceridad de su voz me hizo estremecer.

Me levantó en brazos con una facilidad que me dejó sin aliento y me llevó hasta el dormitorio. Me depositó sobre la cama con una suavidad que contrastaba con el hambre que veía en su rostro. Se quitó la camiseta de un tirón, revelando ese torso que había memorizado en mis sueños, y luego se desabrochó los pantalones.

—Te deseo —dije, y mi voz sonó extraña, desesperada—. Dios, Ethan, te deseo tanto…

Se inclinó sobre mí y sus labios encontraron mi mandíbula, mi cuello, descendiendo hasta mis pechos. Capturó un pezón entre sus dientes, tirando suavemente, y arqueé la espalda con un gemido que resonó en la habitación.

Su mano descendió por mi vientre, encontrando el borde de mis bragas, y las deslizó por mis piernas con una lentitud torturadora.

Estaba desnuda ante él, completamente abierta, y en lugar de sentir vergüenza, sentí poder. Poder porque sabía que mi deseo lo volvía loco. Podía ver la tensión en sus músculos, la forma en que su respiración se había vuelto entrecortada.

Ethan se posicionó entre mis piernas, separándolas con sus manos, y cuando su lengua encontró mi centro, mi mundo explotó. No fue suave ni delicado. Fue voraz, desenfrenado, absolutamente salvaje. Su lengua me recorrió con movimientos firmes y deliberados, succionando mi clítoris, introduciéndose en mi interior, devorándome como si fuera su última comida.

—Ethan... Dios... —Gemí, con las manos enredadas en su cabello, sujetándolo contra mí, necesitando más, siempre más.

Sentía la construcción del placer en mi interior, una tensión que se acumulaba en oleadas cada vez más intensas. Cuando introdujo dos dedos en mí, curvándolos para encontrar ese punto que me volvía loca, grité su nombre sin importarme quién pudiera escuchar.

—Córrete, pequeña —ordenó, y su voz vibró contra mí, añadiendo otra capa de sensación—. Quiero sentir cómo te corres contra mi boca.

Y obedecí. Mi orgasmo me golpeó con una violencia que me dejó sin aliento, convulsionando bajo él, con las piernas temblando y la visión nublada por las lágrimas del éxtasis. Ethan continuó lamiendo, prolongando cada espasmo hasta que tuve que empujarlo suavemente, demasiado sensible para soportar más.

Pero no había terminado.

Me incorporé sobre los codos, mirándolo con una determinación que hizo que sus cejas se arquearan. Estaba arrodillado entre mis piernas, con la boca brillante, con los ojos oscuros de deseo, y nunca había visto nada más erótico en mi vida.

—Ahora me toca a mí —dije, y mi voz sonó ronca, dominante.

Lo empujé suavemente para que se recostara sobre la cama, y él obedeció, aunque pude ver la sorpresa en sus ojos. Me arrodillé entre sus piernas, tomando su erección en mi mano. Era gruesa, caliente, perfecta, y cuando la acaricié de base a punta, Ethan dejó escapar un gemido gutural que me hizo sentir poderosa.

Lo tomé en mi boca lentamente, saboreando el sabor salado de su piel, la suavidad de su punta contra mi lengua. Ethan jadeó, con las manos buscando algo a lo que agarrarse, finalmente enredándolas en las sábanas. Comencé a moverme, subiendo y bajando, usando mi mano para acariciar lo que no podía alcanzar con la boca, succionando con fuerza, haciendo que sus caderas se elevaran del colchón buscando más contacto.

—Joder, Olivia... —Gruñó, con la voz completamente deshecha—. Eso es... Dios es perfecto.

Lo sentí tensarse, sentí cómo se acercaba al borde y, justo cuando estaba a punto de llegar, me aparté. Él abrió los ojos, confundido, frustrado, pero yo ya me estaba posicionando sobre él.

—Quiero sentirte dentro de mí —dije, y guie su erección hasta mi entrada.

Bajé lentamente, dejándome llenar por completo, estirándome de una manera que se situaba justo entre el dolor y el éxtasis. Ambos gemimos al unísono, y cuando estuve completamente sentada sobre él, tuve que detenerme un segundo para recuperar el aliento.

Ethan tomó mis caderas con sus manos fuertes y comenzó a guiar mis movimientos. Subí y bajé, encontrando un ritmo que nos volvía locos a ambos. Sus ojos no se apartaban de los míos, y en ellos vi todo lo que había estado negándome a ver: amor, devoción, una promesa de permanencia que me aterrorizaba y me emocionaba por igual.

Me giré, poniéndome a cuatro patas, y él se posicionó detrás de mí. Cuando me penetró de una sola embestida profunda, grité contra la almohada. Sus manos apretaron mis caderas mientras se movía con una intensidad brutal; cada embestida era más profunda que la anterior, y golpeaba justo el punto que me hacía ver estrellas.

—Eres mía —gruñó, con la voz ronca y descontrolada—. Dime que eres mía, Olivia.

—Soy tuya —gemí, con la voz entrecortada—. Solo tuya, Ethan. Siempre.

Cambiamos de posición. Me puso de espaldas, levantando mis piernas sobre sus hombros, y me penetró con una fuerza que me dejó sin aliento. Podía ver su cara, la tensión de sus músculos, el sudor que perlaba su frente, y era la visión más erótica que jamás había presenciado.

Luego me levantó de la cama, sin dejar de estar dentro de mí, y me empujó contra la pared. El frío de la superficie contrastaba con el calor de nuestros cuerpos, y cuando comenzó a moverse de nuevo, con embestidas profundas y controladas que me hacían sentir cada centímetro de su posesión, sentí que mi segundo orgasmo se acercaba rápidamente.

—Mírame —ordenó, con la voz desesperada—. Quiero ver tus ojos cuando te corras.

Lo miré. Realmente lo miré, dejando que viera todo lo que sentía, todo el miedo y la esperanza y el amor que estaba empezando a florecer en mi interior. Y cuando estallé, cuando mi cuerpo se convulsionó alrededor de su erección, él gritó mi nombre y se hundió profundamente, vaciándose en mí con espasmos descontrolados.

Nos quedamos así, jadeando, con nuestras frentes apoyadas la una contra la otra, con nuestros cuerpos todavía unidos y temblando. El silencio de la habitación solo se veía interrumpido por nuestras respiraciones agitadas.

Ethan se apartó suavemente, pero no me soltó. Me llevó de nuevo a la cama, me acurrucó contra su pecho y durante largos minutos permanecimos en silencio, simplemente respirando el mismo aire, disfrutando de la proximidad.

—No voy a dejarte —dijo finalmente, rompiendo el silencio con una voz ronca pero firme—. Te lo dije antes y te lo repito ahora. Me he enamorado de ti, Olivia. De verdad. Y no pienso irme a ningún lado.

Sentí un nudo en la garganta, una mezcla de emoción y terror.

—Esto no era parte del guion —susurré, con la voz temblorosa.

Ethan sonrió, esa sonrisa arrogante y tierna a la vez que había empezado a adorar.

—Es lo que tienen las buenas historias —respondió, acariciando mi mejilla con el pulgar—. Siempre hay un giro sorprendente que deja a todos con la boca abierta.

Me besó entonces, con una ternura que me hizo querer llorar. Fue un beso lento, profundo, lleno de promesas que no necesitaban palabras. Y mientras sus labios se movían sobre los míos, mientras sus manos acariciaban mi espalda con una posesión que me hacía sentir segura, tuve un pensamiento que me golpeó con la fuerza de una revelación.

También me había enamorado de él.

No de forma gradual, no con cautela. Había caído de cabeza, sin red, sin paracaídas, de una manera que me aterrorizaba y me liberaba al mismo tiempo. Ethan había derribado cada muro que había construido a mi alrededor, había visto más allá de la estrella de cine, más allá de los escándalos y las mentiras, hasta llegar a la mujer real que había debajo. Y, aun así, me elegía. Aun así, se quedaba.

Mientras me aferraba a él, mientras enterraba mi rostro en su cuello e inhalaba su olor reconfortante, supe que mi vida había cambiado irrevocablemente. No sabía qué vendría después, no sabía cómo enfrentarnos a mi madre, a los periodistas, a todo el caos que nos esperaba fuera de esa habitación.

Pero por primera vez en mi vida, no quería huir. Quería quedarme. Quería luchar. Quería construir algo real con este hombre que había llegado sin aviso y se había negado a irse.

Y mientras el sueño comenzaba a reclamarme, envuelta en el calor de Ethan, en la promesa de su abrazo, una sola certeza resonaba en mi mente: esto, lo que teníamos, era real. Y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para protegerlo.

Capítulo 30



Olivia

Tres semanas. Eso era lo que había pasado desde que mi vida dejó de parecerse a algo estable.

Tres semanas desde el artículo, desde las fotos, desde que el mundo decidió que tenía derecho a opinar sobre mí como si yo no fuera una persona.

Tres semanas desde que Daniel Blake apareció en mi puerta diciendo que era mi padre.

Y, aun así, seguía sintiendo que todo había ocurrido ayer.

Aquel día, el aire de la mañana era demasiado frío para la estación en la que estábamos. O quizá era yo la que no terminaba de entrar en calor desde hacía semanas.

Ethan me apretó la mano mientras caminábamos hacia la entrada de la clínica. No dijo nada. No hacía falta.

Desde que habíamos decidido hacer la prueba de ADN, él había sido eso: presencia constante. Sin presión. Sin preguntas innecesarias. Solo estaba ahí.

La clínica era discreta. Demasiado blanca y demasiado silenciosa. Uno de esos lugares donde la vida cambia sin hacer ruido.

Daniel ya estaba dentro. Cuando lo vi sentado en la sala de espera, me di cuenta de que tenía las manos entrelazadas con fuerza. Por primera vez desde que lo conocía, no parecía un guionista famoso ni un hombre seguro de sí mismo.

Parecía un hombre que tenía miedo. Se levantó en cuanto me vio.

—Olivia.

Mi nombre sonó distinto en su boca. Yo no supe qué decirle. Solo asentí.

Ethan se colocó ligeramente detrás de mí. No como barrera, pero casi. El tipo de protección que no empuja, pero tampoco deja pasar el mundo entero.

—Ya está hecho —dijo Daniel, con la voz baja—. Solo tenemos que recoger los resultados.

Asentí otra vez. No podía hablar mucho más.

Nos hicieron pasar a una sala pequeña. Una mesa. Tres sillas. Un sobre cerrado encima de la mesa como si dentro no hubiera papel, sino una sentencia.

El médico habló. Explicaciones técnicas. Porcentajes. Probabilidades. Yo apenas escuchaba. Solo miraba el sobre. Y pensaba en mi madre. En su voz. En todo lo que había sido mentira.

Cuando el médico terminó, hizo una pausa.

—¿Quién lo abre?

Nadie respondió al instante.

Daniel miró el sobre como si pudiera atravesarlo con la mirada. Ethan me miró a mí. Yo no me moví. Y entonces lo abrí.

El papel estaba demasiado quieto para lo que representaba. Leí la primera línea. Y el mundo cambió de forma.

Probabilidad de paternidad: noventa y nueve coma nueve por ciento.

No hubo drama ni música. Solo un silencio absoluto.

Sentí que me faltaba el aire durante un segundo. Y luego Daniel soltó una risa rota.

—Dios…

Se llevó una mano a la cara. Yo no podía moverme. No porque estuviera sorprendida. Sino porque algo dentro de mí acababa de encajar por primera vez en mi vida.

Ethan me apretó la mano.

—Olivia…

Y entonces me rompí. No de forma bonita ni controlada. Me derrumbé. Daniel se levantó primero y me abrazó. Yo no sabía cómo abrazar a un padre. Así que solo me dejé sostener.

—Lo siento —susurró él—. Lo siento por no haberte encontrado antes.

Y eso fue lo que me terminó de romper. Porque no era su culpa. Era la de ella. La de mi madre.

Cuando me separé, él ya estaba marcando un número en el móvil.

—¿A quién llamas? —pregunté, limpiándome las lágrimas.

Daniel me miró.

—Voy a empezar a arreglar esto.

No explicó más. Y eso, de algún modo, me dio miedo.

El coche avanzó por las calles de la ciudad en dirección al hotel donde se estaba celebrando una presentación de la película.

La película que seguía rodándose en medio de todo aquel caos.

Yo iba en el asiento trasero. Daniel delante. Ethan a mi lado. Nadie hablaba demasiado.

Hasta que Daniel rompió el silencio.

—Hoy voy a decirlo públicamente.

Me giré hacia él.

—¿Decir qué?

—Que eres mi hija.

Ethan tensó la mandíbula.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo así?

Daniel asintió.

—No hay otra forma. Si no lo digo yo, lo dirán por mí con mentiras. Y ya han hecho demasiado daño.

Tragué saliva.

—Mi madre…

La palabra me salió amarga. Daniel no dudó.

—Tu madre ha desaparecido del mapa desde que le dejé claro que si seguía intentando manipularte o sacarte dinero, yo mismo me encargaría de que respondiera ante la justicia.

No dije nada, no podía. Ethan me miró de reojo.

—¿Y ha funcionado?

Daniel soltó una risa seca.

—Digamos que sí.

No pregunté más. Porque en el fondo… no quería saberlo.

La rueda de prensa estaba llena. Demasiada gente, flashes y ruido. Yo me quedé detrás del escenario con Ethan.

Daniel salió primero. Y habló sin rodeos, sin miedo.

—He venido a aclarar algo importante —dijo—. Olivia Hart es mi hija.

El murmullo fue inmediato. Yo sentí que el corazón se me subía a la garganta.

—No voy a permitir que se siga atacando su imagen ni su vida privada —continuó—. Y espero que los medios respeten esto como respetan mi carrera —hizo una pausa—. Y por extensión, respeten a su pareja.

Ethan se giró hacia mí. Yo abrí los ojos. Daniel continuó.

—Un hombre completamente ajeno a este mundo, que no tiene ninguna intención de participar en él. Solo estará donde tenga que estar: al lado de Olivia.

Yo sentí que me temblaban las piernas.

—Y no dará declaraciones. Nunca.

Silencio. Y entonces la sala explotó en preguntas. Pero Daniel ya había terminado.

Cuando todo terminó, salí del escenario casi sin aire. Y entonces lo vi.

Ethan estaba esperándome, sonriendo, como si nada pudiera con él. Corrí hacia él sin pensar y me abrazó fuerte.

—Eso ha sido una locura —murmuró él contra mi pelo.

Yo reí entre lágrimas.

—Mi vida entera es una locura ahora.

Él se separó solo lo suficiente para mirarme.

—Me ha gustado lo de «su pareja».

Volteé los ojos.

—Ha sido Daniel.

—Aun así.

Se inclinó y me besó. Un beso corto, pero intenso. Cuando se separó, susurró:

—Mi yerno.

Me reí.

—Está encantado contigo.

—Más le vale.

Más tarde, ya fuera del caos, nos quedamos solos unos minutos. Yo aún no había terminado de procesarlo todo. Daniel estaba dentro hablando con la prensa. Ethan me miró de pronto con una seriedad distinta.

—Hay algo que quiero preguntarte.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Él dudó solo un segundo. Y luego dijo:

—¿Tú me ves en tu futuro, Olivia?

Mi corazón se detuvo un instante.

—Ethan…

Él negó suavemente.

—Espera.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita pequeña. Me quedé completamente quieta.

—Era de mi madre —dijo—. Me dijo que si algún día encontraba a alguien que lo fuera todo… sabría que era para ella.

Abrió la caja y el anillo que vi era delicado. De oro antiguo, con una piedra pequeña, verde oscuro, como si reflejara algo familiar.

Me temblaron las manos.

—Ethan…

—Sé que es pronto —dijo rápido—. No estoy pidiéndote nada imposible. Solo, que no quiero perderte.

Tragué saliva.

—No vas a perderme.

Él me miró fijamente.

—No quiero esperar años para esto.

Yo respiré hondo. Y entonces dije la verdad sin pensar demasiado:

—Yo tampoco quiero esperar.

Silencio. Él suspiró, como si hubiera estado conteniendo el aire desde hacía semanas.

—Te quiero —dijo.

Y eso fue suficiente.

—Yo también te quiero —respondí—. Y algún día… sí. Quiero ser la señora Cole.

Él soltó una risa incrédula.

—No me lo creo.

—Créetelo.

Nos besamos otra vez. Esta vez, sin cámaras y sin ruido. Solo nosotros.

Nos separamos riendo. Yo aún tenía lágrimas en los ojos, pero eran distintas. Más reales.

—Harper va a explotar con esto —dije.

Ethan sonrió.

—Hablando de Harper…

Le miré.

—¿Qué?

Su sonrisa se volvió más traviesa.

—Me gusta el tatuaje que tiene en la espalda.

Me quedé en blanco.

—¿Cómo lo sabes?

Él se encogió de hombros.

—Digamos que entré en el despacho de Chloe sin llamar.

Abrí los ojos.

—No me digas que…

Él asintió.

—Sí.

Yo me llevé la mano a la cara.

—No puede ser.

Ethan se rio.

—Cariño… han tardado demasiado.

Yo negué, riendo también. Y por primera vez en semanas sentí que el mundo no se estaba cayendo. Solo estaba cambiando.

Y esta vez… no me daba miedo.

Epílogo



Ethan

Cinco años después…

Habían pasado cinco años.

Cinco años desde aquel caos que comenzó con una playa, un artículo que destrozó vidas y una verdad que llegó demasiado tarde como para no cambiarlo todo.

Y, aun así, cuando miraba hacia atrás, no sentía que nada hubiera salido mal.

Solo sentía que todo había salido como tenía que salir.

Olivia estaba en el salón en ese momento, descalza, con el pelo recogido de cualquier manera, repasando una escena de su nueva película. Tenía la misma concentración de siempre. La misma intensidad en la mirada que había tenido desde el primer día que la vi, aunque entonces yo todavía no supiera que esa mirada se quedaría conmigo para siempre.

—Otra vez —dijo ella, riéndose—. Ethan, te estás adelantando.

Levanté las manos, fingiendo inocencia.

—No me he adelantado. He mejorado el guion.

Soltó una carcajada y negó con la cabeza. Ese seguía siendo mi sonido favorito en el mundo.

Teníamos dos hijos.

Daniel, de cuatro años, había heredado su terquedad y mi incapacidad para obedecer reglas cuando algo le interesaba demasiado.

Rachel, de dos, tenía la calma de su nombre y la mirada curiosa de Olivia cuando estaba a punto de descubrir algo que no debería.

Y un perro llamado Spike, que vivía convencido de que era el jefe de la casa. A veces pensaba que lo era.

Harper, por supuesto, había tenido razón.

Seguía sin dejar que se lo recordáramos demasiado, pero la realidad era sencilla: Olivia llevaba casada conmigo cuatro años y medio. Y aún hoy, cuando lo decía en voz alta, me sonaba a algo demasiado grande para ser verdad.

Ella, la actriz más famosa del mundo en ese momento. Yo, el tipo que entró en su vida sin pedir permiso y se quedó sin saber cómo salir.

Porque Olivia no solo siguió siendo una estrella. Se había convertido en algo más grande.

Había ganado otro Óscar. Había rodado películas con la firma de su padre, Daniel Blake, que ahora sonreía más de lo que jamás había pensado que vería a alguien como él hacerlo.

Y cada vez que subía a un escenario, seguía teniendo ese mismo temblor en la voz antes de agradecer algo que nunca mencionaba como «éxito», sino como «vida».

Daniel Blake. El hombre que llegó tarde y aun así llegó.

Se había casado con mi tía Rachel hacía tres años. Rachel… la misma mujer que la sostuvo en aquella cocina el día en que todo se rompía, la misma que convirtió el caos en algo soportable con solo una mirada.

Se habían encontrado demasiado tarde, pero justo a tiempo para compartir su vida.

A veces los miraba juntos y pensaba que había amores que no llegaban para salvar el pasado, sino para demostrar que el futuro todavía podía ser bueno.

Chloe y Harper. Quién lo hubiera dicho. Se habían casado hacía cuatro años y habían adoptado a un niño hacía tres años.

Tenía ocho años y actuaba como si hubiera nacido sabiendo exactamente cómo encajar en el mundo.

Era el hermano mayor que mis hijos habían elegido sin discusión posible.

Y Chloe… seguía siendo Chloe. Caótica, brillante, imposible de ignorar. Harper decía que ahora era «menos caótica». Nadie estaba del todo seguro de si eso era un cumplido o una amenaza.

A veces me paraba a pensar en todo lo que pudo haber sido distinto. En lo fácil que habría sido perderlo todo en cualquiera de los puntos de giro.

En aquella primera noche en casa de Rachel, cuando Olivia aún no sabía que ya estaba cambiando su vida para siempre.

Porque sí. Nadie lo supo, pero aquella noche lo cambió todo.

Olivia se quedó embarazada sin saberlo. Y descubrimos la noticia poco después de que el ADN confirmara lo de Daniel.

La vida había tenido un sentido del humor extraño.

Se casó embarazada, con una sonrisa nerviosa, con miedo, con una honestidad que todavía hoy me desarmaba cuando la recordaba. Y yo no dejé de agradecerlo ni un solo día.

Miré hacia el salón otra vez.

Olivia levantó la vista del guion, nuestros ojos se encontraron, y, en ese instante, todo el ruido desapareció.

No hubo cámaras, ni prensa, ni pasado intentando arrastrarnos hacia atrás. Solo ella.

—Señor Cole —dijo, con una sonrisa ladeada—. Esto no era parte del guion.

Me acerqué despacio.

—Cariño —respondí—. Las mejores partes de un guion siempre se improvisan.

Ella se rio. Y esa risa…

Esa risa seguía siendo la misma que me hizo perder el control de todo lo que creía estable.

La misma que me hizo quedarme. La misma que me hizo entender que no había entrado en su vida para cambiarla. Había entrado para construirla con ella.

La abracé por detrás, apoyando la barbilla en su hombro, y ella se recostó contra mí sin pensarlo. Como si ese hubiera sido su lugar natural desde siempre.

Y en ese momento lo entendí con claridad.

No había habido una sola parte de mi vida antes de ella que hubiera estado realmente completa. Y no había ninguna parte de mi futuro que tuviera sentido sin aquello. Sin ella. Sin nosotros.

Sin el caos, los hijos, los nombres heredados, las familias imposibles, las segundas oportunidades y las risas que siempre acababan ganando.

Olivia giró la cabeza y me besó, breve y suave, como si fuera lo más normal del mundo. Y probablemente lo era.

—Te quiero —dijo, y sonreí.

—Yo más.

Y esta vez no fue una discusión.

Fue una verdad que, después de todo, por fin había dejado de doler para convertirse en hogar.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz